Latidos del Pasado



Isolde Braun

Isolde Braun

Latidos del pasado

Copyright © 2025 by Isolde Braun

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

Safe Creative: 2503311324875

Contents

1. Greta
2. Annika
3. Greta
4. Annika
5. Greta
6. Annika
7. Greta
8. Annika
9. Greta
10. Annika
11. Greta
12. Annika
13. Greta
14. Annika
15. Greta
16. Annika
17. Greta

18. Annika

19. Greta

20. Annika

21. Annika

22. Greta

23. Greta

24. Annika

25. Greta

26. Annika

1

Greta

El hospital tiene su propio idioma. No el de los informes ni el de los monitores que pitan cuando algo va mal. Me refiero al idioma sutil que solo entienden quienes pasan más tiempo aquí que en casa. El sonido de las ruedas de una camilla al girar la esquina. El crujido apenas audible del plástico de los guantes al ajustarse. El silencio antes de una incisión. Esa es la verdadera lengua del hospital.

Hoy, a primera hora, todo suena como debe. Las luces de quirófano se encienden a las seis en punto. El personal entra sin hablar demasiado. Cada uno sabe lo que tiene que hacer. No hay que decirlo. Las manos se mueven con la precisión de quien ha repetido los mismos gestos cientos de veces. Yo tampoco necesito instrucciones. Estoy donde debo estar.

La primera operación es sencilla. Una resección pulmonar en un paciente estable, sin sorpresas. El tipo de cirugía que me permite entrar en modo automático. Me concentro en el bisturí, en el pulso, en el orden. En todo lo que puedo controlar.

Hay cierta belleza en la rutina. Me resulta tranquilizadora. El cuerpo humano es impredecible, pero la técnica no. Si se hace bien, funciona. Y cuando todo a mi alrededor está en orden, puedo mantenerme en pie.

Mientras suturo, noto que el quirófano está en calma. No la calma forzada de una tensión latente. No. La verdadera calma, esa que solo existe en los minutos exactos entre una operación que termina bien y otra que aún no ha empezado.

Esos minutos me pertenecen. Siempre lo han hecho.

Guardo mis instrumentos, reviso las constantes del paciente con un gesto y salgo sin decir nada más de lo necesario. Me quito los guantes con lentitud, consciente de cada movimiento. El hospital sigue su ritmo y yo me muevo con él. Sin preguntas. Sin interrupciones.

O eso pensaba.

* * *

El hospital tiene reglas escritas y otras que no lo están. Una de esas reglas no escritas dice que las noticias importantes llegan siempre en los peores momentos. Como justo cuando acabas de salir de quirófano, con la bata aún húmeda por dentro y las pestañas marcadas por las gafas protectoras.

—Greta —dice Paul, uno de los anestesistas más veteranos, mientras me alcanza un café—. ¿Sabías que hoy empieza la nueva jefa de residentes?

Levanto una ceja, pero no me molesto en responder de inmediato. Tomo el vaso de cartón entre las manos, lo huelo. Está tan amargo como siempre. Perfecto.

—¿Tan pronto? —pregunto finalmente, sin apartar la vista del pasillo que se extiende frente a nosotros.

—La dirección quiere que se integre cuanto antes. Han reorganizado varias rotaciones. Va a supervisar el bloque de cirugía torácica y parte de la vascular. Así que vais a veros bastante —añade con una sonrisa que intenta ser cómplice.

No respondo. Solo asiento. Vago interés, gesto neutro. Es la mejor forma de no dejar entrar nada.

La noticia no me pilla del todo desprevenida. Había un rumor. Un nombre. Una posibilidad. Pero no había querido confirmarlo. Supuse que era mejor no saber.

Tal vez por orgullo. Tal vez por miedo.

Paul sigue hablando, algo sobre un desayuno de bienvenida en la sala de conferencias, pero ya no lo escucho. Mis pensamientos han empezado a ir por otro camino. Uno que creía bloqueado desde hace años.

Intento regresar a lo práctico, a la agenda del día. Tengo dos cirugías más, una revisión posoperatoria, una tutoría con los residentes de primer año. Todo estructurado. Todo bajo control.

Pero ahora hay una variable que no encaja.

La nueva jefa de residentes.

Y su nombre.

Ese nombre que me sé de memoria y que no esperaba volver a escuchar así, de repente, en medio de un pasillo cualquiera, un

miércoles cualquiera.

Annika.

La última vez que vi a Annika era de noche. Llovía. Claro que llovía. Como si el cielo se hubiese puesto de acuerdo con ella para dejarlo todo empapado, incluido mi abrigo.

Estábamos frente a la puerta de su apartamento. Yo con las manos en los bolsillos, fingiendo que tenía frío. Ella con las llaves en la mano, como si todavía no hubiera decidido si quería usarlas para entrar o para marcharse del todo.

—No puedo competir con esto —dijo.

No hubo gritos. No hubo lágrimas. Fue todo tan limpio, tan quirúrgico, que dolió más. Como una incisión precisa en un lugar donde no debería haber bisturís.

—Esto no es una competición —le dije.

Mentira. Lo era. Siempre lo había sido. Yo contra el reloj. Contra mi padre. Contra las expectativas. Contra la versión de mí que creía que se podía tener todo y que lo podía tener sola.

Ella se fue sin cerrar del todo la puerta. Como si esperara que la siguiera.

No lo hice.

Preferí quedarme quieta, fingiendo que no me dolía tanto como para correr detrás de ella.

Desde entonces, no volví a saber de Annika. Nunca pregunté. Nunca busqué. Y aunque alguna vez su nombre volvió a cruzarse por mi mente —en guardias largas, en habitaciones vacías, en camas donde solo había cuerpos—, aprendí a callarlo.

Hasta hoy.

Hasta este instante exacto, en el que vuelve a estar flotando en el aire como si jamás se hubiese ido.

Annika.

El nombre que no puedo pronunciar sin notar cómo algo dentro de mí se contrae.

Y ahora está aquí.

O estará.

* * *

El hospital tiene muchas puertas. Algunas se abren solas, otras necesitan tarjeta. Pero hay una en concreto, la del ala norte del pabellón quirúrgico, que se abre siempre con un sonido metálico reconocible. Como un clic que anuncia algo importante. Algo que cambia el ritmo de todo lo que pasa después.

Hoy, ese clic ocurre a las 9:17.

Yo estoy de pie junto a la pizarra de quirófano, revisando las intervenciones programadas para la semana siguiente. Tengo un bolígrafo en la mano, un gesto tenso en los hombros y la cabeza ligeramente ladeada. Escucho el clic. Me detengo.

No necesito girarme para saber que es ella.

Hay presencias que no se olvidan, aunque pasen años. Hay formas de caminar que uno reconoce incluso con los ojos cerrados. Y esa es la suya: pasos decididos, firmes, pero no ruidosos. Annika nunca fue de ocupar espacio con ruido. Lo hacía con silencio.

Me giro despacio. Porque sé lo que voy a ver. Porque estoy lista. O eso me digo.

Ella está ahí. Exactamente igual y totalmente distinta. La misma postura erguida. El mismo modo de mirar como si estuviera evaluando cada rincón sin que nadie lo note. El cabello más largo que antes. La expresión más contenida. Pero sigue siendo ella. Más mujer. Más segura. Más lejana.

Annika viste la bata blanca con naturalidad. Como si nunca se la hubiese quitado. Saluda a alguien —a Paul, probablemente— y asiente sin sonreír. Sus ojos recorren la sala, el pasillo, las puertas. Y entonces me ve.

No hay pausa dramática. No hay música de fondo. Solo su mirada cruzando con la mía. Y algo, algo muy pequeño, casi imperceptible, cambiando en su rostro. Un segundo de reconocimiento. De lo inevitable.

Yo no me muevo. No sé si puedo.

Ella tampoco.

Todo ocurre en ese espacio entre una respiración y la siguiente. El impacto no es como un golpe. Es más bien como cuando uno se sumerge en agua muy fría sin esperarlo. No duele. Solo paraliza.

Y aún no ha dicho una palabra.

Se acerca. No deprisa, no dudando. Simplemente camina. Con esa misma forma de siempre, calculada pero sin parecerlo. Como si cada paso estuviera medido, aunque dé la impresión de no tener prisa por llegar a ningún sitio.

Yo me obligo a mantenerme firme. No cruzo los brazos. No tuerzo la boca. No bajo la mirada. Todo en mí permanece en

posición neutral. Profesional. Intachable.

Cuando está lo bastante cerca, me saluda. Solo eso.

—Greta.

Una palabra. Mi nombre. Seca. Sin inflexión. No hay rastro de pasado en su voz. Ni rencor. Ni ternura. Es solo un saludo formal. Uno que podría haberle dirigido a cualquier colega más.

—Annika —respondo. Con la misma exactitud quirúrgica.

Silencio.

Podríamos preguntarnos cómo estamos. Podríamos fingir cortesía. Podríamos llenar el aire con frases vacías, protocolos de reencuentro diseñados para no hacer daño. Pero no lo hacemos. Ninguna de las dos parece dispuesta a ceder en eso.

Alguien más entra en la sala y rompe el instante, como una piedra lanzada al agua. Paul vuelve a estar allí, con una carpeta en la mano, y se apresura a presentar a Annika a una enfermera nueva. Ella se gira, asiente, y en ese segundo se corta el hilo invisible que nos unía.

Yo me vuelvo hacia la pizarra. Mi bolígrafo sigue en el mismo sitio. La semana quirúrgica sigue adelante. Como si nada.

Pero algo ha cambiado.

Lo sé porque el hospital vuelve a sonar distinto. Como si todo lo que antes era ordenado ahora estuviera en pausa, esperando a ver qué hacemos con este regreso que nadie pidió.

Me obligo a escribir una nota en la pizarra. No porque sea urgente, sino porque necesito un gesto que me devuelva el control.

Hoy ha vuelto Annika.

Y con ella, todo lo que no dije cuando se fue.

2

Annika

Los pasillos son iguales en todos los hospitales. El mismo eco apagado. El mismo olor a desinfectante que no se va de la piel. La misma luz blanca que parece más un interrogatorio que una bienvenida. Aun así, hay algo en este lugar que me pesa más. No por su arquitectura. Por lo que arrastra.

Entro con paso firme, el maletín en una mano, el abrigo doblado en la otra. He llegado diez minutos antes de lo previsto. Suficiente para parecer puntual sin mostrar entusiasmo. A estas alturas, no me interesa impresionar a nadie.

En recepción, me indican dónde dejar mis cosas y me entregan la identificación. Dra. Annika Kleinmann, Jefa de Residentes. Letras negras sobre fondo blanco. Sobrio. Preciso. Sin margen para interpretaciones emocionales.

El despacho asignado está vacío. Ni una planta, ni una nota, ni una taza de bienvenida. Perfecto. No necesito más. Coloco la carpeta

sobre la mesa, cuelgo el abrigo con cuidado y enciendo el ordenador. Todo en silencio. Todo bajo control.

Mi horario está organizado al detalle: visitas de planta, reunión con supervisores, cirugía programada a media mañana. No hay espacio para el azar. Ni para el pasado.

Aunque, por supuesto, eso es una ilusión.

Cuando salgo al pasillo, ya sé que me están observando. No por ser nueva. Hay algo más en sus miradas. Como si supieran algo que yo he intentado enterrar. No lo muestran de forma abierta. Es más bien ese tipo de atención velada que solo se da en entornos cerrados, donde los rumores se deslizan entre cafés y guardias de madrugada.

No importa.

Puedo con eso.

He estado en lugares peores, con silencios más densos que este.

La primera persona con la que cruzo palabras es Paul, el anestesista. Me saluda con educación y una sonrisa que parece auténtica. Me cae bien, en lo poco que se puede decir en treinta segundos. Me menciona a Greta. No digo nada más allá de lo estrictamente necesario.

No le doy el gusto de confirmar nada.

Ni siquiera a mí misma.

Recuerdo su voz antes que cualquier otra cosa. No sus palabras, no el tono. Su voz. Esa forma en que modulaba al final de cada frase, como si midiera con precisión cuánto peso quería dejarme encima.

Estábamos en mi apartamento. El salón en penumbra, dos copas a medio terminar sobre la mesa, la televisión encendida sin volumen. Yo llevaba el pelo suelto y una camiseta que nunca recuperé después.

—Solo serán unos meses —me dijo aquella noche.

Meses. Como si la palabra no implicara cambio. Como si fuera un paréntesis inofensivo y no una sentencia.

—No me importa que trabajes tanto —le contesté, aunque ya me dolía el estómago mientras lo decía—. Pero no puedo ser tu pausa. Tu intermedio entre cirugías.

Greta no respondió. Solo se acercó y me tocó la mejilla con la yema de los dedos. Como si no entendiera que ese gesto ya no bastaba. Que había dejado de bastar hacía tiempo.

Yo sabía que no iba a quedarse. Lo supe en cuanto evitó mirarme cuando mencioné la posibilidad de irme con ella. No hacía falta discutir. No hacía falta gritar. La distancia ya estaba ahí. Medida. Precisa. Como todo en ella.

—Si te vas sin mirar atrás, no vuelvas —dije.

Ella se detuvo en la puerta. Ni una palabra. Ni una promesa. Solo ese silencio clínico que tanto la define. El que más dolía.

Y luego, el sonido de la puerta cerrándose.

Sin dramatismo. Sin portazos.

* * *

La primera intervención del día es una lobectomía programada. El tipo de cirugía que domino, que me permite moverme con precisión milimétrica sin tener que pensar demasiado. Justo lo que necesito. El equipo ya está preparado cuando llego. Reviso el historial, me pongo la bata y me ajusto los guantes sin decir mucho más que lo necesario. Todo mecánico. Todo correcto.

Hasta que la veo.

Greta está al otro lado de la mesa quirúrgica. No dice nada. Solo me dedica una mirada breve, contenida, y luego vuelve la vista hacia el instrumental. Lleva el pelo corto con la misma exactitud que recuerdo. Sus movimientos siguen siendo elegantes, limpios. No hay una sola acción que no esté calculada. Incluso su respiración parece controlada.

Nos coordinamos sin hablar. Como antes. Ella dirige. Yo asisto. Las manos se mueven en armonía, como si los años no hubiesen pasado. Como si nunca hubiéramos dejado de trabajar juntas.

Eso es lo más molesto de todo.

Que aún funcione.

Que haya una parte de mí —silenciosa, tensa, inconfesable— que todavía recuerde cómo es moverse al compás de ella. Cómo es anticipar sus gestos. Cómo es ceder en el momento exacto en que lo necesita. Y lo peor: que ella también lo hace. Que me sigue el ritmo

con la misma naturalidad con la que una vez me siguió en casa, en la cocina, en mi cama.

Nadie dice nada fuera de lugar. Todo el equipo mantiene el tono clínico, respetuoso. Pero hay algo en el aire. Lo noto en las miradas que se cruzan cuando creemos que no vemos. En el silencio excesivamente denso que se instala durante la sutura final. En el leve temblor que recorre mis dedos cuando me quito los guantes.

La cirugía ha salido perfecta. Claro que sí.

Lo que no sé es si eso me alivia o me enfurece.

La sala de descanso huele a café recalentado y a cansancio mal disimulado. Es una de esas pausas breves entre intervenciones, cuando los residentes intentan parecer despiertos y los adjuntos fingen que no están juzgando cada gesto. Me sirvo agua del dispensador, aunque no tengo sed. Solo necesito ocupar las manos.

Dos residentes hablan cerca de la máquina. No bajan mucho la voz. No lo suficiente.

—¿Lo habéis notado? —dice una, bajita, con la coleta algo deshecha—. La forma en que se miran. Es… raro.

—¿Quién? —pregunta su compañero, fingiendo desinterés.

—La Dra. Fischer y la Dra. Kleinmann. Hay algo ahí, seguro. ¿No lo has visto en quirófano? Se entienden sin hablar. Como si supieran exactamente lo que la otra va a hacer.

—Tal vez solo han trabajado juntas antes —responde él, pero su tono no es de convicción, sino de curiosidad.

—O algo más —añade ella, dejando la frase suspendida en el aire, como si esperara que alguien la completara.

Yo no digo nada. Me limito a observar cómo el agua cae en el vaso de plástico. Una línea transparente que vibra un poco al final.

He oído lo suficiente.

No me molesta que hablen. No me sorprende. La tensión entre nosotras es evidente. No lo he querido admitir, pero ahí está, flotando en cada gesto, en cada mínima pausa antes de una respuesta, en cada milímetro que no cruzamos. El problema no es lo que ellos perciben.

El problema es que no están del todo equivocados.

Greta y yo tenemos una historia. No lo hemos dicho, pero nuestros cuerpos lo recuerdan. La forma en que nos colocamos, la distancia exacta que dejamos entre una y otra, el modo en que evitamos mirarnos más de tres segundos. Todo eso habla más alto que cualquier palabra.

Y yo no necesito eso ahora.

No he venido aquí a repetir errores.

Me encierro en mi despacho apenas termina la intervención siguiente. No porque lo necesite. No todavía. Pero sé que, si no lo hago, acabaré cediendo a esa inercia absurda de buscarla con la mirada en cada pasillo. Como si volviera a tener veinte años. Como si no supiera ya cómo acaba esa historia.

Me quito la bata con calma, doblándola con cuidado antes de dejarla sobre la silla. El gesto me ayuda a mantener la compostura. A recordarme que sigo teniendo el control.

No voy a repetir lo mismo. No esta vez.

Me lo repito como un mantra. En silencio, mientras organizo la agenda del día siguiente. Mientras paso los dedos por el lomo de un

libro que traje de casa y que aún no he abierto. Mientras respiro hondo y miro por la ventana hacia el ala de urgencias.

Greta ha cambiado. Está más rígida, más seca. O tal vez solo es mi percepción, distorsionada por todo lo que dejamos sin decir. No importa. Lo que importa es que no ha venido a buscarme. Ni con palabras ni con gestos. Y, honestamente, me alegra. No sé qué haría si lo hiciera.

La lógica es simple: vine aquí por una oportunidad profesional. Por respeto a mi carrera, a lo que soy y a lo que quiero construir. Y eso implica no perder el foco. No volver a convertirme en un paréntesis dentro de su ambición. No dejar que el pasado determine este nuevo comienzo.

Ella puede estar en este hospital. Puede ocupar quirófanos, reuniones, pasillos. Pero no va a volver a ocupar mi vida.

No voy a caer otra vez.

3

Greta

No hace falta mucho tiempo para saber cuándo alguien encaja. El hospital lo revela rápido: en cómo los residentes responden, en los silencios que se llenan o no, en la forma en que el personal se relaja o se tensa en presencia de alguien.

Annika encaja.

Lo veo desde la puerta entreabierta de la sala de formación. Es su segunda charla con los residentes y ya hay una diferencia. Las posturas son más abiertas. Hay sonrisas. Intervenciones espontáneas. Hasta risas discretas. No es fácil ganarse al grupo en tan poco tiempo. Y mucho menos aquí.

Ella se mueve con seguridad, pero sin arrogancia. Escucha. Deja espacio. No necesita demostrar nada. Y eso, precisamente, es lo que más autoridad transmite. Es la misma Annika de siempre, pero más precisa, más madura. O quizá solo yo la veo distinta porque no soy la misma.

Cruzo los brazos y me apoyo en el marco de la puerta, sin entrar. No quiero interrumpir. No quiero parecer que estoy observando, aunque eso es exactamente lo que estoy haciendo.

Ella explica algo sobre prioridades en emergencias torácicas. Usa ejemplos claros, sin adornos. Directa. Al grano. Siempre fue buena con eso. Con decir justo lo necesario para hacerse entender. Con no llenar el aire de palabras vacías.

Varios residentes asienten. Uno incluso toma notas con entusiasmo. Otro levanta la mano con una pregunta. Ella le escucha con atención. Le devuelve la palabra con paciencia, sin corregir, sin imponer. Como si su objetivo no fuera brillar, sino enseñar.

Y lo consigue.

Me doy cuenta de que estoy apretando la mandíbula y me obligo a soltarla. No es celos lo que siento. No exactamente. Es más bien una mezcla de admiración mal gestionada y una punzada de lo que podría haber sido. De lo que una vez estuvo cerca y se perdió por mi propia decisión.

Annika brilla.

Y yo no sé si eso me alegra… o me asusta.

* * *

La sala de reuniones está llena, pero el aire se siente espeso. No por falta de ventilación, sino por la atención contenida que flota entre quienes ocupamos la mesa. Es una de esas reuniones semanales

donde los jefes de unidad informamos de progresos, incidencias y objetivos. En teoría, no debería haber lugar para lo personal.

En teoría.

Annika se sienta justo al otro lado de la mesa. No ha elegido ese lugar. Lo sé. Estaba libre cuando entró. No hay nada intencionado. O quizá sí, y solo ella sabrá cuánto. Yo mantengo mi rostro neutro, mis papeles perfectamente alineados frente a mí, y mi atención dirigida al informe de cirugía torácica. Aunque apenas lo estoy leyendo.

Greta Fischer, jefa de cirugía. Annika Kleinmann, jefa de residentes. Dos títulos que suenan impecables. Dos profesionales con responsabilidades concretas. Nadie aquí sabe que, hace años, esas mismas personas se conocieron por debajo de los títulos. Se hablaron sin filtros. Se rozaron sin bisturís de por medio.

Ahora nos tratamos con la misma corrección que se aplica a un informe clínico. Cada intervención es puntual, informativa. Ella presenta un resumen de las nuevas dinámicas de supervisión. Yo comento las rotaciones. Nada fuera de lugar. Ningún desliz. Pero hay una tensión constante en cómo evita mirarme directamente.

Cuando uno de los asistentes menciona que "la coordinación entre cirugía y formación parece haberse optimizado con rapidez", todos asienten. Yo también. Es una frase inocente. Diplomática. Pero noto cómo Annika, por primera vez en toda la reunión, alza la vista y se encuentra con la mía.

Solo un segundo.

Suficiente.

No hay sonrisa. Ni gesto alguno. Solo una mirada limpia, directa, como una cicatriz que nunca cerró del todo.

Y luego, el momento pasa.

Volvemos a hablar de recursos, presupuestos, horarios.

Volvemos a fingir que no hay nada más.

* * *

La oferta llegó en una carpeta azul, con un membrete que aún recuerdo con precisión. Era una mañana de noviembre, fría, nublada. Estábamos en mi piso. Annika había preparado café, ese que siempre traía de una tienda pequeña de Hamburgo, con nombre impronunciable y sabor demasiado fuerte para mi gusto. Aun así, me lo bebí. Siempre lo hacía.

La carpeta estaba sobre la mesa, entre las dos. No la abrí de inmediato. Sabía lo que decía. El ascenso. La unidad. La jefatura. Años de trabajo por fin recompensados. Todo lo que me había propuesto desde que puse un pie en la facultad.

Ella la miraba sin decir nada.

—¿Lo vas a aceptar? —preguntó, finalmente, en voz baja.

No le mentí.

—Sí.

No hubo discusión. Ni reproches. Solo un silencio que fue creciendo entre nosotras, como una gota de anestesia que adormece hasta el dolor. Yo no supe qué decir. O no quise decirlo. Annika se levantó, recogió las tazas, y se encerró en el baño durante diez minutos. Cuando salió, tenía los ojos secos y la voz firme.

Me convencí de que tenía que elegir.

Y elegí.

Elegí ese despacho con vistas. Elegí las guardias infinitas, los congresos, las publicaciones. Elegí ganar.

Y la perdí.

A veces me digo que hice lo correcto. Que no había otra forma. Que el amor no cabe en el quirófano, que el prestigio exige sacrificios. A veces incluso me lo creo.

* * *

La encuentro sola frente a la máquina de café, justo antes del cambio de turno. Tiene los brazos cruzados, el ceño levemente fruncido, y un vaso de cartón entre los dedos. No parece molesta. Solo distante. Como si el mundo estuviera a un par de pasos de su cuerpo.

Me acerco sin prisa. Podría esperar. Podría fingir que no la vi. Pero hay momentos que no se pueden postergar más. Aunque sepamos que no van a salir bien.

—Annika —digo, despacio.

Ella gira la cabeza con un gesto breve. No se sorprende. No sonríe. Solo espera.

—¿Podemos hablar un momento?

No hay personas cerca. Solo el zumbido de los fluorescentes y el leve goteo del dispensador. Por un segundo, imagino que dice que sí. Que me sigue a una sala vacía. Que hablamos. Que, por fin, deshacemos ese nudo. Pero no. No es así.

Annika me mira con una calma quirúrgica.

—¿Sobre qué?

—Sobre nosotras —respondo, sin rodeos. No veo sentido en disfrazarlo.

Ella baja la vista al café, lo gira con los dedos, como si analizara su temperatura. Luego levanta la mirada, directa, sin temblor.

—No hay un "nosotras", Greta.

Es un corte limpio. Preciso. Como una línea de bisturí entre lo que fue y lo que ya no será. Lo dice sin elevar la voz, sin dureza. Pero con una claridad que no deja espacio a malentendidos.

Asiento despacio. No porque esté de acuerdo. Sino porque no tengo nada que responderle.

Ella da un paso para irse, pero se detiene justo al pasar junto a mí. Lo suficientemente cerca como para que su perfume me golpee de golpe. Ese que aún recuerdo. Ese que me negaba a nombrar.

—No hagamos esto más difícil de lo que tiene que ser —dice.

No hay furia en su voz. Ni rencor. Lo que hay es algo peor: ese tono cortés y firme con el que se cierran puertas que ya no se van a volver a abrir.

—No hay un "nosotras", Greta —repite.

Me esfuerzo por no mostrar nada. Por mantener el control, como siempre. Pero hay un matiz en su mirada que me desarma. No está enfadada. Está cansada. Como si revivir esto fuera un trámite más, una última firma al pie de algo que ya estaba sentenciado.

Intento sostener su mirada, decir algo que la detenga, aunque sea por un segundo. Pero no tengo palabras que no suenen a excusa, y ella ya no parece interesada en escuchar nada.

—Sé que no es el momento, ni el lugar, pero hay cosas que deberían decirse —intento.

—¿Para qué? —pregunta, sin alterarse—. ¿Para que todo vuelva a doler? Ya dolió, Greta. Ya pasó. No necesito abrir esa herida otra vez. Ni tú tampoco.

Sus palabras no buscan herirme. No lo necesita. Es la calma con la que las dice lo que más pesa. Porque demuestra que ha hecho las paces con el pasado. Conmigo. Y que en esas paces no hay espacio para un regreso.

Se marcha sin dramatismo. Sin girarse. Como si esta vez sí hubiera cerrado todo lo que quedaba abierto entre nosotras.

Me quedo quieta, mirando el café abandonado sobre la encimera.

4

Annika

Las guardias nocturnas tienen una cualidad extraña. No importa cuántas hayas hecho, siempre se sienten más largas de lo que deberían. Las horas se estiran, los pasillos parecen más silenciosos, los monitores suenan más fuerte. Y los encuentros inevitables se vuelven… más difíciles de esquivar.

No es coincidencia que coincidamos hoy. Lo sé. No porque lo haya buscado, sino porque este hospital tiene una lógica cruelmente eficiente: une a las personas en el momento exacto en el que menos quieren verse.

Paso frente al mostrador de control y dejo mi firma en el parte de incidencias. A mi lado, una enfermera me comenta en voz baja que la Dra. Fischer también está de guardia. Lo hace con naturalidad, sin intención oculta. Pero no puedo evitar que algo en mi estómago se tense.

No pasa nada. No pasará nada.

Llevo años entrenando mi cuerpo para no reaccionar. A mantener la voz estable, la espalda recta, los pensamientos encerrados en una caja que solo abro cuando estoy sola.

La veo al final del pasillo. Bata blanca, carpeta en mano, la misma expresión imperturbable de siempre. Me pregunta algo sobre un paciente crítico que ha ingresado hace media hora. Le respondo con precisión, sin rodeos. Dos frases. Tres como mucho.

Nada más.

El ascensor tarda en llegar. Estamos las dos ahí, sin hablar, mirando el panel iluminado como si fuera lo más fascinante del mundo. Greta carraspea. Yo finjo que no lo noto. No hay aire, pero tampoco hay palabras.

Cuando las puertas se abren, caminamos lado a lado hasta quirófano. Nuestros pasos suenan iguales. Rítmicos. Sin urgencia. Sin intención.

Todo está en pausa.

Pero sé que la noche aún no ha terminado.

El paciente llega intubado, con un trauma torácico severo y un hemotórax izquierdo masivo. Es joven, veintisiete años, accidente de moto. La imagen de la tomografía es clara: fractura costal múltiple con colapso pulmonar y sangrado activo. No hay tiempo para pensar demasiado.

Nos miramos. Ni una palabra.

Greta asume el mando con naturalidad. Es su equipo, su quirófano. Pero cuando me pide que prepare la asistencia directa, lo hace con esa cadencia breve que solo usa cuando confía. O cuando no hay otra opción.

—Voy contigo —digo, ya colocándome los guantes.

La cirugía empieza con tensión mecánica. Dos estilos distintos, dos cuerpos que se mueven al unísono sin buscarlo. Yo manejo la succión. Ella abre con rapidez. Coordinamos la colocación del separador. En un momento, me pasa el instrumental sin mirarme. Lo tomo sin pedirlo. Como si nos hubiéramos estado entrenando juntas todo este tiempo.

Un vaso colapsa. El sangrado es más extenso de lo previsto. Greta murmura una orden rápida. La entiendo al instante. Me anticipo medio segundo antes de que la repita. Nuestras manos se cruzan sin rozarse, pero hay algo más que piel en ese gesto.

Durante veintitrés minutos exactos, dejamos de ser dos personas con un pasado.

Solo somos cirujanas.

Y cuando el sangrado cede, cuando el pulmón vuelve a inflarse, cuando el campo quirúrgico recupera su limpieza, noto el temblor leve en mis hombros. No por agotamiento. No por miedo. Es la descarga de haber vuelto a funcionar con ella como si nunca hubiéramos dejado de hacerlo.

Greta da la última orden. El equipo empieza a cerrar.

—Buena coordinación —dice alguien al fondo, sin saber lo que implica.

Asiento. No respondo.

Si hablo ahora, se me va a notar todo.

Nos quitamos los guantes en silencio. El resto del equipo se dispersa con eficiencia: cada uno sabe lo que tiene que hacer, cómo cerrar, cómo documentar. Yo me quedo revisando las constantes en

el monitor mientras Greta entrega las últimas indicaciones al anestesista.

Hay un momento en que nos quedamos solas. No por mucho. Lo justo para que el aire entre nosotras se haga más espeso de lo necesario.

—Ha salido bien —dice, sin mirarme.

—Sí —respondo, mirando al monitor, como si la línea del pulso fuera más interesante que su voz.

—Gracias por… —Empieza a hablar, pero se detiene.

—No hace falta —corto, sin levantar la vista—. Era mi trabajo.

Silencio.

Pero no incómodo. No todavía.

Es el silencio que compartíamos antes, cuando todo estaba bien. Cuando el quirófano era el único lugar donde no discutíamos, donde todo era fluido, limpio, exacto. Donde la única complicidad que necesitábamos era la de entendernos con una mirada. O ni eso.

Greta camina hacia el lavabo, se lava las manos con ese gesto metódico que siempre tuvo. La observo de reojo, aunque no debería. La forma en que mueve los dedos, la manera en que se pasa la mano por el pelo antes de secarse, todo sigue siendo ella. Todo sigue siendo demasiado.

Y, lo peor, es que aún funciona.

La conexión.

La simetría.

El lenguaje compartido que no se ha oxidado, aunque todo lo demás se haya roto.

Salimos del quirófano al mismo tiempo, pero no caminamos juntas. Solo avanzamos en la misma dirección. Con una distancia exacta de un metro entre nosotras.

Como si lo hubiéramos ensayado.

La sala de descanso está casi vacía. Solo una enfermera duerme en un sofá del fondo, cubierta con una manta de hospital. El reloj marca las 3:47. Hora muerta. Esa franja en la que el cuerpo empieza a ceder y el cerebro baja la guardia.

Abro el armario del fondo para coger una botella de agua. Greta está detrás de mí, organizando algo en la encimera, demasiado cerca para lo que sería cómodo. El espacio es pequeño. Todo el hospital es pequeño cuando quieres evitar a alguien.

Cierro la puerta del armario y me giro al mismo tiempo que ella da un paso. No lo vemos venir. No nos apartamos. Y entonces ocurre: su brazo roza el mío. Un roce mínimo, sin intención, sin cálculo. Piel contra piel. Apenas un segundo.

Pero suficiente.

El cuerpo recuerda lo que la mente intenta enterrar.

Siento cómo se me acelera el pulso.

Y sé —lo sé con una certeza insoportable— que a ella le pasa lo mismo.

Ninguna se mueve.

Ninguna dice nada.

Solo nos quedamos ahí, inmóviles, con ese contacto fantasmal aún latiendo en el aire entre nosotras. La botella de agua sigue en mi mano, sin abrir. El aire acondicionado zumba en lo alto. La enfermera del fondo gira en sueños.

Y yo… yo cometo el error de mirarla.

No es una mirada intensa. No hay dramatismo. Solo la búsqueda silenciosa de una reacción. Algo que me diga si estoy sola en esto. Si Greta también ha sentido ese chispazo bajo la piel. Si todavía hay algo que no se ha apagado del todo.

Y lo hay.

Claro que lo hay.

Pero no quiero que lo haya.

Sus labios se abren. Apenas. Como si estuviera a punto de decir algo. Un gesto casi imperceptible, pero lo conozco. Lo he visto antes. Sé lo que viene después de ese gesto. Una frase breve, cargada de más peso del que aparenta. Una grieta.

No puedo permitir que hable.

Me giro antes de que lo haga.

Camino hacia la puerta sin decir una palabra.

Siento su mirada en mi espalda. No me sigue. No me llama. No insiste. Greta no es de las que se arrastran. Siempre ha sabido cuándo retirarse. Y siempre lo hace en silencio. Como entonces.

Camino por el pasillo como si me estuviera escapando de algo invisible. No hay nadie alrededor. Solo mis pasos y esa presión en el pecho que no desaparece. Como si el roce de su piel se hubiera quedado tatuado en la mía. Como si no fuera capaz de arrancármelo.

Entro en la sala de informes, cierro la puerta tras de mí y apoyo la frente contra la pared. Fría. Inerte. Ajena a todo lo que se me está desmoronando por dentro.

Respiro hondo.

Una. Dos veces.

No va a volver a pasar. No puede. No quiero que vuelva a pasar.

Greta y yo funcionamos bien en quirófano. Solo ahí.

Todo lo demás…

Todo lo demás nos rompe.

5

Greta

Hay un cajón en casa que no abro casi nunca.

Está en la cómoda del dormitorio, en la esquina más alejada de la ventana, justo donde no llega la luz directa. Tiene llave, pero no porque haya algo que quiera esconder, sino porque hay cosas que, simplemente, necesitan estar contenidas.

Esta noche lo abro.

No porque lo haya planeado. No porque quiera revolver el pasado como quien revisa una herida mal cerrada. Es solo que, después de la guardia, después de ese roce accidental, después de verla marcharse con la mandíbula apretada y la respiración agitada… no puedo dormir. Y cuando no duermo, abro ese cajón.

Dentro hay pocas cosas. Un par de cartas impresas que nunca envié. Una entrada de cine doblada en cuatro. Y una foto.

La foto es pequeña, de esas que uno imprime por impulso. Annika está sentada en un banco, con las piernas cruzadas y las gafas de sol en la cabeza. Lleva una chaqueta que me gustaba, de

esas que no combinaban con nada y, sin embargo, le quedaban perfectas. Está riéndose. No a carcajadas. Una risa contenida, apenas un gesto en los labios. Yo tomé esa foto sin que se diera cuenta. Lo recuerdo porque cuando se la enseñé, me dijo: "¿Por qué me miras así?"

Como si en mi mirada hubiera algo que ella no había visto antes. Como si, de pronto, intuyera que para mí, ese momento valía más de lo que parecía.

No supe responder.

Nunca fui buena explicando las cosas importantes.

Tampoco lo fui con ella. Especialmente con ella.

Guardo la foto, pero no cierro el cajón. Tomo una de las cartas. La más corta. Un folio arrugado con tres párrafos escritos a las dos de la madrugada, en una de esas noches en las que no podía dejar de pensar en todo lo que había hecho mal.

Nunca se la entregué.

La leo en silencio. Cada palabra es un reflejo torcido de lo que no supe decir en persona.

Y entonces pienso… tal vez ya no importe. Tal vez ya es tarde.

Pero aún así, doblo la carta con cuidado.

Y me la guardo en el bolsillo.

Solo por si acaso.

Encuentro a Lena en la sala de café de la unidad de cirugía vascular, justo antes del cambio de turno. Está sentada con las piernas cruzadas y el móvil en una mano, revisando algo con expresión neutra. Cuando me ve, levanta la vista y me ofrece una media sonrisa.

—¿Sigues viva? —pregunta.

—Por poco —respondo, sirviéndome un café que sé que no voy a terminar.

Lena lleva años en este hospital. Es de esas colegas que saben mantenerse al margen del drama, pero que también saben leer entre líneas. Nunca hemos sido íntimas, pero hemos compartido suficientes guardias interminables y quirófanos tensos como para tener un tipo de confianza que no requiere explicaciones largas.

—¿Y? —dice al cabo de un rato—. ¿Cómo va la "nueva incorporación"?

Finjo que no entiendo. O lo intento.

—¿A qué te refieres?

—A Annika —responde, sin rodeos—. Se nota que os conocéis. No voy a hacerme la tonta.

Me quedo en silencio. Podría negarlo. Podría hacer una broma. Pero estoy demasiado cansada para eso.

—Hace años —digo simplemente.

—¿Y ahora?

—Ahora está aquí. Eso es todo.

Lena asiente. Toma un sorbo de su café. Luego me mira con esa expresión tranquila que tan bien maneja.

—No tiene pinta de que eso sea todo.

La miro. Y por un instante me planteo contarle algo. No todo. Solo lo suficiente para no sentirme tan sola dentro de esta historia que aún me persigue. Pero no lo hago.

—Las cosas no terminaron bien —digo.

—¿Alguna vez terminan bien?

—No lo sé. Supongo que algunas sí. Pero esta no.

Lena no insiste. Solo me da una palmadita breve en el brazo cuando se levanta.

—Sea lo que sea, arréglalo o suéltalo. Pero no vivas ahí —dice, antes de marcharse.

Y se va, como si no hubiera dicho nada importante.

Pero lo ha dicho todo.

La encuentro saliendo de la sala de rayos, con una carpeta bajo el brazo y el pelo ligeramente despeinado, como si llevara demasiadas horas sin parar. Está sola. Por una vez, no hay residentes alrededor, ni excusas para huir en otra dirección. Es ahora o no será nunca.

—Annika —digo, acercándome con calma.

Se detiene, sin girarse del todo. Sabe que soy yo. Lo supo desde que pronuncié su nombre.

—Solo quiero hablar —añado, bajando un poco la voz.

Ella se gira. Me mira. No parece sorprendida, ni molesta. Solo cansada. Como si ya supiera todo lo que voy a decir.

—Dos minutos —dice, sin moverse del sitio.

No necesito más.

—No te busqué. No pedí que vinieras aquí. No planeé esto —empiezo, y me odio un poco por lo defensivo que suena—. Pero estás. Y desde que llegaste, no puedo… fingir que no hay cosas que debería haberte dicho.

Annika aprieta la carpeta contra el pecho.

No habla. Así que sigo.

—Tomé decisiones equivocadas. Elegí mal. Pensé que tenía que hacerlo, que no podía tenerlo todo, que… que tú sabías entenderlo. Pero lo cierto es que no te elegí cuando debía. Y eso fue un error. Uno grande.

Ella sigue sin moverse. Sus ojos están fijos en los míos, pero no sé si me está escuchando con atención o simplemente esperando que termine. Me cuesta saberlo.

—Nunca dejé de pensar en ti —añado. No lo tenía planeado, pero ya está fuera.

Un silencio.

Y luego, una respuesta que me deja sin aire.

—No. —Su voz es firme, sin elevarse—. No, Greta. No ahora.

Me detengo. Lo hago porque su tono no deja espacio. Porque, de repente, todo lo que había reunido en mi interior para decirle se encoge y se convierte en algo torpe y desubicado.

Annika inspira despacio. Baja la mirada un segundo y luego vuelve a mí con una expresión tan contenida que casi duele más que si estuviera gritando.

—Tú tomaste una decisión. Una. Consciente. Clara. Yo no te pedí que eligieras. Solo te pedí que no desaparecieras mientras lo hacías. Pero lo hiciste igual. Te fuiste sin girarte.

No intento justificarme. No ahora. No con esas palabras.

—No puedes volver años después, con una frase bonita o una disculpa a medio construir, y esperar que todo vuelva a abrirse —sigue—. No funciona así. No conmigo.

Siento el calor subiendo por el cuello, esa mezcla de rabia y vergüenza que solo provoca alguien que te conoce demasiado bien.

—No es una frase bonita, Annika.

Ella niega con la cabeza. No es un gesto brusco. Es casi compasivo.

—Lo dejaste atrás. Entonces hazme el favor de vivir con ello. No vengas a remover lo que tú misma decidiste enterrar.

Y con eso, se va.

Sin drama. Sin pausa.

Solo se da la vuelta y desaparece por el pasillo, dejándome allí, como una pieza mal colocada en un tablero que ya no me pertenece.

No la sigo.

Podría hacerlo. Podría alcanzarla, insistir, decirle que ha malinterpretado todo, que no sabe cuánto me pesa, cuánto me duele. Pero no lo hago. Porque tiene razón.

Yo elegí irme. Elegí el cargo, la estabilidad, el reconocimiento. Y con esa elección, perdí el derecho a irrumpir en su vida cuando me conviene.

Me quedo en medio del pasillo, con la carta aún doblada en el bolsillo de la bata. No tiene sentido dársela. No ahora. Ni siquiera sé si alguna vez lo tuvo. Quizá solo fue un intento cobarde de cerrar algo que no supe sostener cuando importaba.

Camino hasta la sala de médicos y me dejo caer en el sillón más alejado. Me paso la mano por la cara. El hospital sigue su ritmo habitual. Monitores, pasos, voces. Todo normal. Todo funcional. Y yo me siento fuera de lugar en medio de esa eficiencia quirúrgica que ya no me consuela.

Lena entra un rato después. Me ve, se detiene un segundo, pero no dice nada. Solo me lanza una mirada que lo entiende todo y me

deja espacio. Agradezco que no pregunte. Agradezco aún más que no intente consolarme.

Porque no hay nada que decir.

Annika tiene razón.

Y yo tengo que aprender a vivir con eso.

6

Annika

Esto no es nostalgia.

No es amor.

No es nada.

Es química residual. Un reflejo. Como un músculo que se activa sin pensar. Eso es lo que me repito mientras camino por el pasillo hacia la sala de reuniones, con el pulso aún acelerado desde la conversación de antes. O lo que sea que haya sido eso.

Greta habla bien. Siempre lo ha hecho. Dice lo justo, lo necesario, en el tono exacto que hace parecer que está siendo sincera. Pero yo ya aprendí. Aprendí que la precisión puede disfrazar la evasión. Que el silencio no siempre es respeto. Que algunas personas son expertas en dejarte esperando… sin avisarte de que no van a volver.

No voy a caer otra vez.

No importa lo bien que funcione en quirófano. No importa lo que sienta cuando estamos cerca. Esa tensión, esa electricidad… no

significa que debamos repetir la historia. Solo significa que nuestro cuerpo aún no se ha enterado de que ya no hay nada entre nosotras.

Me lo repito mientras leo el parte médico. Me lo repito mientras firmo tres informes y asigno a una residente nueva a cirugía vascular. Me lo repito con cada gesto rutinario, con cada paso firme, con cada respiración medida.

No voy a volver a permitirle que me rompa en silencio.

No otra vez.

Porque, si lo hago, esta vez no voy a saber cómo recomponerme.

Termino de revisar la hoja de evolución de un paciente y me quedo quieta frente al escritorio, con el bolígrafo suspendido en el aire. Podría moverme. Podría pasar al siguiente informe. Pero algo me ancla. Una especie de vértigo suave, como si el suelo se hubiera desplazado un par de milímetros y mi cuerpo aún no se hubiera adaptado.

¿Por qué me sigue importando?

No quiero que me importe. No debería. Han pasado años. No hay nada nuevo. Ninguna promesa. Ningún cambio sustancial. Solo ella, con sus silencios bien colocados y sus disculpas tardías. Y, sin embargo, estoy aquí, debatiéndome entre lo que fue y lo que aún me remueve por dentro.

El problema es que no puedo decidir lo que siento. Solo lo que hago con eso.

Y ahora mismo no estoy haciendo nada coherente.

Greta no me ha pedido que vuelva. No ha intentado seducirme. Ni siquiera ha traspasado los límites profesionales. Pero basta con

tenerla cerca para que mi sistema empiece a fallar. Basta con que diga mi nombre en voz baja para que algo en mí se alinee, como si esa parte no hubiera evolucionado en mi ausencia.

No puedo permitirme esta debilidad.

Me repito que es una fase. Que es el contexto. Que volver a verla ha activado memorias dormidas, eso es todo. Pero también sé que hay algo más. Algo que no es pasado. Algo que sigue latiendo, molesto, debajo de la lógica. Algo que me hace temblar cada vez que sus ojos encuentran los míos por accidente.

Y, joder, si me sigue importando…

¿qué se supone que tengo que hacer con eso?

Entro en el vestuario sin pensar demasiado. Son casi las ocho y media, y solo quiero cambiarme antes de irme. Me duele la espalda, tengo los pies hinchados y una punzada persistente detrás del ojo izquierdo. Nada que una ducha caliente y silencio no puedan arreglar.

Abro mi taquilla y dejo caer la carpeta dentro. El clic metálico me hace sentir que, por fin, el día ha terminado.

Entonces escucho la puerta cerrarse.

Y la veo en el espejo.

Greta.

Todavía tiene el pelo húmedo por la cirugía de hace una hora. Aún viste el pijama quirúrgico, con la bata colgando en un brazo. No dice nada. Solo me mira. O se mira. No estoy segura. Nos encontramos reflejadas, las dos. Imágenes duplicadas que no encajan del todo con la versión de nosotras que llevamos encima.

—¿Tú también terminas ya? —pregunta. Su voz es baja, sin intenciones.

—Sí —respondo, girándome despacio.

Durante unos segundos, todo es ruido de fondo: el zumbido de los fluorescentes, el sonido leve del agua corriendo en una ducha del fondo, un taquillazo que alguien ha cerrado mal. Pero entre nosotras solo hay silencio. De ese que no se rompe sin consecuencias.

Me inclino para sacar mi mochila, y cuando me enderezo, ella está más cerca de lo que debería. No invadiendo mi espacio. Pero casi. Lo suficiente para que el aire entre nosotras se vuelva más pesado. Lo suficiente para que tenga que recordarme a mí misma cómo respirar.

Nos quedamos ahí, frente a frente.

Ni una palabra más.

Pero si uno se quedara el tiempo suficiente en este lugar, podría escuchar cómo algo invisible se agrieta.

No quiero esto.

No debería quererlo.

Pero lo siento igual.

La forma en que Greta me mira, sin presionar, sin decir nada, con esa quietud que siempre me desarma, me atraviesa como una incisión precisa. No hay palabras dulces. No hay disculpas repetidas. Solo sus ojos, fijos, serenos, ardiendo sin mostrar fuego.

Y yo…

Yo tengo la maldita piel encendida.

Quiero besarla.

Y me odio por ello.

Porque en este cuerpo sigue quedando memoria. Porque mis labios recuerdan el tacto de los suyos aunque hayan pasado años. Porque hay una parte de mí —una que creí muerta— que despierta solo por su proximidad. Por el olor de su piel. Por el calor que emana, incluso cuando no me roza.

Quiero empujarla contra la taquilla. Quiero preguntarle por qué no luchó por mí. Quiero gritarle y besarla en la misma respiración.

Pero no lo hago.

Porque no sé si quiero a la Greta de ahora o si solo deseo cerrar el círculo que ella dejó abierto.

Y porque temo, más que nada, que si la toco, ya no sepa cómo alejarme otra vez.

Doy un paso atrás. No lo pienso. Solo lo hago.

Greta frunce levemente el ceño, pero no dice nada. Es como si entendiera lo que está pasando sin necesidad de explicaciones. Como si supiera que esa distancia que acabo de poner entre nosotras no es por miedo a ella, sino a mí misma.

A lo que todavía puedo sentir.

A lo que no quiero volver a sentir.

Recojo la mochila, cierro la taquilla con un golpe más fuerte de lo necesario y salgo sin mirarla. No corro, pero camino con paso firme. Como si eso bastara para alejarme del deseo que aún me quema por dentro.

Cuando cruzo la puerta del vestuario, el aire del pasillo me parece más frío. O más real. No sé.

Greta no me sigue.

Claro que no.

Ella nunca sigue a nadie.

Y yo… yo soy la experta en irme antes de que algo me rompa del todo.

Pero mientras me alejo, con los nudillos blancos de apretar la correa de la mochila, solo puedo pensar en una cosa:

Esta vez, no estoy segura de que alejarme vaya a doler menos.

7

Greta

El bisturí estaba mal colocado. No era grave. No era peligroso. Pero no era lo que había pedido.

—Te dije que quería la hoja número diez —dije en voz baja, sin dejar de mirar el campo quirúrgico.

—Es la diez, doctora —respondió el residente, visiblemente nervioso.

No lo era. Lo sabía. Lo sabía él también. La había cogido con prisa, confiando en que nadie lo notaría. Lo noté. Porque siempre lo noto. Porque todo en este quirófano tiene que funcionar con la precisión de un metrónomo. Y hoy, ni siquiera yo estoy sincronizada.

—Sal del quirófano —dije, sin levantar la voz. Pero sin dejar lugar a dudas.

El chico me miró, perplejo, con el rostro desencajado. No se movió. Una de las enfermeras me lanzó una mirada incómoda. Yo mantenía la vista fija en él, en su respiración entrecortada, en sus ojos que pedían una segunda oportunidad.

—Ahora —añadí.

Se fue.

Terminé la cirugía sin errores, sin complicaciones. Técnica impecable. Resultado perfecto. Pero el aire en el quirófano se había vuelto denso, incómodo. Cada paso, cada movimiento, se sentía más tenso de lo necesario. Y todo por un bisturí. O eso quieren creer.

No fue el bisturí.

Fue Annika.

Fue esa escena en el vestuario, esa forma en la que me miró antes de irse, como si odiara desearme. Como si cada centímetro de su piel luchara contra la posibilidad de volver a tocarme. Como si yo fuera la grieta que intenta no volver a abrir.

Y ahora esa rabia —la que no puedo dirigir hacia ella— se me ha salido por otra parte. Por un residente asustado. Por un fallo menor. Por una hoja de bisturí mal cogida.

Fuera de quirófano, Paul me intercepta. Su tono es más cuidadoso de lo habitual.

—Greta. No sé qué te pasa, pero no eres tú.

Lo sé.

Y eso es lo que más me inquieta.

—Tal vez te vendría bien desahogarte —dice Paul, con esa voz diplomática que usa cuando no quiere decir "estás perdiendo los papeles" en voz alta.

Le agradezco el comentario con una mueca que no es una sonrisa.

La verdad es que no tengo a quién acudir. No de verdad. Lena es una opción, pero ya ha leído bastante entre líneas. No quiero que lea

aún más. Los demás son colegas, jefes, subordinados. No amigos. Y tampoco estoy segura de querer hablar. Pero hay un nudo dentro de mí que empieza a apretar demasiado.

Camino por los pasillos sin una dirección clara, como si mi cuerpo supiera adónde ir antes que mi cabeza. Cuando me doy cuenta, estoy en la antesala del archivo de radiología. La puerta entreabierta. Luz tenue. Un silencio casi reverencial.

Annika está allí.

Sentada en una mesa auxiliar, con el portátil abierto y la mirada fija en la pantalla.

Podría dar media vuelta. Fingir que estaba buscando otra cosa. Dejarlo para otro día. Pero no lo hago. Porque, aunque ella sea la última persona que debería escucharme, también es la única a la que me importa que me entienda.

Doy un paso dentro.

Ella levanta la mirada. No dice nada. Me observa con esa expresión suya que no revela nada pero lo intuye todo.

—¿Puedo?

Un gesto con la cabeza. Ni afirmación ni rechazo. Solo una rendija.

Entro. Cierro la puerta.

Y por primera vez en mucho tiempo, no tengo ni idea de cómo empezar.

—Hoy he echado a un residente del quirófano por una hoja de bisturí —digo al fin.

Annika no responde. Ni siquiera parece sorprendida. Solo cierra el portátil con calma y se recuesta ligeramente en la silla,

observándome como si esperara a que me desmonte por partes.

—No era por él. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo imagino —dice, seca. Pero sin maldad. Como quien constata un hecho inevitable.

Me siento frente a ella. No hay papeles entre nosotras. No hay bisturís. Solo esta tensión vieja, domesticada, que vuelve a la mínima chispa.

—No sé cómo hacer esto —confieso—. No sé cómo hablar contigo sin que suene a excusa.

—Tal vez porque siempre lo fue —responde, mirándome a los ojos por primera vez desde que entré.

Sus palabras duelen. Porque son ciertas. Porque están dichas sin veneno, y eso las hace aún más certeras.

—Sé que no te crees nada de lo que diga ahora. Pero no es una estrategia, ni un intento de redención. Solo estoy… cansada de callarme.

Annika me observa durante unos segundos, como si tratara de descifrar si esto es real o solo una fachada más.

—Tú no eres tan fría como crees, Greta.

No lo dice como un reproche. Ni siquiera como una acusación. Es casi una súplica. Una verdad dicha desde un lugar al que aún no me atrevo a mirar.

Bajo la vista. Respiro hondo.

Tiene razón.

Nunca lo fui.

Solo aprendí a parecerlo.

Levanto la vista. No sé cómo mirarla sin que me tiemble algo por dentro. Annika siempre tuvo ese efecto: no el de derribarme, sino el de obligarme a verme sin armadura. Como si me quitara el bisturí de las manos y me dejara sola con las palabras, que siempre manejé peor.

—Lo siento —digo. Y esta vez, la frase no está premeditada. Se me escapa, como una grieta por la que ya no puedo contener nada —. Por todo.

Ella se queda quieta. Demasiado.

Siento el calor en la garganta, esa presión incómoda que no es llanto pero se parece demasiado. Me esfuerzo por no parpadear más de lo necesario. No quiero que vea nada que no controle. Y, al mismo tiempo, me doy cuenta de que ya lo ha visto todo.

—Te elegí tarde.

—Y mal.

—Sí.

Mi voz no tiembla. Eso me sorprende. Pensaba que temblaría. Pensaba que sería más frágil decirlo. Pero no. Lo que es verdad no duele por debilidad. Duele por su peso. Y hoy me pesa más que nunca.

Annika no me interrumpe. No hace nada. Ni siquiera parpadea. Pero la forma en que me mira ha cambiado. Ya no hay reproche. No del todo. Tampoco hay perdón. Lo que hay es algo más complicado. Algo que no se decide en un segundo.

—Tenías que decírmelo antes —dice al fin, en voz baja.

—Lo sé.

—Y tenías que haber corrido detrás de mí, aquella noche.

—Lo sé —repito, bajando la mirada.

Por primera vez en años, no tengo nada más que ofrecerle que una verdad sencilla.

Y por primera vez, me parece suficiente.

El silencio se instala de nuevo entre nosotras, pero ya no es el mismo. No es el muro de antes. No es ese espacio hostil que había que evitar a toda costa. Es un silencio más… habitable. Más humano.

Annika se incorpora levemente, como si algo en su cuerpo también hubiera bajado la guardia. Sus hombros ya no están tensos. Sus manos descansan sobre la mesa sin apretar los bordes. No dice nada. Pero tampoco se va.

Y eso, viniendo de ella, lo dice todo.

No espero una respuesta. No espero perdón. Solo quería que supiera que no he olvidado, que no todo se deshizo sin peso. Que aún hay cosas que me duelen cuando pienso en ella.

Durante un momento, simplemente nos miramos. No hay intensidad. No hay lágrimas. Solo dos personas compartiendo la misma herida, cada una desde su orilla.

Annika desvía la mirada hacia el portátil, lo abre de nuevo. No es una retirada. Es una tregua. Una forma de decir: *esto no está cerrado, pero tampoco está roto del todo*.

Yo me levanto. No quiero forzar más de lo que ya he dicho. Antes de salir, me detengo en la puerta y la miro por última vez.

Ella no me devuelve la mirada, pero sé que me ha oído. Sé que está ahí. Que algo se ha movido.

Y eso… eso es más de lo que esperaba.

8

Annika

Los pasillos del hospital tienen orejas.

No lo dice ningún protocolo, pero es una verdad absoluta.

No importa cuánto intentes mantener la profesionalidad, cuánto cuides tus gestos o bajes la voz en las zonas comunes. Alguien siempre escucha. Y cuando algo no encaja del todo, el resto rellena los huecos con imaginación quirúrgica y malicia justificada.

—Dicen que se conocían de antes —escucho en la sala de descanso, mientras dejo mi café sobre la encimera.

La voz viene del rincón del microondas. Dos residentes hablan sin notar que estoy detrás. O tal vez lo saben, y simplemente no les importa.

—¿Greta y la doctora Kleinmann?

—Sí. La forma en que se miran… No es normal.

—Bueno, eso no quiere decir nada. A lo mejor tuvieron alguna movida profesional.

Silencio breve. Luego, la otra responde:

—¿Tú crees? Yo juraría que ahí hubo algo más. De esos "algo" que no se olvidan.

Me quedo inmóvil unos segundos. No porque me moleste lo que dicen. Sino porque me sorprende que se note tanto.

He pasado años construyendo una versión de mí que no tiembla, que no duda, que no se rompe. Pero al parecer, bastan un par de miradas cruzadas en medio de un quirófano para que todo eso empiece a agrietarse a ojos de los demás.

Tomo el café con calma, salgo sin decir nada.

No les culpo.

Yo también me lo preguntaría.

¿Qué pasó entre nosotras?

La verdad es que aún no lo tengo claro.

Y eso es lo que más me inquieta.

No es solo en los pasillos.

No es solo entre susurros y cafés.

Es en quirófano. En los cambios de turno. En la forma en que una residente de segundo año me pregunta si quiero que la Dra. Fischer supervise la próxima intervención. Y cómo lo hace con ese tono cuidadosamente neutro, que en realidad significa: *¿vas a querer verla hoy o prefieres evitarla?*

—Sí, está bien —respondo.

Y lo está. Lo está, pero no porque no me remueva. Lo está porque he aprendido a sostener esa tensión sin dejar que se me note. Al menos, eso creía.

Otra residente —Lisa, una de las más rápidas en captar lo que no se dice— me lanza una mirada de reojo mientras repasamos las

indicaciones preoperatorias.

—¿Todo bien? —pregunta, como quien no pregunta nada.

—Perfectamente —respondo.

Mentira. O no exactamente. No estoy mal. No estoy bien. Estoy en ese lugar intermedio en el que las emociones no explotan, pero tampoco se disuelven. Solo permanecen. Como un nudo en el centro del pecho que no termina de apretar, pero tampoco cede.

Durante la ronda de planta, uno de los internos hace un comentario sobre lo bien que nos coordinamos Greta y yo en quirófano. Lo dice como un elogio, pero siento el subtexto como una sacudida.

—Hay equipos que funcionan sin tener que hablar —añade, admirado.

Yo solo sonrío. Una línea recta en los labios. Profesional. Imperturbable.

Pero sé que me están mirando.

Y lo que es peor: sé que Greta lo ha notado también.

La tensión ya no es solo nuestra.

Ahora es visible.

Y empieza a ocupar más espacio del que debería.

* * *

La urgencia llega justo antes del cambio de turno: un paciente joven con síndrome de Marfan y disección aórtica tipo B. Inestable. Necesita intervención inmediata.

Los residentes se miran entre ellos. Dudan. Y yo no tengo tiempo para dudar.

—Avisad a la Dra. Fischer —digo, mientras ya empiezo a revisar las pruebas.

Greta llega en menos de tres minutos. Lleva el pelo aún mojado, seguramente salía de quirófano o de una reunión que no ha terminado. No dice nada. Solo asiente al ver la imagen del angio-TAC y se coloca a mi lado como si lo hubiéramos hecho ayer.

—¿Acceso femoral? —pregunta.

—Sí. El torácico no lo toleraría.

No hay necesidad de más explicaciones. No hay tensión en la voz. Solo urgencia. Solo foco.

Entramos juntas al quirófano. El equipo está nervioso. Yo no. Greta tampoco. Cada una se mueve con precisión. Nos hablamos con frases cortas. Nos anticipamos. Nos apoyamos. Hay un instante en el que incluso compartimos una mirada, fugaz, en mitad de la cirugía, y por primera vez en días no hay peso ni carga.

Solo hay confianza.

Y eso, cuando todo alrededor está en riesgo, es el tipo de intimidad más poderosa.

—Clamp aquí —indico. Y ella ya está sujetando el instrumento cuando lo digo.

Durante noventa minutos no somos dos personas con historia.

Somos dos médicas que se conocen demasiado bien.

Y funciona.

Funciona jodidamente bien.

La sala de quirófano podría haber sido un campo de batalla. Pero con Greta al otro lado de la mesa, se convierte en algo distinto. Preciso. Rítmico. Como una coreografía que se recuerda con el cuerpo, no con la mente.

Los asistentes se hacen a un lado sin que se lo pidamos. Saben que nos entendemos sin palabras. Que no hace falta explicar quién toma cada decisión. Es un lenguaje compartido que no necesita traducción.

En mitad de la intervención, sus dedos rozan los míos. Solo un segundo. Lo suficiente para que la piel se tense. Para que el cuerpo recuerde que, más allá de la técnica, hay algo más.

No la miro.

No necesito hacerlo.

Sé que ella también lo ha sentido.

Y aun así, seguimos.

Sin errores. Sin titubeos. Sin desvíos.

Cuando extraemos el segmento afectado, Greta me pasa el instrumental con una delicadeza que no encaja del todo en este

contexto. Es casi una caricia. Una forma de decir *aquí estoy*, sin pronunciarlo.

Por un momento, todo es silencio. El latido en el monitor. La calma después del caos. El pulso estabilizado.

Y en medio de esa calma, me doy cuenta de lo que más me aterra.

No es que sigamos funcionando juntas.

Es que nunca dejamos de hacerlo.

* * *

La noche me encuentra agotada. Me ducho en el hospital, con agua tibia y luz tenue, como si eso bastara para arrancarme la piel del día. No lo hace. Me pongo el pijama limpio que siempre guardo en la taquilla, me tumbo en la cama del cuarto de descanso y cierro los ojos sin muchas esperanzas.

Y entonces sueño.

Estoy en el antiguo piso. El de Hamburgo. El que compartimos a medias, aunque nunca lo admitimos del todo. En el sueño, la luz entra por la ventana de la cocina. El reloj marca las 5:14. Greta está de espaldas, preparando café. Lleva mi camiseta. Esa gris, amplia, con un agujero en el hombro. La imagen parece perfecta. Pero no lo es.

Porque sé lo que viene.

Ella se gira. Me mira con una expresión que no entiendo. Ni tristeza, ni enfado. Solo distancia. Como si ya se hubiera ido, aunque

su cuerpo aún esté allí.

—Tengo que irme —dice.

Y aunque sé que ya lo ha dicho antes, en otra vida, en otro momento, el dolor me atraviesa como si fuera nuevo.

Intento detenerla. Le digo que no hace falta que elija. Que podemos arreglarlo. Pero ella solo sonríe, sin ternura, sin maldad. Como quien ya no cree en los milagros.

Cuando cierra la puerta, todo el apartamento tiembla. Y me despierto.

Estoy sudando. Con la respiración agitada y la boca seca. Tardo varios segundos en recordar dónde estoy. En darme cuenta de que Greta no está, de que la cocina está a kilómetros de distancia y la puerta cerrada hace años.

Me paso las manos por la cara.

Y me doy cuenta de que no fue solo un sueño.

Fue una herida abierta que aún sangra por dentro.

9

Greta

Se llama Elias. Tiene cincuenta y seis años y un cáncer pulmonar en estadio IV. Inoperable. Irreversible. Su expediente lleva meses creciendo, hoja tras hoja, hasta volverse más grueso que su propio cuerpo.

Hoy está más débil que de costumbre. Respira con dificultad y me mira como si ya no esperara nada. Aun así, sonríe cuando entro. Lo hace con los labios secos y los ojos apagados, pero hay una calidez en su gesto que me obliga a sentarme junto a la cama, sin prisa.

—¿Hoy me va a mentir o va a ser honesta, doctora? —pregunta con una media sonrisa, como si disfrutara de esa pequeña provocación.

—Hoy voy a ser sincera. Pero solo si me promete que no va a usar eso para chantajearme emocionalmente.

Él se ríe. O lo intenta. La tos corta la broma en seco. Me inclino para ayudarle a acomodarse mejor, ajusto el oxígeno, le ofrezco

agua.

En momentos así, la medicina se queda corta.

No hay bisturí que arregle lo inevitable. No hay técnica para salvar a quien está listo para irse. Solo queda acompañar. Estar. Escuchar.

Elias me habla de su hija. Tiene veinte años. Estudia medicina y quiere ser cirujana. A veces, mientras le escucho, me pregunto si estoy viendo una versión futura de mí misma. Si algún día seré la que espera en una cama, con más papeles que tiempo.

—¿Se arrepiente de algo? —le pregunto, sin pensarlo demasiado.

—Claro —responde, sin dudar—. De todo lo que dejé para después.

Me quedo en silencio. No porque no tenga qué decir, sino porque, por primera vez en mucho tiempo, alguien ha dicho en voz alta lo que yo no me he atrevido a pensar.

Salgo de la habitación de Elias con una sensación que me aprieta el pecho. No es tristeza, exactamente. Es algo más punzante. Más silencioso. Como si cada palabra suya se hubiera quedado flotando en mí, buscando las grietas por donde entrar.

Camino por el pasillo sin destino concreto. La planta de oncología siempre tiene un aire distinto. Como si el tiempo se moviera más lento. Como si todo el mundo supiera que aquí lo importante no es ganar, sino acompañar la derrota.

Y yo, que he vivido obsesionada con ganar, empiezo a entender cuánto se pierde por ese camino.

Pienso en todos los congresos. En todas las publicaciones. En cada guardia extra que asumí solo para demostrar que podía. En

cada cena cancelada. Cada fin de semana borrado del calendario. Pienso en las veces que supe que Annika me necesitaba y decidí no estar. Porque *ya habría tiempo*, porque *no era el momento*, porque *ahora no podía distraerme*.

Pero el tiempo no espera a nadie.

Y los momentos no vuelven.

Y cuando uno se da cuenta, hay un hueco donde antes había alguien.

Y ya no hay bisturí que cierre eso.

Me apoyo contra la pared blanca del fondo del pasillo y cierro los ojos.

Ambición.

Era una palabra que me gustaba. Me hacía sentir fuerte. Capaz. Invencible.

Hoy suena hueca.

Y no estoy segura de si todo lo que logré vale más que lo que perdí por el camino.

La madre de Elias está sentada en el pasillo, con un abrigo demasiado grueso para la temperatura del hospital. Tiene las manos entrelazadas sobre el regazo y los ojos rojos, pero secos. Es de esas mujeres que aprendieron a no llorar delante de otros, incluso cuando todo se está desmoronando.

—¿Puedo sentarme? —pregunto.

Asiente con un gesto breve. No me mira.

Nos quedamos en silencio unos segundos. El tipo de silencio que pesa, pero no incomoda. El tipo que se da cuando ya no hay necesidad de fingir fortaleza.

—Mi hijo siempre quiso ser feliz —dice, sin que yo pregunte—. Pero se le fue el tiempo intentando no decepcionar a nadie.

Sus palabras me golpean con fuerza. Porque no hablan solo de Elias. Hablan de mí. De nosotras. De lo que nos exigimos a veces por miedo a no estar a la altura de lo que esperan los demás.

—Hizo muchas cosas bien —le respondo—. Y se nota que estaba rodeado de amor.

Ella asiente. Aún sin mirarme.

—A veces —añade en voz baja— perdemos lo más importante por ir detrás de lo correcto.

No sé si lo dice por ella. Por su hijo. O si, de algún modo extraño, está hablando también de mí.

No importa.

Porque es cierto.

Y porque, en ese momento, siento que alguien me ha dicho exactamente lo que necesitaba escuchar… aunque me duela.

Vuelvo a mi despacho cuando ya han apagado la mitad de las luces del hospital. Nadie llama. Nadie pregunta. Y, por primera vez en semanas, me alegra el silencio.

Abro el cajón inferior y saco una hoja en blanco. La misma libreta donde, años atrás, garabateé palabras que nunca dije. Me siento frente al escritorio. La luz es suave. La mano me tiembla apenas al tomar el bolígrafo.

No sé cómo empezar.

Así que empiezo así:

Annika,

No escribo esto para que me perdones. Ni siquiera sé si leerás alguna vez estas líneas. Pero hay cosas que necesito decir, aunque se queden entre el papel y yo.

No supe elegirme a tiempo. No supe elegirte a ti. No porque no te quisiera, sino porque me convencí de que el amor podía esperar. De que tú podías esperar. Que lo importante era llegar lejos. Que después habría espacio para todo lo demás.

Pero tú no eras "lo demás".

Fuiste el centro. Y yo te dejé girando en la periferia.

Me detengo. Respiro hondo. Continúo.

No espero que vuelvas. Solo quiero que sepas que, si alguna vez dudaste de lo que significaste para mí, la duda no era tuya. Era mía. Y me ha perseguido cada día desde entonces.

Doblo la carta con cuidado. No tiemblo al hacerlo. La guardo en el mismo cajón donde duerme todo lo que no me atrevo a mostrar.

Quizá algún día.

Quizá nunca.

Pero ahora está escrita.

Y algo en mí, por fin, se calma.

Salgo tarde del hospital. El aire de la noche es frío, más de lo que esperaba. Me detengo un segundo frente a la puerta principal, buscando las llaves en el bolsillo de la bata cuando la veo.

Annika.

Está al otro lado del patio, sentada en uno de los bancos. Mira su móvil, con la expresión tranquila de quien está lejos de todo aunque esté justo aquí. Lleva el abrigo gris que siempre me pareció demasiado grande para su cuerpo, y aún así le queda perfecto. Hay

algo en esa imagen que me encoge el pecho. Algo demasiado conocido. Demasiado intocable.

Doy un paso. Solo uno.

Pero me detengo.

No me ha visto. No levanta la vista. No sabe que estoy aquí.

Y yo no sé si quiero que lo sepa.

Hay una parte de mí que grita por acercarme. Por decirle que escribí una carta. Que volví a recordar la noche en su piso. Que ya no quiero perder nada más. Pero hay otra parte, más cansada, más realista, que sabe que no todo puede repararse solo con voluntad.

Me quedo quieta. Observándola desde la distancia.

Y por primera vez… no hago nada.

La dejo allí, envuelta en su silencio, en su mundo. Sin irrumpir. Sin pedir. Sin romper nada.

Y vuelvo a casa con la certeza de que, esta vez, he hecho lo correcto.

Aunque duela.

10

Annika

La encuentro sin buscarla.

La carta, no a ella.

Estoy en el despacho de Greta porque me ha pedido revisar juntas los informes de dos residentes antes de la evaluación. Ella tuvo que salir de urgencia a quirófano. Me dejó sola, con un gesto breve y la confianza incómoda de quien ya no sabe si estamos compartiendo un espacio profesional… o algo más.

Busco un bolígrafo. Abro el cajón equivocado. El más profundo. Ese que cualquiera que ha trabajado con Greta sabe que es el que nunca se abre en presencia de otros.

Y ahí está.

Una hoja doblada con extremo cuidado. Sin sobre. Sin nombre.

No debería leerla.

No tengo derecho.

Pero la letra es suya.

Y el impulso, inevitable.

La abro.

Annika,

No escribo esto para que me perdones…

Mi nombre en la primera línea me golpea como una llamada que creía no volver a recibir. Mis ojos recorren las frases con un nudo en el estómago. Cada palabra es una fisura. Una rendija por la que se cuela una versión de Greta que nunca me mostró del todo.

Cuando termino de leerla, no me muevo.

No sé si respiro.

La doblo otra vez, como estaba.

La dejo donde la encontré. Exactamente igual.

Como si nunca hubiera pasado.

Pero ha pasado.

Y lo que hay ahora dentro de mí… no lo puedo volver a guardar.

Greta siempre fue control.

Pulso firme. Voz contenida. Gesto exacto.

Incluso cuando se enfadaba —y lo hacía, a veces— lo hacía con precisión. Sin estridencias. Sin dejar huellas. Como si todo en ella estuviera programado para no desbordarse. Para no molestar. Para no pedir demasiado.

Y sin embargo, esa carta…

Esa carta no tiene bisturí.

No tiene fórmulas.

Tiene fallos. Dolor.

Una honestidad tan descarnada que me cuesta creer que venga de ella.

No es que no creyera que Greta tuviera emociones. Sabía que las tenía. Pero nunca las compartía. Y yo, en su momento, me cansé de golpear una puerta que nunca terminaba de abrirse del todo.

Ahora esa puerta se ha abierto.

Y lo ha hecho en silencio.

La carta no intenta convencerme. No me pide nada. No hay rastro de manipulación. Solo una mujer sola, perdida entre sus propios logros, preguntándose si eligió mal. Confesando, por primera vez, que quizás no era tan fuerte como todos creíamos. Que quizás solo sabía sobrevivir. Y fingir.

La imagen que tenía de ella se tambalea. Porque no encaja con lo que acabo de leer. Y eso… eso me desconcierta más que cualquier mirada, más que cualquier roce.

No sé qué hacer con esta versión de Greta.

La que no se esconde.

La que siente.

La que falló.

Y aún así, me sigue doliendo.

* * *

Era domingo. Llovía. No como en las películas, con truenos y dramatismo. Llovía en esa forma constante y suave que hace que todo parezca suspendido. Estábamos en su piso. Greta llevaba una

camiseta vieja mía —aunque nunca lo admitió— y el pelo revuelto, como si acabara de levantarse, aunque ya era mediodía.

Yo leía en el sofá. Ella cocinaba algo sin receta.

—¿Qué haces? —le pregunté cuando la escuché tararear.

—Ensayo para mi debut en el ballet —respondió, girándose con una cuchara de madera en la mano y harina en la mejilla.

Reí. Fuerte. Tan fuerte que se me cayó el libro al suelo.

Y luego ella vino hacia mí, se sentó en el borde del sofá y me limpió la cara con el pulgar, como si yo fuera la que tenía harina.

—Tienes la risa más bonita que he oído nunca —me dijo, sin intentar sonar poética.

Fue entonces cuando le toqué la cara. Despacio. Como si aún estuviera descubriéndola. Como si no llevara meses memorizándola.

Hicimos el amor despacio, con el murmullo de la lluvia de fondo y las risas aún flotando en el aire. No hubo urgencia. No hubo máscaras. Solo piel. Solo ternura.

Después, me quedé dormida con la cabeza en su pecho, y antes de cerrar los ojos pensé que ese era el lugar donde quería quedarme siempre.

Pero no fue siempre.

Y ese pecho donde descansaba también fue el que no me sostuvo cuando más lo necesitaba.

* * *

La carta sigue latiendo en mi bolsillo. No me la llevé, no era mía. Pero la copié. No con papel y lápiz. Con la memoria. Cada frase, cada pausa, cada palabra que ella no se atrevió a decir en voz alta, ahora está grabada en mí como una línea quirúrgica que no se cierra.

Camino por el hospital con esa urgencia absurda de quien no sabe a dónde va, pero necesita moverse. Cada rincón parece contener un recuerdo. Cada mirada me pesa más de lo que debería. Y entonces, la veo.

Greta. De espaldas. Hablando con un residente en el pasillo del ala de cirugía. Tiene la bata mal colocada, los hombros más caídos que de costumbre.

Doy un paso.

Uno solo.

Y ahí está. Esa parte de mí que quiere acercarse. Que quiere decirle que leí la carta. Que no sé qué hacer con todo lo que siento. Que la odio un poco por seguir doliéndome. Que la quiero un poco más por atreverse a sentir.

Pero me detengo.

Porque también hay otra parte. La que se acuerda de cómo fue el final. De cómo me dejó sola con una decisión que no fue mía. De

cómo la ternura no bastó para quedarse. Y de cómo, por mucho que duela, no estoy segura de si quiero abrir esa puerta otra vez.

Así que doy media vuelta.

No me ve.

No me oye.

No sabrá nunca que estuve a punto.

Pero yo lo sé.

Y eso basta para dejarme temblando por dentro.

Me encierro en el baño del ala de traumatología. No hay nadie. Las luces parpadean levemente, como si el hospital también estuviera agotado. Me miro en el espejo y no me reconozco del todo.

¿Cómo hemos llegado aquí otra vez?

Greta, su carta, su mirada. El pasado enredado con el presente. El deseo mezclado con la rabia. La ternura pisando los talones del rencor.

Todo está tan cerca…

Y tan lejos a la vez.

Me siento como si estuviera atrapada en una sala sin salida. Cada vez que creo haber tomado una decisión, algo se mueve dentro. Algo que no controlo. Algo que lleva su nombre. Me molesta que siga teniendo ese poder sobre mí. Me molesta aún más que no quiera quitárselo.

Porque no se trata solo de ella.

Se trata de mí.

De lo que quiero.

De lo que temo querer.

Me paso las manos por la cara, suspiro, apoyo la frente contra el azulejo frío. Quisiera dejar de sentir. Quisiera poder ver todo esto como una historia cerrada. Pero no lo es.

Greta no es el final.

Tampoco el principio.

Es la pregunta que aún no sé cómo responder.

Y ahora mismo, ni siquiera sé si quiero hacerlo.

11

Greta

—¿Entonces el protocolo cambió este año? —pregunta uno de los residentes, con la voz tensa por el miedo a equivocarse.

—Sí —respondo—. En marzo. Y si no lo sabías, Schmidt, te recomiendo que revises el boletín interno más allá del resumen de WhatsApp.

Hay risas. Suaves. Verdaderas.

Yo también sonrío. Apenas. Pero está ahí.

Algo ha cambiado.

No es solo que me sienta más ligera. Es que, por primera vez en mucho tiempo, no estoy tan interesada en parecer imperturbable. No necesito mantener esa imagen perfecta de jefa inexpugnable. Me he cansado de ser un muro.

Y los residentes lo notan.

Durante la sesión de hoy, me permito corregir sin sarcasmos, escuchar sin prisa, incluso hacer un par de bromas que no vienen en el manual. Nadie lo comenta, pero se sienten las miradas cruzadas,

las sonrisas escondidas. Como si de pronto alguien hubiese soltado un poco el nudo del ambiente.

No sé si tiene que ver con Annika.

Quizás sí.

Quizás leerme por dentro ha roto también una parte del escudo que llevaba tanto tiempo sosteniendo.

No estoy segura de nada. Pero algo en mí ha empezado a moverse. Y aunque todavía me dé miedo mirar de frente todo lo que implica… hoy, al menos, me permito respirar sin apretar los dientes.

* * *

La sesión clínica de los viernes suele ser mecánica. Casos, revisiones, alguna pregunta mal formulada que todos fingen no haber oído. Pero hoy algo se siente distinto.

Annika está presentando un caso de aneurisma torácico complicado. Su tono es claro, preciso. Habla con seguridad, sin arrogancia. Deja espacio para que los residentes intervengan, pero marca cada punto clave con una firmeza que admiro incluso cuando no quiero hacerlo.

Y la estoy mirando.

Demasiado.

Me doy cuenta cuando alguien me hace una pregunta y tardo más de lo normal en responder. Porque estoy atrapada en la forma en que Annika gesticula con las manos. En cómo inclina la cabeza

cuando escucha una duda. En ese brillo en los ojos que solo aparece cuando habla de algo que realmente le importa.

No es deseo lo que me sacude.

Es otra cosa.

Más honda. Más suave.

Orgullo, tal vez.

Admiración.

Nostalgia también, sí. Pero no de lo que tuvimos.

De lo que pudo ser.

Y ahí, sentada al fondo de la sala, mientras la escucho hablar con más claridad que la mayoría de los hombres que han dirigido esta unidad, me doy cuenta de que la quiero.

No con urgencia.

No con idealización.

Con respeto.

Con ternura.

Con miedo.

La miro.

Y me conmueve.

Porque, pese a todo, sigue siendo ella.

Y yo… sigo siendo suya, aunque no lo sepa.

* * *

La paciente es una mujer de sesenta y cinco años con una disección aórtica extendida y antecedentes de hipertensión crónica. La

intervención es de altísimo riesgo. Todos lo saben. El quirófano entero lo respira antes de que siquiera entremos.

Y sin embargo, no tiemblo.

Annika y yo preparamos el abordaje juntas. No hay discusión. No hay lucha de egos. Solo la seguridad silenciosa de quien conoce los pasos del otro sin necesidad de repasar el guion.

Ella está al mando esta vez. Yo asisto.

Lo acepto sin reservas.

Lo admiro en silencio.

Durante tres horas exactas, Annika sostiene la cirugía con una concentración casi feroz. Su voz es firme, sus indicaciones precisas. Y cuando surge una complicación imprevista —una hemorragia que amenaza con desequilibrar toda la intervención— es ella quien toma la decisión correcta. Rápida. Brillante.

Yo actúo en consecuencia, siguiendo su movimiento sin cuestionar. Nuestros cuerpos, de nuevo, sincronizados. Como si esta danza quirúrgica fuera lo único que aún nos pertenece a las dos.

Cuando el monitor se estabiliza y cerramos el campo, siento una oleada de alivio que me recorre entera. Y por primera vez en mucho tiempo, siento una emoción que no esperaba: orgullo ajeno. Puro. Limpio. Sin necesidad de protagonismo.

Alguien en el equipo aplaude. No con entusiasmo, sino con respeto. Otros lo siguen. Yo no digo nada. Solo la miro.

Y en mi interior algo se confirma:

Annika no solo brilla.

Es luz.

Y yo la había oscurecido.

El ambiente al salir del quirófano es casi festivo. Los residentes comentan la cirugía con entusiasmo, algunos asistentes sonríen con esa mezcla de alivio y admiración que solo aparece cuando se roza el desastre y se sobrevive.

—¿Tomamos algo? —pregunta Paul, animado—. Esta operación merece una ronda. Al menos un café con algo de azúcar.

Ríen. Incluso yo esbozo una sonrisa. Miro a Annika, que está quitándose los guantes con calma, como si todo hubiera sido un trámite más. Pero sus ojos no engañan: está cansada. Y por debajo del cansancio, hay algo más.

—¿Te apuntas? —le pregunta Lena, que siempre ha sido buena leyendo lo invisible.

Annika tarda un segundo en responder. Demasiado.

—No. Gracias. Tengo que revisar unos informes.

La excusa es vieja. Usada. Innecesaria.

—Solo será media hora —insiste Paul.

Ella ya se ha dado la vuelta.

—Otro día —dice por encima del hombro.

Y se va.

Los demás se miran entre ellos, sin saber bien si insistir o dejarlo estar. Yo no digo nada. No quiero que noten lo que yo sí he visto: que no se ha ido por trabajo. Que no se ha ido por cansancio.

Se ha ido porque aún no sabe cómo quedarse.

Y eso… me duele más de lo que pensaba.

No lo pienso.

No lo planeo.

Simplemente dejo el grupo atrás, cruzo el pasillo, y giro por donde sé que ha ido.

Camino con paso firme, pero sin prisa. No quiero parecer desesperada. No quiero parecer nada. Solo quiero alcanzarla antes de que desaparezca otra vez entre informes, puertas cerradas y ese silencio que construye como una segunda piel.

La encuentro en el pasillo que da al ala de cardiología. Está sola. Apoyada contra la pared, mirando el suelo como si buscara respuestas entre las baldosas. El pelo aún recogido de la cirugía, el rostro cansado, hermoso de una forma que duele.

Me detengo a unos metros.

No digo su nombre.

Solo espero que levante la vista.

Y lo hace.

Nos miramos.

Ahí está todo.

La cirugía recién terminada.

La carta nunca entregada.

La tarde de lluvia que ya no existe.

El roce en el vestuario.

La herida que sigue sin cerrar.

Ella no se mueve. Yo tampoco.

Pero algo ha cambiado.

No hay huida.

No hay puertas cerrándose.

Solo una respiración contenida.

Y por primera vez…

Tengo la sensación de que ya no soy la única que quiere estar ahí.

12

Annika

Nos quedamos quietas. Ella a unos metros. Yo sin moverme. El hospital se ha vuelto un murmullo lejano, como si el pasillo en el que estamos fuera un mundo aparte. Greta no dice nada al principio. Solo respira. Fuerte. Como si hubiera venido corriendo desde algún lugar mucho más lejano que el ala de cirugía.

—¿Por qué me has seguido? —pregunto, sin girarme del todo.

—Porque no quiero que te vayas sin saber que estoy aquí. De verdad.

Sus palabras me golpean en un sitio que no quiero que exista.

—Estás aquí —repito, casi con sarcasmo—. Qué suerte la mía.

Ella da un paso más. No intenta tocarme. No intenta imponerse. Solo me mira como si quisiera explicarlo todo de una vez, pero no supiera por dónde empezar.

—No es suficiente, Greta. No ahora.

—Lo sé.

Y lo dice sin defensas. Sin escudos. Sin la dureza con la que suele protegerse del mundo. Me duele más así, porque no tengo con quién enfadarme si ella no se está escondiendo. Solo me queda el caos que tengo dentro. Y no puedes enfadarte con un terremoto por romperte si ya lo veías venir.

El hospital sigue funcionando. Pero en este tramo de pasillo, solo estamos nosotras dos.

Y algo va a estallar.

—¿Qué quieres que haga, Greta? —pregunto, sin levantar la voz, pero sintiendo cómo me tiembla la mandíbula—. ¿Que olvide todo? ¿Que actúe como si no me hubieras dejado sola aquella vez? ¿Como si no hubieras decidido que tu carrera era más importante que… que yo?

Ella baja la vista un instante, como si esas palabras aún tuvieran filo.

—No. No quiero que olvides. Quiero que entiendas que me equivoqué. Que no supe… que no fui capaz…

—No lo hiciste porque no quisiste. —La interrumpo. No me sale otra cosa. No me sirve su arrepentimiento si sigue siendo a destiempo—. Siempre fuiste buena tomando decisiones rápidas en quirófano. Pero fuera de ahí, te pasaste la vida dudando de si yo merecía un lugar en la tuya.

Greta da un paso más. Ya casi me alcanza, pero no me toca.

—Nunca dudé de ti.

—¿Entonces por qué me dejaste fuera? ¿Por qué no corriste detrás de mí cuando me fui? ¿Por qué ahora, después de tanto,

apareces con una carta y una mirada rota esperando que yo… qué, Greta? ¿Que vuelva?

Su silencio me enerva. Pero también me duele. Porque no es una estrategia. Es verdad. No tiene una respuesta. Nunca la tuvo.

—No sé lo que quiero que hagas —responde, por fin—. Solo sé que no podía quedarme callada más tiempo.

Yo río. Una risa breve, sin alegría. Casi un reflejo.

—Pues has llegado tarde.

Pero incluso mientras lo digo, sé que no es del todo cierto.

Y eso me cabrea más que todo lo demás.

—No puedes volver y hacer como si nada —digo, más bajo esta vez, como si ya no tuviera energía para sostener la rabia.

Greta asiente. Pero no retrocede.

—No estoy intentando borrar el pasado.

—¿Ah, no? ¿Y qué es todo esto? —La miro directamente—. Una carta. Una mirada intensa. Una cirugía perfecta. ¿Y ahora qué? ¿Me invitas a cenar? ¿Esperas que me derrita porque me has dicho que me quieres en voz baja y sin plan?

Ella cierra los ojos un segundo. Resiste el golpe sin responder. Y eso, de algún modo, me desarma.

—No lo sé —responde—. No tengo plan. Nunca tuve uno contigo. Solo sé que no me da la gana dejarte ir otra vez sin decir lo que no dije antes.

Eso me atraviesa. Porque no está diciendo que me ama. No está pidiéndome nada. Solo está… expuesta. Por primera vez, sin escudo. Y me odio por sentirlo.

—Tú no puedes decidir cuándo hablar y cuándo callar —le digo, dando un paso hacia ella, el corazón desbocado—. No puedes ir por la vida cerrando puertas y apareciendo años después como si nada. No funciona así.

—Lo sé —repite—. Pero estoy aquí. No para que me perdones. Solo para que sepas que estoy dispuesta a quedarme, aunque no me dejes entrar.

Y entonces, por un instante, no hay palabras.

Solo respiraciones entrecortadas.

Demasiado cerca.

Demasiado tarde.

O quizá justo a tiempo.

No sé quién da el paso.

No sé si somos las dos.

Solo sé que, de pronto, sus labios están sobre los míos.

No es dulce. No es elegante. No es la escena que uno se imagina después de años de silencio. Es torpe. Es rabiosa. Es brutal.

Como un grito ahogado convertido en contacto.

Su boca choca con la mía sin cálculo, sin cuidado. Los dientes se rozan. Mis manos se aferran a su bata. La suya sube hasta mi cuello con una urgencia que me incendia por dentro. Y no hay lugar para el orgullo, para el rencor, para la lógica.

Solo hay deseo contenido.

Pasado no resuelto.

Piel contra piel.

La beso como si quisiera castigarla. Como si quisiera arrancarla de mí y al mismo tiempo clavarla más adentro. Como si una parte de

mí aún le dijera "vete" y la otra suplicara "no te vayas más".

Ella me devuelve el beso con una mezcla de torpeza y hambre que no reconozco en ella. O quizá nunca la vi así, tan deshecha, tan humana.

Tan mía.

Nos separamos bruscamente. Las respiraciones entrecortadas. Las bocas aún entreabiertas.

Nos miramos como si no supiéramos lo que acaba de pasar.

Porque no lo sabemos.

Y tampoco tenemos palabras para nombrarlo.

Nos quedamos quietas. Demasiado cerca aún, pero sin tocarnos. El aire entre nosotras es denso, irrespirable. No por el beso. No solo por eso.

Sino por todo lo que ese beso arrastró con él.

Yo miro sus labios. Ella los míos.

Ninguna dice nada.

Mi cuerpo aún tiembla. No sé si de deseo, de rabia o de miedo. Probablemente de todo a la vez.

Greta se pasa una mano por el pelo, como si necesitara recordar dónde está. Como si ese gesto la mantuviera anclada a algo que no se acaba de romper del todo.

—Esto… —empieza a decir, pero no termina.

Y yo no la ayudo.

Porque no sé qué decir tampoco.

Porque nada encajaría.

Porque, de repente, no estoy segura de si quiero que haya una explicación.

Doy un paso atrás.

Ella no me sigue.

Nos miramos por última vez. Con el corazón en los ojos y la lengua hecha un nudo. Y luego, como si estuviéramos siguiendo un guion que nadie escribió, nos giramos en direcciones opuestas.

Camino sin mirar atrás.

Pero cada paso pesa como si aún la llevara pegada a mi piel.

No sé qué ha pasado.

Solo sé que nada es igual.

Y que ya no hay forma de fingir que esto no existe.

13

Greta

No pego ojo.

No porque esté inquieta. O ansiosa.

Sino porque no sé qué hacer con lo que siento.

Y eso, para alguien como yo, es una forma de insomnio más cruel que el insomnio real.

La habitación está en silencio. Demasiado.

El reloj avanza.

Y cada vez que cierro los ojos, no veo el pasillo de anoche.

Veo otra cosa.

La primera vez me besó.

Fue en su cocina. Después de una discusión absurda sobre música —ella decía que Bach era emocional y yo le discutía que la técnica no era emoción. Al final terminó riéndose de mí, como siempre hacía cuando se me subía la razón a la cabeza.

—¿Sabes qué es emocional, Greta? —dijo, cruzando los brazos—. Esto.

Y me besó.

Yo no estaba preparada. Pero lo recibí igual. Porque en el fondo llevaba semanas esperando. Fingiendo que no pasaba nada. Jugando a esa distancia cortés que solo esconde deseo. Su boca era cálida, segura. Y yo… me derretí en medio segundo. No porque fuera el mejor beso del mundo, sino porque fue el nuestro.

Esa noche, dormimos juntas. No pasó nada más. Solo su respiración en mi cuello y mi mano enredada en su camiseta. La suya. Grande. Desgastada. Con olor a ella.

Y ahora… ahora no sé si lo que pasó anoche fue un principio, una continuación… o el final de todo.

Solo sé que ese primer beso fue una promesa.

Y el de anoche, un eco roto.

* * *

La mañana comienza como cualquier otra. Café amargo en la sala de descanso, revisión de quirófanos asignados, comentarios cruzados sobre una intervención que se alargó más de lo previsto. Todo normal. Todo igual.

Pero yo no lo estoy.

Cada vez que cruzo un pasillo, mi cuerpo anticipa verla.

Cada vez que la escucho hablar en una sala cercana, algo en mí se contrae.

Y cada vez que no aparece… también.

Annika está en el hospital, claro. Es meticulosa, puntual, presente. Saluda a los residentes. Revisa informes. Supervisa una intervención menor como si nada hubiera pasado. Pero yo la conozco. Conozco esa forma de moverse cuando quiere que parezca que todo está bien. Conozco ese tono que afila ligeramente las palabras para no dejar hueco a lo que siente.

Y me doy cuenta de que está haciendo lo mismo que yo.

Actuar como si nada.

Y, sin embargo, todo es raro. Los residentes están más tensos, como si intuyeran algo. Lena me lanza una mirada de esas suyas que lo saben todo sin preguntar. Incluso Paul, que suele vivir en su mundo, me hace un gesto de ceja levantada cuando me ve distraída en medio de una discusión sobre protocolos postoperatorios.

Quiero fingir que no pasa nada.

Pero ni siquiera sé qué *está* pasando.

Solo sé que la quiero buscar.

Y no sé si tengo derecho.

La encuentro al final del pasillo sur, junto a la sala de recuperación. Está sola, revisando el expediente de una paciente, con esa concentración tensa que conozco demasiado bien. Sé que está evitando pensar. Y sé que, si no lo digo ahora, no voy a poder decírselo nunca.

—Annika.

Ella no se gira. Solo dice:

—Estoy ocupada.

—No voy a tardar —respondo, avanzando un poco—. Solo necesito que me escuches. Un minuto.

Entonces se gira. Despacio. Con la carpeta aún en las manos, como si fuera su escudo.

—Greta —dice, en voz baja—. No hagas esto.

—¿Hacer qué?

—Convertir lo que pasó en una conversación pendiente. No me prepares un discurso. No me pidas que le ponga nombre. No estoy lista.

—No voy a pedirte nada —respondo, con más calma de la que siento—. Solo quería decir que…

—No. —Me interrumpe—. No digas nada.

El tono no es duro. Es frágil. Como si se sostuviera con alfileres.

Y entonces lo entiendo.

Está igual que yo. Perdida. Superada.

Con la cabeza llena y el cuerpo encendido.

Nos miramos. Ni un paso más. Ni una palabra.

Solo esta tensión que nos rodea y nos impide respirar.

Y en esa tensión… algo cambia.

El beso llega como una tregua.

Como una forma de decir todo lo que no nos atrevemos a pronunciar.

Esta vez soy yo quien da el primer paso.

Sin prisa. Sin fuerza. Solo un movimiento suave, lento, hacia ella.

Annika no retrocede. Pero tampoco avanza. Me espera, con el cuerpo ligeramente tenso y la respiración contenida. Cuando mis labios rozan los suyos, siento un temblor breve en su mandíbula. Esta vez no hay violencia, no hay rabia. Solo dudas convertidas en contacto.

Sus labios se abren con cuidado, como si temiera que otro beso brusco la rompa definitivamente. Yo respondo igual. No profundizo. No pido más. Solo le ofrezco suavidad. Solo le digo, sin palabras, que no estoy aquí para dañarla más.

Ella suspira contra mi boca, y ese sonido —tan pequeño, tan íntimo— me rompe algo por dentro.

Mis manos se quedan quietas. Las suyas también. No hay agarres, no hay demandas. Solo dos cuerpos tocándose, conscientes del daño que se han hecho, y sin embargo incapaces de alejarse por completo.

Cuando nos separamos, sigo cerca. Su respiración roza mi piel. Mi frente toca la suya unos segundos, antes de apartarme despacio.

Esta vez no hay confusión.

Solo vulnerabilidad.

Y, quizá por eso mismo, duele aún más.

Ninguna de las dos dice nada al principio. Permanecemos allí, inmóviles en mitad del pasillo, con la tensión suspendida como una cuerda demasiado tirante, a punto de romperse o sostenernos definitivamente. Mi pulso late con fuerza en el cuello, en las sienes, bajo la piel de mis labios, que aún conservan la tibieza del contacto reciente. Annika mantiene la vista baja, sin mirarme directamente, como si hacerlo fuera demasiado peligroso en este instante.

Siento que debería decir algo. Explicarme. Pedir perdón o aclarar que no buscaba presionarla. Pero cualquier palabra que pueda escoger parece insuficiente, demasiado pequeña para todo lo que acaba de ocurrir entre nosotras. ¿Cómo se le pone nombre a esto? ¿Cómo se habla de un beso que llegó cuando no debería haber

ocurrido, pero que era exactamente lo único que ambas necesitábamos?

Annika respira hondo y, al fin, levanta la vista hacia mí. En sus ojos veo reflejada mi misma confusión, mezclada con algo más que no logro identificar del todo. ¿Miedo? ¿Cansancio? ¿Esperanza, quizás? No tengo tiempo para analizarlo, porque ella vuelve a apartar rápidamente la mirada, como si mi presencia le quemara más que nunca.

—Tengo que irme —dice en voz baja, casi un susurro que vibra en el aire entre las dos.

Asiento lentamente, aunque ella ya no me esté mirando. Entiendo que esta vez no es una excusa, no es una forma de huir simplemente porque no sabe enfrentar lo que siente. Es algo más profundo, algo que no podemos resolver ahora mismo en medio del hospital, con residentes y colegas pasando apenas unos metros más allá, ajenos al temblor interno que compartimos.

—Lo sé —respondo al fin, con un tono que intenta transmitir calma, aceptación. Pero la verdad es que no acepto nada. No quiero que se vaya. No quiero que se aleje otra vez sin aclarar qué somos ahora, qué va a pasar con todo esto que sentimos.

Annika da un paso atrás, luego otro. Se aleja lentamente, con una lentitud casi cruel que me permite ver cada pequeño gesto de duda que cruza su rostro. Veo cómo aprieta ligeramente la carpeta contra el pecho, cómo sus nudillos palidecen un poco, cómo su boca se tensa en una línea fina y firme, conteniendo algo que quizás tampoco sabe nombrar.

Por un segundo, parece que va a decir algo más. Abre los labios, inspira hondo, pero luego cambia de opinión. Esa indecisión, ese instante tan breve, me hiere más que todas sus palabras anteriores, porque me muestra con claridad que ni ella misma sabe cómo manejar lo que le está ocurriendo. Quizás ninguna lo sabe.

Finalmente, se gira por completo. Camina despacio hacia el final del pasillo, alejándose de mí con pasos firmes pero lentos, arrastrando consigo todo lo que aún no dijimos. Todo lo que quizás nunca llegaremos a decirnos.

No la detengo.

No la llamo.

No corro detrás de ella.

Solo observo cómo desaparece detrás de una esquina, dejando el aire cargado con su ausencia. Me quedo quieta, en el mismo lugar en el que la besé hace un momento, intentando que mi cuerpo recuerde cómo respirar con normalidad.

Una parte de mí grita que estoy cometiendo el mismo error de siempre. Que debería seguirla, obligarla a escuchar lo que siento, decirle que no pienso perderla otra vez. Pero otra parte —más cansada, más sabia quizás— sabe que algunas heridas no pueden sanarse solo con palabras. Que a veces es necesario dejar espacio para que ambas podamos entender lo que acabamos de romper… o tal vez, lo que acabamos de empezar a reparar.

Cuando vuelvo a moverme, camino en dirección opuesta a la que ella tomó. Porque hoy, otra vez, necesitamos distancia. Necesitamos silencio. Necesitamos tiempo.

Pero mientras me alejo, sé perfectamente que esta distancia es solo temporal.

Porque algo dentro de mí ya no acepta que esto termine aquí.

14

Annika

Estoy frente al espejo del baño de personal, las manos apoyadas en el lavabo frío, tratando de enfriar mi piel, de calmar la tormenta que se ha instalado en mi pecho desde que Greta me besó. El reflejo que me devuelve el espejo es borroso, casi ajeno. Me cuesta reconocerme en esos ojos que ahora parecen más vulnerables, más expuestos, menos protegidos.

Mis dedos rozan mis labios con suavidad. Allí todavía permanece la sensación tibia del contacto, del segundo beso que fue suave, contenido, casi doloroso en su ternura. ¿Cómo puede algo tan sencillo haberme desarmado tanto? ¿Cómo puede Greta haberme vuelto a tocar así, después de años intentando olvidarla, convencida de que no volvería a sentir esto nunca más?

Cierro los ojos, inhalo profundamente y dejo que las emociones me golpeen. No puedo evitarlo, no puedo seguir fingiendo que todo está bien, que no pasa nada. Porque pasa. Demasiado. El dolor viejo

y la esperanza reciente están tan enredados que apenas puedo distinguir uno de otro.

—No sé si puedo confiar en ti… —susurro, como si Greta pudiera oírme al otro lado del hospital. Y al decirlo en voz alta, entiendo que esa frase encierra todo lo que ahora mismo siento.

Porque no es solo que tenga miedo a que me vuelva a abandonar. Es más profundo que eso. Es el miedo de descubrir que todavía la amo. Es el temor de aceptar que nunca dejé de hacerlo realmente. Y, sobre todo, el pánico absoluto a entregarle de nuevo el poder de romperme.

Me lavo la cara con agua fría, tratando de disipar estas emociones tan intensas. El agua no ayuda. No apaga nada. Solo me despierta aún más, haciéndome más consciente de mi fragilidad, de esa grieta por la que Greta ha vuelto a colarse.

Entonces, mi teléfono vibra en el bolsillo. Un mensaje breve:

Tenemos guardia juntas esta noche. ¿Hablamos luego? — Greta.

Mi pulso se acelera al leerlo. La simplicidad de ese mensaje, esa invitación disfrazada de normalidad, remueve más que cualquier declaración directa. Sé que debería decir que no. Que debería

protegerme, mantener la distancia, volver a levantar los muros que tanto me costó construir.

Pero mis dedos, que no parecen obedecer a mi razón, teclean rápidamente una respuesta:

De acuerdo.

Guardo el teléfono y me quedo quieta, mirando de nuevo mi reflejo. La mujer que me mira de vuelta es alguien que lleva demasiado tiempo herida. Alguien que sabe perfectamente que aceptar este encuentro significa arriesgarse de nuevo, tal vez demasiado.

Pero también sé otra cosa.

Sé que ya no puedo evitarla.

Sé que ya no quiero evitarla.

Porque, aunque no sepa si puedo confiar en Greta, hay algo de lo que estoy completamente segura:

Ya no quiero seguir huyendo de ella.

Cuando salgo del baño, el hospital sigue funcionando como siempre. Los residentes pasan corriendo, llevando carpetas llenas de papeles, demasiado ocupados con el presente inmediato como para notar la tormenta que llevo dentro. El ruido de los monitores, las llamadas por megafonía y las conversaciones en voz baja forman una música de fondo constante que debería calmarme, pero que en realidad solo intensifica esta sensación de incertidumbre.

Camino hacia la sala de guardia con una pesadez incómoda, como si cada paso que doy me acercara un poco más a una verdad

incómoda que no quiero enfrentar. No es solo el miedo a Greta, no es solo el miedo a que me haga daño otra vez. Es más que eso. Mucho más profundo. Es el temor a admitir que la vulnerabilidad que me genera su presencia no es únicamente una debilidad pasajera. Es el miedo de reconocer que nunca dejé de quererla del todo, que nunca conseguí cerrar completamente la puerta que me separaba de ella.

Porque amar a Greta no es algo sencillo. No es algo que pueda permitirme tomar a la ligera. Sé lo que significa quererla: significa aceptar que ella puede ser lo más importante, pero también lo más peligroso. Significa admitir que, aunque haya cambiado, aunque ahora parezca más sincera y más abierta, también existe la posibilidad de que vuelva a elegir su carrera antes que a mí.

Y no sé si podría sobrevivir a eso otra vez.

La primera vez que Greta se fue, algo en mí se rompió. Algo que no conseguí arreglar del todo, aunque me convenciera de que sí. Me dije que estaba bien, que había aprendido la lección, que no volvería a poner mi felicidad en manos de nadie más. Pero ahora, con solo un par de besos, Greta ha revivido esa parte de mí que aún necesita creer, que aún quiere confiar.

Y eso me aterra.

Me aterra porque sé lo fácil que es perderse en ella. Sé lo rápido que puedo olvidarme de todo cuando me mira con esos ojos oscuros y tranquilos, cuando sus labios rozan los míos como lo hicieron hace apenas unas horas. Sé cómo puedo entregarle cada fragmento de mí sin pensar en las consecuencias.

Pero no puedo permitirme amar así otra vez. No con ella. No ahora.

Por eso, mientras espero sentada en la sala de guardia, trato de convencerme de que esto es solo un momento de debilidad, un tropiezo, una confusión temporal. Que Greta no ha regresado para quedarse, sino para cerrar definitivamente una herida abierta. Intento repetirme una y otra vez que este miedo no es amor, que solo es memoria, nostalgia, algo pasajero.

Pero el corazón me late demasiado fuerte para que pueda creer mis propias mentiras.

Y cuando la puerta de la sala se abre lentamente y ella entra, con una sonrisa tímida y la mirada llena de dudas, comprendo, más claro que nunca, que ya estoy perdida.

Porque no tengo miedo de amar de nuevo.

Tengo miedo de no poder evitarlo.

Greta cierra la puerta suavemente detrás de ella y permanece inmóvil un momento, como si dudara de haber hecho lo correcto al venir. Por primera vez en mucho tiempo, me doy cuenta de que la seguridad que siempre la caracterizó no es tan sólida como aparenta. En este instante, ella parece tan nerviosa y vulnerable como yo.

—¿Molesto? —pregunta finalmente, sin moverse del sitio.

La miro en silencio. Podría decir que sí. Que su presencia me incomoda, que preferiría estar sola. Pero no sería cierto. Y ella lo sabe tan bien como yo.

—No —respondo finalmente, intentando sonar más tranquila de lo que me siento.

Ella se acerca lentamente y toma asiento en la silla junto a la mía, manteniendo un poco de distancia, como si no quisiera invadir mi espacio. El silencio que se instala entre nosotras es diferente esta vez. No es incómodo ni opresivo. Es más suave, casi como una invitación a llenar el vacío con palabras que realmente importen.

—Sé que no te fías de mí, Annika —comienza Greta, con voz suave pero firme—. Y tienes derecho. Sé que lo que pasó entre nosotras no es algo que pueda borrarse con una disculpa o un beso inesperado. Pero estoy aquí porque quiero demostrarte que puedo quedarme. Que esta vez es diferente.

Sus palabras me golpean en el pecho, suaves pero potentes, removiendo todo lo que llevo días intentando ignorar. La miro directamente, tratando de encontrar alguna señal de duda o de mentira, pero no la hay. Greta sostiene mi mirada sin retroceder, ofreciéndome una verdad que nunca antes había sido capaz de expresar con tanta claridad.

—No quiero palabras bonitas, Greta —digo al fin, bajando la voz —. Necesito algo más que promesas. Necesito ver que realmente puedes estar aquí. De verdad. Sin huir cuando todo se complique.

Ella asiente lentamente, como si hubiera esperado exactamente esa respuesta. Luego, sin apartar sus ojos de los míos, hace algo que no esperaba: extiende la mano y la coloca suavemente sobre la mía, apenas rozándola. No es un gesto invasivo, sino una invitación silenciosa a creer en ella de nuevo.

—Te lo demostraré —dice en voz baja—. No ahora, no con palabras vacías. Con tiempo, Annika. Día a día, si me dejas.

El contacto de su mano sobre la mía es cálido, firme, reconfortante. Me quedo quieta, sin apartarme, dejando que su piel contra la mía hable de todo lo que aún no hemos podido decir. En ese instante comprendo que Greta, por primera vez desde que la conozco, está realmente dispuesta a quedarse. No a medias. No con reservas. Sino completamente, a pesar del miedo, a pesar del riesgo.

Algo dentro de mí empieza a suavizarse, a ceder lentamente bajo la presión de su cercanía. Sé que todavía no puedo confiar del todo, que aún queda mucho camino por recorrer antes de entregarme otra vez. Pero por primera vez desde que volvió, siento que quizás, solo quizás, valga la pena intentarlo.

Porque, aunque duela reconocerlo, Greta acaba de darme exactamente lo que necesitaba:

Una razón real para creer en ella.

* * *

La guardia transcurre con tranquilidad. Casos menores, algún paciente con ansiedad, y un residente que confunde un dolor de estómago con una apendicitis lo que nos obliga a intervenir, pero nada complicado. La presencia constante de Greta es extrañamente reconfortante. No hablamos demasiado, no intentamos forzar conversaciones profundas, pero nos movemos juntas con una

naturalidad casi olvidada, intercambiando miradas breves que dicen más que mil palabras.

Es casi medianoche cuando la calma vuelve al hospital. El pasillo está en silencio, iluminado tenuemente por las luces de emergencia, y por primera vez en horas, siento hambre.

—¿Quieres cenar algo? —pregunta Greta, rompiendo el silencio suavemente—. Hay pizza fría en la sala de guardia. Creo que Lena la dejó.

La miro sorprendida, y una sonrisa tímida asoma en mis labios. La propuesta es tan sencilla y tan cotidiana que me desarma por completo.

—Pizza fría —repito, alzando una ceja—. Muy sofisticado, doctora Fischer.

Ella sonríe de verdad esta vez, con esa expresión suya que rara vez muestra a los demás. Ligera, tranquila, sin escudo.

—Es todo lo que tengo para ofrecer ahora mismo.

—Acepto —digo, cediendo al fin.

Caminamos hacia la sala en silencio, pero esta vez es cómodo, familiar, cálido. Como antes. Greta entra primero y saca la caja de pizza del frigorífico. Nos sentamos en el pequeño sofá, una junto a la otra, dejando apenas unos centímetros entre nuestros cuerpos, pero lo bastante cerca como para que la proximidad sea tangible.

—¿Recuerdas cuando hacíamos esto en Hamburgo? —pregunta de repente, con voz suave, mientras se sirve un trozo de pizza y me pasa la caja.

La pregunta me sorprende. La miro y veo que también está recordando, con una mezcla de nostalgia y cautela. Hamburguesas a

las dos de la madrugada, pizzas en cajas viejas, cervezas en el suelo del salón. Momentos simples, perfectos en su sencillez.

—Claro que lo recuerdo —respondo con suavidad—. Aunque tú nunca reconocías que te encantaba comer pizza fría a las tres de la mañana.

—Era cuestión de principios —bromea—. Ahora he madurado. Ya ves.

La risa surge naturalmente entre ambas, suave, cómplice. Nos quedamos así, compartiendo ese instante sencillo y cotidiano, y por un momento todo parece en equilibrio. No hay reproches, no hay miedo, solo nosotras dos y un trozo de normalidad recuperada.

Cuando terminamos de comer, Greta se recuesta un poco más contra el sofá, relajada, con los ojos cerrados y una sonrisa aún dibujada en los labios. Yo me quedo mirándola en silencio, sintiendo cómo algo dentro de mí se abre lentamente, permitiéndome pensar que quizás las cosas puedan funcionar de nuevo.

—Gracias —susurro sin pensar.

Ella abre los ojos despacio, me mira fijamente, con una suavidad que no estoy acostumbrada a recibir de ella.

—¿Por qué?

—Por esta noche. Por hacer que sea fácil otra vez.

Greta no responde con palabras, solo se queda mirándome, con una intensidad que me hace contener el aliento. Y en ese instante comprendo que esta tregua, esta cena improvisada, es más que un simple gesto. Es ella cumpliendo con lo prometido.

Es Greta, finalmente, empezando a quedarse.

La noche avanza lentamente. El hospital se queda en silencio, con el murmullo lejano de algún monitor, el zumbido de las máquinas, y las luces de emergencia que dibujan sombras suaves en las paredes. Greta y yo seguimos sentadas en el sofá de la sala de guardia, con la espalda recostada, ambas sumergidas en nuestros pensamientos, apenas conscientes de lo tarde que es.

En algún momento, sin darme cuenta, mi cabeza se inclina hacia un lado y roza ligeramente su hombro. Podría apartarme. Debería apartarme. Pero no lo hago. Greta tampoco. Permanece quieta, dejando que ese mínimo contacto permanezca como un gesto aceptado, compartido. Una tregua en la batalla que llevamos meses librando.

La oscuridad de la sala nos envuelve, creando una especie de intimidad que me permite bajar la guardia, al menos durante este instante. Mi respiración se calma, se sincroniza con la de ella, creando un ritmo suave, lento, relajado. Cierro los ojos, dejando que su presencia me envuelva poco a poco, hasta que pierdo la noción del tiempo.

Entonces, siento su mano moverse lentamente en la oscuridad. No me sobresalto, aunque mi corazón acelera su ritmo, expectante. Sus dedos rozan primero mi mano, casi como por accidente, antes de buscarla con más seguridad. Nuestros dedos se entrelazan lentamente, con cuidado, sin prisa. Su piel contra la mía es cálida, tranquilizadora, como una promesa susurrada al oído en mitad de la noche.

Ese contacto suave se convierte en una caricia lenta, delicada. Su pulgar acaricia suavemente el dorso de mi mano, creando círculos

lentos que transmiten todo lo que no hemos dicho en voz alta. Cada pequeño roce me hace estremecer, no por la intensidad, sino por la ternura inesperada que Greta está mostrando. No la conocía así. Nunca la había sentido tan vulnerable, tan abierta, tan dispuesta a demostrar sin palabras que está dispuesta a quedarse de verdad.

Mantengo los ojos cerrados, permitiendo que esta caricia me tranquilice y me llene lentamente, reconstruyendo poco a poco algo dentro de mí que estaba roto desde hace demasiado tiempo. No sé cuánto dura este momento, pero no quiero que termine. No quiero volver a la realidad de nuestras dudas y miedos. Solo quiero permanecer aquí, en esta calma compartida, con la mano de Greta sujetando la mía como si nada más importara en este instante.

Finalmente, abro los ojos despacio, girando el rostro hacia ella. Greta también tiene los ojos abiertos, brillantes en la semioscuridad, observándome con una expresión que combina serenidad y temor, como si estuviera esperando a que me apartara en cualquier momento.

Pero no me aparto.

—¿Esto es real? —susurro apenas, con la voz temblorosa.

Ella no responde con palabras. En cambio, aprieta mi mano suavemente, reafirmando el contacto, asegurándome en silencio que sí, que esto es real. Que ella está aquí conmigo, que esta vez no se irá sin luchar.

Y así, envuelta en la oscuridad, con la mano de Greta sosteniendo la mía, permito que la esperanza empiece lentamente a ganar terreno al miedo.

Porque, por primera vez, empiezo a creer que quizás esta vez pueda ser diferente.

15

Greta

Me despierto lentamente, consciente primero de la calidez que siento a mi lado, del peso ligero de su cuerpo contra el mío, del suave roce de sus dedos todavía entrelazados con los míos. Por un instante permanezco completamente inmóvil, con miedo a moverme y romper este equilibrio tan frágil que conseguimos anoche. Un equilibrio construido sobre silencios, caricias tímidas y miradas que decían mucho más que cualquier palabra.

Giro lentamente la cabeza hacia Annika, observando su rostro dormido, relajado, casi infantil en su serenidad. Sus párpados cerrados tiemblan suavemente mientras sueña, y su respiración tranquila me transmite una paz que hacía años no experimentaba. Nunca la había visto así: tan vulnerable, tan tranquila, tan completamente abierta frente a mí.

Y precisamente por eso, sé lo que debo hacer ahora.

Quiero intentar algo real con ella. No solo reparar lo que se rompió en el pasado, no solo revivir una pasión que, aunque

poderosa, fue insuficiente para sostenernos entonces. Esta vez quiero construir algo nuevo, algo sólido y verdadero, basado en la honestidad que no supe ofrecerle en aquel momento.

Me muevo despacio, tratando de no despertarla, hasta sentarme lentamente en el borde del sofá. Annika murmura algo en sueños y se gira ligeramente, dejando caer un mechón de cabello sobre su mejilla. No puedo resistirme a rozarlo con delicadeza, apartándolo suavemente de su rostro, y disfrutando del calor que me invade por ese simple gesto. Ella suspira y abre los ojos lentamente, encontrándose inmediatamente con mi mirada.

—Buenos días —susurra, aún medio dormida, con una sonrisa apenas dibujada en sus labios.

—Buenos días —respondo, sintiendo cómo algo dentro de mí se calma por completo solo con esa simple interacción—. ¿Has descansado?

—Más que en mucho tiempo —responde con sinceridad, incorporándose poco a poco y acomodándose a mi lado, con un gesto aún tímido pero confiado.

Nos quedamos en silencio por un momento. Es un silencio cómodo, íntimo, que parece contener mil conversaciones pendientes. Tomo aire profundamente y decido romperlo con algo que necesito decirle desde hace demasiado tiempo.

—Annika, necesito que sepas algo —comienzo suavemente, buscando sus ojos para asegurarme de que me escucha realmente —. Esta vez quiero hacerlo bien. Quiero que esto sea real. No quiero más silencios incómodos, ni verdades a medias, ni promesas vacías. Quiero intentarlo contigo de verdad.

Sus ojos se abren un poco más, sorprendidos pero sin temor, como si llevara tiempo esperando escuchar exactamente estas palabras. Su mano vuelve lentamente a buscar la mía, y esta vez, la toma con seguridad, entrelazando firmemente nuestros dedos.

—¿Estás segura? —pregunta con voz suave, aunque sé que la pregunta no es sobre mi sinceridad, sino sobre mi capacidad de mantener esta promesa.

—Nunca he estado más segura de algo en mi vida —respondo con honestidad, sintiendo cómo esa frase cobra fuerza en mi pecho al pronunciarla—. Sé que en el pasado cometí errores, sé que te hice daño. Pero también sé que no quiero volver a perderte. Estoy aquí, Annika. Para quedarme.

Ella no responde de inmediato, solo me observa, como tratando de leer más allá de mis palabras, asegurándose de que realmente estoy dispuesta a cumplir esta promesa. Finalmente, una leve sonrisa asoma a sus labios, iluminando todo su rostro con una esperanza frágil pero real.

—Entonces intentémoslo —dice al fin, en voz baja—. Pero esta vez, sin secretos.

Su frase es una petición, pero también una advertencia. Y yo asiento lentamente, aceptando esas condiciones sin reservas, comprendiendo perfectamente lo que significa.

Esta vez, no hay vuelta atrás. Esta vez, estoy dispuesta a entregarme por completo, sin escudos, sin barreras.

Porque ahora, por primera vez, realmente estoy lista para intentarlo.

—¿Quieres venir a mi apartamento después del turno? —le propongo suavemente—. Estaremos más cómodas y tendremos más privacidad.

Annika asiente con una sonrisa tierna y decidida.

—Me encantaría.

Y así, horas más tarde, cuando atravesamos juntas la puerta de mi apartamento, la intimidad se siente más cálida, más real. La luz suave del atardecer entra por la ventana, envolviéndonos con calma y promesa. Este espacio íntimo y personal parece esperar desde siempre este momento exacto, un lugar donde finalmente podremos construir, sin prisas ni silencios incómodos, algo verdadero y duradero.

Porque ahora, al fin, ambas estamos exactamente donde debemos estar.

Esta vez, al fin, nos quedamos.

La luz suave del atardecer se filtra por las cortinas, creando una atmósfera íntima, relajada. Annika y yo estamos sentadas juntas en el sofá, envueltas en la comodidad cálida y tranquila del salón. Nos hemos cambiado la ropa del hospital por algo más cómodo, y ambas sostenemos una taza caliente entre las manos, disfrutando del silencio que ahora, por primera vez en mucho tiempo, no es incómodo.

La observo durante un instante. Su rostro está tranquilo, pero puedo notar cierta incertidumbre detrás de su mirada suave. Respiro profundamente, sabiendo que ha llegado el momento de compartir con ella la verdad más íntima que guardo desde hace años.

—Hay algo que necesito decirte —empiezo suavemente, sintiendo cómo mi pulso se acelera lentamente, consciente del peso de las palabras que estoy a punto de pronunciar—. Algo que no he compartido nunca con nadie.

Annika gira suavemente la cabeza hacia mí, dejando su taza sobre la mesa y dedicándome toda su atención.

—Dime —responde con tranquilidad, animándome a continuar.

—Desde que nos separamos —empiezo lentamente, sintiendo cómo cada palabra pesa más de lo que esperaba—, no he estado con nadie más.

El silencio que sigue a mi confesión es profundo y absoluto. Annika parpadea lentamente, procesando mis palabras, intentando encajar esta revelación con lo que creía saber de mí.

—¿En serio? —pregunta finalmente, en voz muy baja, casi con incredulidad.

—En serio —respondo con sinceridad absoluta, sin apartar los ojos de los suyos—. No porque no haya tenido oportunidades, sino porque simplemente no podía imaginarme con nadie más que contigo. Lo intenté, pero nunca era suficiente. Nadie más era… tú.

Veo cómo esa confesión la afecta profundamente. Sus ojos brillan ligeramente, y su respiración se acelera, mostrando una emoción que lucha por controlar.

—¿Por qué nunca me lo dijiste antes? —susurra finalmente, con un leve temblor en la voz—. ¿Por qué ahora?

—Porque antes no estaba lista para admitirlo —respondo, sintiendo cómo el peso de esa verdad finalmente empieza a aliviarse un poco—. Porque reconocer que no podía olvidarte era admitir que

me equivoqué contigo. Y no estaba preparada para eso. Pero ahora sí. Ahora entiendo que ocultarlo no sirve de nada. Que fingir que podía seguir adelante sin ti solo me hacía más daño.

Annika baja la mirada un instante, respirando profundamente para controlar sus emociones. Luego, lentamente, vuelve a levantar los ojos, y veo en ellos algo nuevo: alivio, comprensión, una apertura que llevaba años esperando encontrar en ella otra vez.

—No sé qué decir, Greta —murmura finalmente, con la voz entrecortada—. Esto… no lo esperaba.

—No tienes que decir nada —respondo con calma—. Solo quería que lo supieras. No espero nada a cambio. Solo quería que entendieras que esto es real para mí. Que esto no es un capricho ni una decisión impulsiva. Es algo que llevo sintiendo años, y por primera vez no quiero esconderlo más.

Ella se acerca un poco más a mí, lentamente, con cautela, pero sin dudar. Puedo sentir su respiración cerca, sus ojos fijos en los míos, como buscando alguna duda, algún indicio de mentira que no va a encontrar.

—¿No te arrepientes? —pregunta finalmente, con una fragilidad que me desarma por completo—. ¿No te arrepientes de haber estado sola tanto tiempo?

Sacudo suavemente la cabeza.

—Nunca lo vi como estar sola —respondo suavemente, sosteniendo firmemente su mirada—. Porque siempre, de alguna manera, estuviste conmigo.

Y entonces veo cómo todas sus barreras finalmente caen.

Durante unos segundos, Annika se queda inmóvil, observándome en silencio, como si mi confesión todavía estuviera resonando profundamente dentro de ella. Su respiración se ralentiza, sus ojos brillan intensamente, y noto cómo las emociones contenidas están a punto de romper cualquier resistencia que le quede.

Espero una respuesta, una palabra, una frase. Pero Annika no dice nada. En lugar de hablar, lentamente comienza a acercarse más a mí, borrando poco a poco la distancia que aún nos separa. Mi corazón se acelera con cada pequeño movimiento que ella hace, anticipando algo que ni siquiera me atrevo a pedir.

Cuando está lo bastante cerca como para sentir su respiración cálida sobre mi piel, Annika levanta suavemente la mano y acaricia mi mejilla con una delicadeza extrema, casi como si estuviera comprobando que realmente estoy aquí frente a ella, que esto es real, que puede tocarme sin que yo me desvanezca.

Y luego, sin previo aviso, sus labios rozan los míos.

Esta vez el beso no es brusco, no es desesperado, no está teñido por el dolor o el miedo. Es completamente diferente: suave, paciente, profundo. Una declaración silenciosa que comunica todo lo que las palabras no han podido decir hasta ahora. Sus labios se mueven despacio contra los míos, con ternura infinita, con una vulnerabilidad que nunca antes había sentido en ella.

Le devuelvo el beso con la misma delicadeza, dejando que sea ella quien marque el ritmo, quien decida cuánto entregarse. Mi mano busca lentamente la suya y nuestros dedos se entrelazan con naturalidad, creando un punto de contacto adicional que fortalece esta conexión tan íntima.

Este beso es la respuesta que no supo dar con palabras. Es un "te creo" silencioso, un "estoy aquí contigo" susurrado a través del roce de sus labios contra los míos. Es todo lo que necesitaba saber, todo lo que necesitaba sentir para entender que, por primera vez en mucho tiempo, estamos realmente en sintonía.

Cuando finalmente nos separamos, Annika permanece muy cerca, respirando lentamente, sus ojos aún cerrados, disfrutando de este instante de calma absoluta.

—No necesito palabras —susurra finalmente, abriendo los ojos despacio y mirándome fijamente—. Esto… es suficiente por ahora.

Sonrío suavemente, asintiendo en silencio. Porque sé perfectamente a qué se refiere. Porque sé que, en este momento, no necesitamos nada más.

Porque ahora, al fin, ambas entendemos exactamente lo que esto significa.

No hay más palabras después de eso. No hacen falta. Todo lo que necesitábamos decir está contenido en la mirada que compartimos, en la forma en que nuestras manos permanecen entrelazadas, en cómo Annika permite lentamente que su cuerpo se relaje contra el mío, rompiendo las últimas barreras físicas que aún nos separaban.

La oscuridad que envuelve la habitación parece protegernos, creando un espacio fuera del tiempo y del mundo. Un espacio solo nuestro, donde ninguna duda, ningún temor, ningún recuerdo doloroso puede tocarnos. Durante esta noche, solo existimos nosotras dos, libres de cualquier expectativa externa, de cualquier presión o carga.

Annika se acomoda lentamente a mi lado, recostándose suavemente contra mi pecho. Siento su respiración tranquila, acompasada con la mía, mientras acaricio suavemente su espalda con lentitud, recorriendo cada centímetro como si intentara grabarlo en mi memoria para siempre. Mis dedos se deslizan despacio, siguiendo los contornos de su piel con una delicadeza extrema, transmitiéndole todo el cariño, el respeto y la ternura que siento por ella.

En un momento dado, ella levanta la cabeza ligeramente y busca mis labios una vez más, iniciando un beso lento, profundo y lleno de significado. Este beso no tiene prisa, no exige nada, solo entrega y aceptación mutua. Sus labios contra los míos son una promesa silenciosa, una confirmación definitiva de que esto, lo que sea que estemos creando, es real y valioso para ambas.

Poco a poco, nuestras caricias se vuelven más cercanas, más íntimas, guiadas únicamente por el deseo de sentirnos cerca, de descubrirnos lentamente, sin prisa, sin urgencias. Nuestros cuerpos se encuentran con calma, reconociéndose con la seguridad de quienes ya se han conocido antes, pero también con la curiosidad renovada de quienes vuelven a descubrirse tras un largo tiempo.

Durante toda la noche, nuestras palabras son escasas. Nos comunicamos principalmente con gestos, con suspiros suaves, con caricias que expresan todo aquello que nunca supimos decir en voz alta. En esta intimidad callada no existe espacio para miedos ni dudas, solo para confianza, vulnerabilidad y una conexión emocional que parece intensificarse con cada minuto que pasa.

Finalmente, cuando la madrugada ya está bien avanzada y el cansancio empieza a envolvernos con suavidad, Annika deja que su cuerpo se acomode completamente junto al mío. Sus dedos trazan círculos lentos sobre mi piel, en una caricia casi hipnótica que me llena de una tranquilidad absoluta. Nuestras respiraciones se acompasan, creando un ritmo compartido que parece guiarnos lentamente hacia el sueño.

En medio de esta quietud, rodeada por el calor reconfortante de su presencia, comprendo que esta noche es mucho más que la simple reconciliación entre dos personas. Es la oportunidad de reconstruir algo sólido, algo duradero. Es la prueba definitiva de que ambas estamos listas para intentarlo otra vez, esta vez desde la verdad más profunda, desde la confianza y la sinceridad.

Porque ahora, en esta oscuridad cálida e íntima, sé con absoluta certeza que lo que estamos viviendo no es casual, no es pasajero.

Es algo que vale la pena proteger y conservar.

La noche sigue avanzando lentamente, y poco a poco el cansancio nos gana la batalla. Siento cómo el cuerpo de Annika se relaja cada vez más, acurrucado junto al mío, envuelta en mis brazos. La suavidad de su respiración, cada vez más profunda y pausada, me indica que está quedándose dormida.

Sonrío ligeramente al notar que su mano sigue entrelazada con la mía, incluso mientras duerme. La miro en silencio durante un instante más, disfrutando plenamente de la sensación indescriptible de tenerla de nuevo junto a mí, sintiendo su calor, respirando su aroma. Algo dentro de mí se recompone lentamente, una pieza a la vez, reparando grietas antiguas que llevaban años abiertas.

Me muevo suavemente para no despertarla, acomodándome mejor, asegurándome de que esté cómoda en mi abrazo. Annika se mueve ligeramente, apenas un suspiro, y se acurruca más cerca de mí, con una confianza absoluta que me llena de calidez.

En este instante, con ella descansando tranquilamente en mis brazos, entiendo lo que significa la verdadera intimidad. No es solo compartir una cama, ni besos apasionados. Es poder quedarse, sin defensas, completamente vulnerable frente a otra persona. Es poder confiar plenamente en que esa persona permanecerá a tu lado, sin marcharse cuando amanezca.

Con ese pensamiento claro en mi mente, cierro los ojos lentamente, permitiendo que la calma absoluta de este momento me envuelva. El cansancio finalmente me vence, y siento cómo poco a poco me dejo llevar por el sueño, sabiendo que cuando despierte Annika seguirá aquí, conmigo.

Porque esta vez, al fin, ambas estamos exactamente donde debemos estar.

Esta vez, al fin, nos quedamos.

16

Annika

La claridad suave de la mañana me despierta lentamente, filtrándose entre las cortinas como un recordatorio silencioso de la realidad que aguarda al otro lado de esta burbuja perfecta en la que hemos pasado la noche. Durante unos segundos, permanezco quieta, tratando de aferrarme a esa sensación cálida, segura, protegida en los brazos de Greta. Pero es inútil. Poco a poco, los pensamientos empiezan a infiltrarse, quebrando la calma.

Con cuidado, abro los ojos y veo su rostro tranquilo, todavía dormida. Su respiración es pausada, su expresión serena. Contemplo su perfil suave, su cabello desordenado por la noche que hemos compartido, y algo dentro de mí se encoge. Es entonces cuando el miedo, tan familiar y cruel, regresa con fuerza.

«¿Qué estamos haciendo realmente?», pienso. ¿Qué significa esto ahora? ¿Podemos realmente borrar el pasado y simplemente empezar de nuevo, como si nada hubiera ocurrido? ¿Cómo voy a

saber si esta vez Greta se quedará, si esta vez será suficiente lo que pueda ofrecerle?

El miedo crece silenciosamente, se enreda en mi pecho y se instala con firmeza, recordándome todos los motivos que tuve para alejarme de ella hace años. Las heridas que todavía duelen, aunque ya no estén tan visibles. El recuerdo de cómo se siente cuando ella elige su trabajo antes que a mí.

Respiro profundamente, tratando de calmar esta oleada de dudas que amenaza con romper la frágil esperanza que habíamos creado juntas. Greta se mueve ligeramente, como percibiendo mi inquietud incluso en sueños, y siento cómo mi cuerpo se tensa automáticamente, preparándose para retirarse emocionalmente, para protegerse del posible daño que siempre parece acechar cerca.

Me incorporo despacio, con cuidado para no despertarla, sentándome en el borde del sofá. El frío del suelo bajo mis pies me recuerda lo dura que puede ser la realidad fuera de estas paredes. Observo cómo mis manos tiemblan ligeramente, delatando lo vulnerable que todavía me siento. Odio sentirme así. Odio esta inseguridad, esta incapacidad de creer plenamente en lo que Greta me prometió anoche.

La miro de nuevo, preguntándome si tendré la fuerza necesaria para arriesgarme una vez más, para confiar en ella y en nosotras. Pero cuanto más la observo, más claro se vuelve el temor de que la historia vuelva a repetirse. Que volvamos a cometer los mismos errores, que acabemos rompiéndonos de nuevo, esta vez quizás de manera irreparable.

Me levanto finalmente y camino en silencio hacia la ventana, apoyando suavemente la frente contra el cristal frío. El mundo despierta lentamente allá afuera, ajeno a mi conflicto interno. Siento que debo tomar una decisión, que debo elegir si dar este salto de fe o protegerme para siempre.

Pero aún no tengo la respuesta. Aún no sé si puedo confiar del todo en Greta, si puedo confiar del todo en mí misma.

Y esa incertidumbre, esa incapacidad para decidir, es el miedo más profundo que he sentido en mucho tiempo.

La mañana avanza lentamente. Greta se despierta poco después y me dedica una sonrisa suave, llena de ternura, que intento devolverle, aunque noto que no consigo ocultar del todo mis dudas. Ella se levanta en silencio, acercándose lentamente hasta quedarse justo detrás de mí. Siento su calor cuando apoya una mano sobre mi hombro, suave y cuidadosa, como si temiera romper algo frágil.

—¿Estás bien? —pregunta, su voz baja, casi temerosa.

Respiro profundamente antes de girarme hacia ella, buscando la mejor forma de explicar algo que ni siquiera yo entiendo del todo.

—Estoy bien, solo… un poco confundida —respondo al fin, manteniendo mi tono bajo para no inquietarla demasiado.

Sus ojos buscan los míos, preocupados, inseguros. Ella también siente la incertidumbre que nos rodea. Sabe que lo de anoche fue importante, que significó algo profundo para ambas, pero también entiende que ahora tenemos que enfrentar el siguiente paso: descubrir qué significa exactamente esto que estamos viviendo.

—¿Quieres hablar? —ofrece con cautela.

Niego suavemente, dejando escapar un suspiro. No sé si ahora es el momento de hablar sobre lo que nos preocupa, sobre lo que somos o lo que podríamos llegar a ser. Tal vez las palabras nos rompan antes de que podamos entenderlo del todo.

—No sé cómo manejar esto, Greta —digo finalmente, sintiendo que necesito compartir con ella al menos una parte de lo que me preocupa—. No sé qué somos ahora, ni qué podemos decir al resto del mundo. ¿Somos pareja? ¿Estamos juntas? ¿O esto es algo que solo nos pertenece aquí, dentro de estas paredes?

Ella aparta la mirada por un instante, pensativa, claramente enfrentando también su propio torbellino interno. Luego vuelve a mirarme, con una mezcla de calma y determinación en su rostro.

—No tenemos por qué saberlo todavía —responde finalmente, suavizando la voz—. Podemos tomarnos nuestro tiempo para descubrirlo. Lo importante es que ambas queremos intentarlo, ¿no?

—Sí —admito, aunque mi voz suena más débil de lo que esperaba—. Pero la realidad es que no estamos solas en esto. Trabajamos juntas, tenemos responsabilidades, compañeros… Todo es complicado, Greta.

Ella asiente despacio, reconociendo mi preocupación con una seriedad que me alivia y a la vez me inquieta. Greta siempre ha sido racional, lógica, práctica. Pero esta situación parece haberla afectado tanto como a mí.

—Sé que será complicado —dice con sinceridad—. Y sé que habrá muchas cosas que resolver. Pero también sé que, sea lo que sea esto que está empezando entre nosotras, vale la pena intentarlo.

Asiento lentamente, comprendiendo que en este momento no necesito definir exactamente lo que somos. Quizá sea suficiente con saber que ambas estamos dispuestas a intentarlo, aunque todavía no sepamos cómo nombrarlo. Tal vez podamos vivir por un tiempo en esa ambigüedad, aunque sé perfectamente que el hospital no tardará en exigirnos respuestas claras.

Greta toma suavemente mi mano, entrelazando nuestros dedos con firmeza, como una promesa silenciosa.

—Lo enfrentaremos juntas —me asegura, y aunque quiero creerle, el miedo sigue ahí, silencioso y acechante—. Pase lo que pase.

La miro directamente, intentando que la confianza de sus ojos calme un poco mis dudas. Pero sé que las palabras son fáciles cuando estamos solas, lejos de los ojos y juicios del mundo exterior. Y eso, precisamente, es lo que más miedo me da.

Porque todavía no sé si somos lo bastante fuertes para decirle al resto del mundo lo que aún no hemos sido capaces de definir claramente entre nosotras.

* * *

Cuando llego al hospital, no tardo en darme cuenta de que algo ha cambiado en la atmósfera habitual del lugar. Las miradas son distintas; noto una tensión invisible en las conversaciones de mis compañeros, que bajan la voz cuando me acerco. Es incómodo,

irritante incluso, pero decido ignorarlo, enfocándome en mis tareas y en los pacientes que tengo a mi cargo.

Al cabo de un rato, entro en la sala de médicos para revisar unas historias clínicas, y me encuentro con Lena y dos residentes más charlando animadamente. En cuanto aparezco en la puerta, la conversación se apaga bruscamente. Lena aparta la mirada rápidamente, fingiendo interés por los papeles que tiene delante, pero el rubor en sus mejillas la delata.

—Buenos días —saludo, intentando sonar natural, pero solo recibo murmullos vagos en respuesta.

Tomo asiento en silencio, abriendo las historias clínicas frente a mí y tratando de ignorar la incomodidad palpable que llena la habitación. Pero las miradas continúan, discretas pero insistentes, y sé perfectamente que están hablando sobre mí. Sobre mí y Greta.

Después de unos minutos, Lena se levanta con torpeza y sale, murmurando algo sobre "ir a quirófano". Los otros residentes tardan menos de un minuto en seguir su ejemplo, dejándome completamente sola en la habitación, rodeada únicamente por un incómodo silencio.

Suspiro profundamente, apoyando la cabeza entre las manos, frustrada por la rapidez con que los rumores se han propagado. ¿Tan obvias fuimos? ¿Tanto se nota lo que hay entre nosotras, aunque ni siquiera nosotras mismas sepamos claramente qué es?

—Veo que ya te has enterado —dice una voz suave desde la puerta, y levanto la vista sobresaltada.

Es Simon, uno de los médicos de planta más veteranos del hospital, con quien mantengo una buena relación desde mi llegada.

Me mira con expresión amable, pero también con una mezcla de preocupación y advertencia.

—¿Enterarme de qué exactamente? —respondo con tono defensivo, aunque sé perfectamente a qué se refiere.

Él entra lentamente en la sala, cierra la puerta con cuidado y toma asiento frente a mí, observándome con seriedad.

—Annika, sabes perfectamente a qué me refiero —dice suavemente—. Todo el mundo está hablando de ti y de Greta. Es imposible no escucharlo.

Siento una punzada de ansiedad en el estómago. Sabía que tarde o temprano ocurriría, pero no pensé que fuera tan pronto, ni tan público.

—No sé qué esperan que diga —respondo finalmente, con más amargura de la que pretendía mostrar—. No tengo respuestas claras ni siquiera para mí misma.

Simon asiente lentamente, como comprendiendo exactamente a qué me refiero.

—Solo quería que lo supieras —dice con calma—. Esto puede complicarse mucho más rápido de lo que crees. Greta es tu superiora directa. Eso no pasará desapercibido.

La gravedad de su advertencia me golpea con fuerza, y asiento lentamente, tragando con dificultad mientras mis pensamientos vuelven a Greta, al apartamento, al beso suave y las promesas silenciosas que compartimos.

¿Podremos mantener esto en privado por mucho más tiempo?

¿Y qué pasará cuando la presión del hospital sea demasiado fuerte?

Una vez más, la incertidumbre me abruma por completo.

Poco después, mientras aún intento procesar la conversación con Simon, recibo una notificación en mi teléfono: la doctora Schreiber quiere verme en su despacho. La ansiedad se intensifica inmediatamente, como un peso desagradable en mi pecho. Respiro hondo para intentar mantener la calma, pero es inútil. Sé perfectamente lo que esto significa.

Camino despacio hacia su despacho, sintiendo las miradas discretas que me siguen mientras atravieso el pasillo. Mi mente trabaja a toda velocidad, buscando la manera de enfrentar la conversación que estoy a punto de tener. Cuando llego a la puerta, tomo aire profundamente antes de llamar con suavidad.

—Adelante —dice la doctora Schreiber con su habitual tono profesional, seco y autoritario.

Entro y cierro la puerta tras de mí, encontrándola sentada detrás de su escritorio, revisando documentos. Levanta la mirada lentamente y me hace un gesto para que me siente frente a ella. Obedezco, intentando no revelar lo nerviosa que estoy, aunque sé que mis manos me delatan mientras se entrelazan sobre mi regazo.

—Annika, no quiero hacer esto más incómodo de lo necesario —comienza, directa como siempre—, pero hay ciertos rumores circulando sobre ti y la doctora Fischer que requieren una aclaración inmediata.

Su voz es fría, estrictamente profesional, pero noto en su mirada una incomodidad evidente. El hecho de tener esta conversación parece disgustarla tanto como a mí.

—¿Qué tipo de rumores? —pregunto cautelosamente, tratando de ganar tiempo para pensar mi respuesta.

La doctora Schreiber suspira suavemente, apoyándose sobre el escritorio.

—Rumores sobre una posible relación personal entre vosotras dos —dice claramente, manteniendo sus ojos fijos en mí—. Sabes perfectamente que esto no es algo que podamos ignorar. Greta Fischer es tu superior directa, y eso crea un evidente conflicto de interés. Así que necesito preguntarte directamente: ¿existe esa relación?

Siento cómo mi corazón late con fuerza contra mi pecho, golpeando violentamente. Por un instante, imagino lo fácil que sería decir la verdad, admitir que sí, que hay algo entre Greta y yo, algo profundo y real. Pero al mismo tiempo, visualizo claramente las consecuencias inmediatas que esa confesión tendría para ambas.

La respuesta que salga de mis labios ahora mismo afectará profundamente no solo nuestra relación, sino también nuestras carreras. Y justo cuando estoy a punto de abrir la boca para responder, veo por el rabillo del ojo una silueta moviéndose al otro lado del cristal de la puerta. Mi cuerpo se tensa al reconocer a Greta, inmóvil, escuchando claramente desde el exterior.

Y entonces, sin poder detenerme a pensarlo demasiado, la mentira sale de mi boca antes de que pueda evitarla.

—No, no hay nada entre nosotras —digo con firmeza, evitando cuidadosamente mirar hacia la puerta—. Son solo rumores sin fundamento.

La doctora Schreiber me observa durante un instante en silencio, valorando mi respuesta con ojos penetrantes. Finalmente, asiente despacio, aparentemente satisfecha, aunque sigue manteniendo una expresión reservada.

—Muy bien —dice finalmente, retomando su habitual distancia profesional—. Confío en que sepas lo que haces. Pero recuerda que este tipo de situaciones pueden complicarse rápidamente.

—Lo entiendo —respondo, mi voz más débil ahora.

—Puedes retirarte —concluye, volviendo inmediatamente a sus documentos, como si la conversación no hubiera ocurrido jamás.

Me levanto lentamente, con el corazón acelerado y una sensación de culpabilidad inmensa por haber mentido. Pero lo que realmente me rompe en ese momento es la certeza absoluta de que Greta ha escuchado cada palabra que he dicho.

Y eso es lo único en lo que puedo pensar cuando finalmente salgo del despacho y veo el pasillo vacío frente a mí.

Salgo del despacho de la doctora Schreiber sintiéndome completamente vacía. Mis palabras aún resuenan en mi cabeza, ecos dolorosos de la mentira que acabo de decir. La imagen fugaz de Greta, quieta tras la puerta, escuchando todo, se ha grabado profundamente en mi mente.

Camino despacio por el pasillo, sintiendo que cada paso es más pesado que el anterior. Mi corazón late con una fuerza dolorosa, y la angustia se enreda en mi garganta, amenazando con desbordarse en lágrimas que lucho por contener. Necesito encontrarla. Necesito explicarle por qué dije lo que dije, hacerle entender que solo quería protegernos a ambas.

Pero cuando llego al final del pasillo, justo antes de girar hacia la sala de guardia, la veo de pie frente a la ventana, inmóvil y rígida, mirando hacia afuera con los brazos cruzados. Su postura es tan distante, tan fría, que me quedo paralizada en medio del pasillo, incapaz de avanzar ni retroceder.

—Greta… —empiezo en voz baja, apenas un susurro, temiendo romper por completo lo poco que queda entre nosotras.

Ella no se gira inmediatamente. Pasa un instante largo antes de que finalmente lo haga, lentamente, con el rostro más duro e impenetrable que nunca.

—No tienes que explicarme nada, Annika —dice finalmente, con una frialdad que me atraviesa el pecho—. He escuchado suficiente.

Sus palabras me golpean como una bofetada, y siento cómo la culpabilidad se convierte en una oleada de desesperación que me deja sin aliento.

—Greta, por favor… no es lo que parece —trato de explicarle, avanzando lentamente hacia ella—. Solo intentaba protegernos, darte tiempo, darnos tiempo. Sabes que si hubiera dicho la verdad…

Ella levanta una mano suavemente para detenerme, una señal clara de que no quiere escuchar más excusas. Sus ojos, oscuros y profundamente heridos, se clavan en los míos con una mezcla de dolor y decepción que jamás había visto en ella.

—Entiendo perfectamente por qué lo hiciste —dice lentamente, conteniendo la voz para mantener el control—. Pero eso no hace que duela menos.

—Lo siento —susurro, sintiendo cómo las lágrimas finalmente comienzan a escapar sin que pueda evitarlo—. No era mi intención

herirte. Nunca quise…

—Pero lo hiciste —me interrumpe, suavizando ligeramente su voz, aunque sigue llena de tristeza—. Lo hiciste, Annika.

El silencio que sigue a sus palabras es insoportable. Ninguna de las dos se mueve, ninguna dice nada más durante unos largos segundos que parecen eternos. Finalmente, Greta suspira profundamente, rompiendo el contacto visual y apartando lentamente la mirada hacia la ventana nuevamente.

—Quizá no estemos listas para esto después de todo —dice al fin, con voz apenas audible, derrotada y distante—. Tal vez nunca lo estuvimos.

Esas palabras me rompen por completo. Quiero acercarme, abrazarla, borrar lo que acabo de hacer, reparar esta grieta que acaba de abrirse entre nosotras. Pero no puedo moverme. Me quedo allí, congelada, viendo cómo ella se aleja lentamente, desapareciendo en el pasillo sin mirar atrás.

Siento cómo todo lo que habíamos construido en las últimas horas se desmorona en segundos, dejándome sola y confundida, con un dolor punzante en el pecho que me recuerda que, una vez más, mis miedos han conseguido separarnos.

Porque ahora entiendo con absoluta claridad que la mentira que dije, aunque fuera con la intención de protegernos, acaba de destruir la confianza que apenas habíamos empezado a recuperar.

Y no sé si seremos capaces de reconstruirla de nuevo.

17

Greta

Cierro la puerta de mi despacho con la misma precisión con la que cerraría una herida quirúrgica: sin temblar, sin ruido, con la frialdad quirúrgica que durante años me ha protegido de todo lo que no podía controlar. Pero esta vez no sirve de nada. En cuanto el pestillo encaja, en cuanto la soledad se impone como un muro denso a mi alrededor, toda la tensión que he contenido desde que escuché a Annika mentir se desmorona de golpe.

Camino hacia la ventana, pero me detengo a medio camino, porque de repente siento que no puedo respirar. Apoyo una mano contra la pared, como si necesitara anclarme a algo real, algo sólido. Pero nada en este momento lo es. No después de escucharla negar lo que había entre nosotras. No después de verla escoger el silencio, la comodidad, la cobardía…

Mi pecho se contrae con fuerza, y me doy cuenta de que estoy conteniendo el aire sin querer. Lo suelto con un jadeo seco y doloroso. Me desplomo en la silla, sin la elegancia ni el control que

suelo imponerme incluso cuando estoy agotada tras una operación de horas. Esta vez no hay máscara que me salve. Esta vez, estoy rota.

Apoyo los codos sobre el escritorio y entierro el rostro entre las manos. No lloro. No soy de esas. Pero esta sensación… esta punzada en la garganta, este ardor detrás de los ojos… es peor. Es una tristeza silenciosa, profunda, que no encuentra salida.

No me duele que Annika tenga miedo. Siempre lo tuvo. Lo supe desde el principio. Lo que me rompe es que ni siquiera me haya mirado. Que no haya confiado en que podía sostenerla si caía. No después de todo lo que nos dijimos, de todo lo que nos dimos en ese apartamento. No después de dormir juntas por primera vez sin tener que esconder nada.

Y sin embargo, aquí estoy. Oculta entre cuatro paredes, como una adolescente rechazando llamar, escribiendo mentalmente discursos que no servirán de nada. Imaginando todas las veces en las que debería haber hecho las cosas de otra manera. Tal vez siempre he querido forzar las cosas a mi manera. Tal vez nunca aprendí a esperar.

La habitación está en silencio, salvo por el zumbido leve de las luces del techo y el tictac ridículo de un reloj que ahora parece burlarse de mí. Me levanto y lo apago con un solo movimiento. No quiero medir el tiempo. No quiero saber cuánto voy a tardar en volver a respirar sin que duela.

Porque, por primera vez desde hace años, me había permitido imaginar una vida diferente.

Y ahora… ahora ya no estoy segura de merecerla.

* * *

—¿Tienes cinco minutos? —pregunto sin rodeos, asomándome al umbral de la sala de descanso, donde Lena está sentada revisando informes con un café entre las manos.

Ella me mira con sorpresa. No porque le hable —nos llevamos bien desde hace tiempo, aunque nunca nos hayamos buscado fuera del quirófano—, sino por mi tono, por mi expresión. Es evidente que algo está mal, y ella lo percibe de inmediato.

—Claro —dice, dejando los papeles a un lado—. ¿Qué pasa?

Cierro la puerta con cuidado y me siento a su lado. No digo nada al principio. Solo me quedo ahí, con las manos entrelazadas, mirando un punto fijo del suelo como si fuera a abrirse bajo mis pies.

—Greta —dice ella al cabo de unos segundos, en voz baja—, ¿esto tiene que ver con Annika?

Levanto la mirada lentamente. Me sorprende que no lo pregunte con morbo, sino con una delicadeza inusual, como si supiera exactamente lo frágil que me siento en este momento.

—La he escuchado decirle a Schreiber que no hay nada entre nosotras —respondo finalmente, sin rodeos—. Que solo eran rumores sin fundamento.

Lena no dice nada. Solo asiente, muy despacio, como si intentara tragar esa información con el mismo peso que yo.

—Y lo peor —añado— es que no me sorprendió. Me dolió. Me destruyó.

Ella aprieta los labios y deja el café sobre la mesa sin probarlo. La sala está silenciosa, pero esta vez el silencio es cómodo. Seguro. Y por eso sigo hablando.

—Pensé que esta vez era distinto —continúo—. Que por fin habíamos encontrado una manera de volver a confiar, de construir algo que no se rompiera al primer impacto. Pero… creo que me equivoqué.

—¿Y qué vas a hacer? —pregunta con suavidad.

Me encojo de hombros. El nudo en la garganta amenaza con volver, pero me obligo a seguir adelante.

—Nada. No voy a hacer nada. No voy a perseguirla. No voy a convencerla. Si ella no puede sostener esto delante del mundo, entonces no está lista. Y no puedo forzarla a estarlo.

Lena asiente, y sus ojos, por una vez, no reflejan juicio ni lástima. Solo comprensión. Y un atisbo de tristeza, como si entendiera mejor de lo que debería lo que es amar a alguien que todavía no sabe si puede elegirte.

—Te estás protegiendo —dice.

—No —corrijo, negando con suavidad—. Estoy aceptando. Porque no puedo empujar algo que solo funciona cuando nadie más lo ve. Yo no quiero esconderme, Lena. No más.

Ella asiente de nuevo, despacio. Luego, tras un breve silencio, me dice:

—Eso no es egoísmo. Es amor bien entendido.

Por primera vez en todo el día, sonrío. Apenas un gesto, pero sincero.

Y por dentro, sé que es verdad. No se trata de rendirme. Se trata de no perderme a mí misma otra vez por alguien que todavía no ha decidido si quiere quedarse.

Durante los días siguientes, adopto una rutina precisa, quirúrgica, impecable. Llego antes del primer pase de planta, repaso los historiales con una concentración casi enfermiza y me encierro en quirófano el resto del tiempo. Cada minuto del día está calculado para no cruzarme con Annika.

No es fácil. No en este hospital, donde las rutas se cruzan inevitablemente, donde las guardias se solapan y los pasillos son tan estrechos como el silencio que ahora nos rodea. Pero lo consigo. Me convierto en experta en pequeños desvíos, en evitar las cafeterías a las horas pico, en delegar reuniones clínicas que sé que ella va a liderar. Es ridículo, lo sé. Y agotador. Pero es lo único que puedo hacer para no derrumbarme cada vez que la veo de lejos y recuerdo cómo dijo *"no hay nada entre nosotras"* con esa frialdad precisa y quirúrgica, como si nunca hubiera pasado la noche anterior.

Evitarla se convierte en una forma de supervivencia. Un modo de anestesiarme, de contener esa punzada que aparece cada vez que la veo reír con los residentes, como si nada hubiera cambiado, como si lo que compartimos hubiera sido un espejismo solo mío.

La peor parte es que no la odio. Me gustaría. Sería más fácil si pudiera transformarlo todo en rabia. Pero no. La sigo mirando cuando nadie me ve. Me descubro buscándola en la distancia, observando la manera en que se arremanga la bata antes de entrar

en quirófano, o cómo frunce el ceño cuando revisa radiografías. Es un tormento autoimpuesto, pero también es lo único que me queda de ella.

Una tarde, la veo en el pasillo hablando con Lena. Sus rostros están serios, concentrados en algo que no alcanzo a escuchar. Annika asiente, se cruza de brazos, se muerde ligeramente el labio inferior —ese gesto suyo tan involuntario que me vuelve loca— y durante un segundo siento la punzada de siempre. Pero no me detengo. No me acerco. No dejo que nuestras miradas se crucen. Me doy la vuelta y desaparezco por la escalera de servicio, como si fuera una residente más huyendo de la supervisora.

* * *

Esa noche, al llegar a casa, me descubro delante del armario, con la bata doblada sobre la cama. El aroma de desinfectante aún impregnado en las fibras. El olor del hospital. El mismo que tenía su camiseta aquella mañana en que despertamos juntas.

Me siento en el borde de la cama, agotada, pero incapaz de dormir. Y me doy cuenta de que esta distancia no es solo geográfica. Estoy creando un espacio entre nosotras que, si sigo alimentando, pronto será un abismo imposible de cruzar.

Pero aún no puedo enfrentarlo. Aún no puedo soportar verla de cerca sin recordar la manera exacta en que apartó la mirada cuando mintió.

Así que al día siguiente, vuelvo a evitarla. Y al otro también.

Hasta que la costumbre se convierte en rutina.

Y la rutina, en forma de defensa.

El quirófano está demasiado silencioso.

No es un silencio técnico, de esos que se agradecen cuando el equipo funciona como una coreografía bien ensayada. Es un silencio hueco, incómodo. Como si faltara una pieza clave. Como si la sala hubiera olvidado cómo respirar.

Y la pieza que falta… es Annika.

* * *

Estoy liderando una resección pulmonar compleja con dos residentes nuevos, ambos competentes, pero verdes. Saben seguir instrucciones, repiten lo que han aprendido, pero no anticipan. No sienten el ritmo del procedimiento. No entienden mi mirada. No leen los tiempos. No llenan los vacíos.

Ella sí lo hacía.

Annika y yo podíamos operar en silencio absoluto y entendernos con solo un gesto, una inclinación leve del bisturí, una respiración sostenida. Tenía una precisión feroz cuando se trataba de tejidos difíciles, una forma única de sostener las pinzas que parecía una extensión de mis propias manos. Había una sincronía que no se entrena. Y ahora, no está.

—No, Schmidt—digo con más aspereza de la que pretendía—. Eso no es la disección extrapleural. Retrocede.

El residente se tensa, pide disculpas torpemente, y yo contengo el suspiro. No es su culpa. Pero en este momento, su torpeza me recuerda aún más lo que falta.

Me concentro. Me obligo a no pensar. Termino la operación con eficacia, como siempre, y el paciente sale estable. Pero al quitarme los guantes, noto que tengo los dedos agarrotados. Aprieto y aflojo los puños varias veces antes de quitarme la bata. El sudor me empapa la espalda. Me siento como si hubiera corrido una maratón en lugar de haber liderado una intervención rutinaria.

Cuando salgo del quirófano y me lavo las manos, me observo en el espejo. La bata quirúrgica colgando a un lado, la mascarilla ya retirada. Solo yo. Mi reflejo parece más viejo. Más cansado. Y por primera vez en semanas, reconozco lo que hay detrás de mis propios ojos: vacío.

Camino por el pasillo en dirección al control de cirugía sin pensar mucho. Solo muevo los pies. Unos metros más adelante, escucho voces. Reconozco la de Lena, y al segundo, también la de Annika. Mi cuerpo reacciona antes que mi cerebro: giro, retrocedo, tomo la escalera.

No quiero que me vea así. No quiero que note que algo dentro de mí ha empezado a apagarse.

Porque sí, sigo operando.

Sigo liderando equipos.

Sigo dando órdenes.

Sigo firmando informes.

Pero no es lo mismo sin ella.

Y empiezo a preguntarme cuánto tiempo más podré fingir que lo es.

* * *

Llego a casa tarde, otra vez, con el cansancio metido en los huesos y la cabeza llena de ruido. Dejo las llaves sobre la encimera, me quito los zapatos sin siquiera mirar, y me dejo caer en el sofá sin encender la luz. La oscuridad me envuelve como una manta áspera pero familiar. Ya ni siquiera intento luchar contra ella.

Antes, habría puesto música. Me habría servido una copa de vino, abierto un libro, algo que me distrajera. Esta noche no. Esta noche necesito el silencio. Ese que al principio dolía, pero que ahora empieza a sentirse cómodo, como si el vacío que Annika dejó se hubiese vuelto parte del mobiliario. Está ahí. Y punto.

Cierro los ojos. Pienso en su voz, en la forma en que me decía mi nombre cuando bajaba la guardia. En su respiración mientras dormía. En su mano aferrada a la mía. Y en cómo, al día siguiente, pronunció esa mentira con una frialdad que aún resuena en mí.

No fue solo la mentira.

Fue lo que no hizo después.

No vino a buscarme. No me explicó nada. No me sostuvo la mirada.

Y no la culpo. De verdad que no. Cada una carga con sus miedos, y los de Annika son antiguos, profundos, resistentes. Lo sé. Y tengo gran parte de culpa.

Pero también sé esto: **yo no puedo ser la única que luche por lo nuestro.**

He pasado la vida tomando decisiones difíciles, abriendo cuerpos, enfrentando diagnósticos demoledores sin pestañear. Pero nunca aprendí a protegerme de verdad. Siempre fui más hábil cuidando a otros que cuidándome a mí misma. Y ahora, por fin, entiendo que seguir persiguiéndola, seguir esperándola, seguir dejando la puerta abierta… solo me destroza.

No voy a perseguirla.

No porque no la ame.

Sino precisamente porque la amo.

Porque si ella no está dispuesta a dar ese paso sin que yo la empuje, entonces no estamos listas para encontrarnos de verdad. No de la forma en que yo necesito. No de la forma en que merezco.

Me quedo en silencio, sintiendo cómo una lágrima tibia me recorre la mejilla y se pierde entre el cuello de la camiseta. No la seco. No me muevo.

Solo me quedo ahí, sentada en la oscuridad, repitiéndome en voz baja, como una oración, como un recordatorio para las noches que vendrán:

No voy a perseguirla.

No voy a perseguirla.

No voy a perseguirla.

18

Annika

Los días han empezado a parecerse demasiado entre sí.

Me levanto, me ducho, desayuno sin ganas, llego al hospital. Trabajo. Me concentro en los pacientes. Repito los mismos pasillos, las mismas órdenes, los mismos informes. Saludo con una sonrisa que no llega a los ojos. Me aseguro de que nadie tenga motivos para hacer más preguntas.

Y sobre todo, evito los lugares donde podría cruzármela.

El silencio entre nosotras se ha vuelto algo estructural. Ya no es incómodo. Es estable. Instalado. Como el gotero que suena en segundo plano en cada habitación de urgencias. Como el zumbido de los fluorescentes. Está ahí, todo el tiempo. No molesta, pero lo invade todo.

No hay peleas. No hay reproches. No hay drama.

Solo esta especie de niebla que se ha colado entre nosotras y lo ha cubierto todo con una distancia educada, correcta, profesional.

Greta no me busca. No me dirige la palabra más allá de lo estrictamente necesario. No hay sarcasmo en su tono. Tampoco hay cercanía. No hay nada. Solo eficiencia quirúrgica.

Y lo peor de todo es que me lo merezco.

Me lo merezco porque fui yo quien cerró la puerta cuando ella ya la había abierto. Porque la miré a los ojos, la escuché prometerme que se quedaría… y aún así, cuando me preguntaron, cuando importaba, mentí.

Sé que cree que no confío en ella. Y puede que tenga razón.

Pero eso no hace que este silencio duela menos.

A veces la veo de lejos en los pasillos, rodeada de residentes, con su bata perfectamente abrochada, su rostro inexpresivo. Y entonces me doy cuenta de que ni siquiera sabría qué decirle si pudiera acercarme.

Porque ya no soy la misma desde esa noche. Porque me sigue temblando el cuerpo cuando la recuerdo dormida a mi lado, con su respiración tranquila, con su mano entrelazada a la mía como si nunca hubiese querido soltarme.

Y porque la echo de menos en todo.

Pero todavía no me atrevo a admitirlo en voz alta.

Ni siquiera a mí misma.

Hay cosas que no deberían doler, pero duelen igual.

Como pasar por delante de la sala de descanso y ver una taza con su nombre. O encontrar una nota médica escrita con su caligrafía precisa, esa que siempre parecía más ordenada que la de todos los demás. O escuchar a un residente repetir una frase suya como si fuera un mantra: *"Primero el tejido, luego la prisa."*

Pero lo que más me duele no son esos rastros suyos.

Es lo que falta cuando ella no está.

Ahora este hospital es solo… ruido.

Ruidos sin sentido. Alarmas que suenan. Interfonos que estallan. Pasos que van y vienen sin dejar huella. La rutina ha vuelto a ser rutina. Las cirugías, mecánicas. Las guardias, eternas. Y yo, una sombra dentro del sistema.

Antes me gustaba quedarme hasta tarde. Revisar casos, preparar sesiones… Ahora cuento los minutos para salir. Y cuando salgo, me encuentro paseando sin rumbo, buscando un sitio donde no tenga que pensar en ella. No lo encuentro nunca.

No es solo que la eche de menos.

Es que la echo de menos **en todo**.

En lo que hago. En cómo lo hago. En cómo me miro a mí misma cuando ella no está. Su ausencia me ha dejado vacía en un lugar que no sabía que existía.

Me doy cuenta de que he empezado a evitar a Lena también. No porque ella haya hecho nada malo, sino porque verla me recuerda que Greta **sí** habló con alguien. Que sí se permitió abrirse, confiar, derrumbarse.

Y que yo fui la única que no se quedó.

Cada día me cuesta más mantener esta fachada de seguridad. Porque la culpa se me está colando por dentro. Como una grieta que crece con cada turno, con cada bisturí que no me tiembla en la mano, pero que ya no me emociona.

Y entonces lo entiendo de golpe, una tarde en quirófano, mientras suturo en silencio:

No echo de menos estar con ella.

Echo de menos ser con ella.

* * *

Es un hombre mayor. Un agricultor, según cuenta el informe. Ingresó por una insuficiencia cardíaca descompensada, pero ya está estable. Se llama Hermann. Tiene ochenta y tres años, un acento de pueblo marcado y unos ojos que parecen haber visto demasiadas cosas para seguir creyendo en las excusas de los demás.

Entro en la habitación a media tarde, con la tablet en la mano y el protocolo ya grabado en la cabeza. Sonrío, saludo, reviso los controles, escucho sus pulmones. Todo rutinario. Todo limpio, ordenado, clínico.

—¿Cómo se siente hoy? —pregunto, sin mirarlo demasiado mientras tomo notas.

—Como alguien que no tiene nada que perder —responde, con una calma que me obliga a levantar la vista.

Hermann me observa con una ceja ligeramente arqueada y una media sonrisa que no sé si es burla o sabiduría. No sé por qué, pero me siento expuesta de repente. Como si supiera algo que no debería.

—¿Y usted, doctora Kleinmann? —pregunta de pronto—. ¿Se siente bien?

El tono no es médico. No pregunta por mi salud. Pregunta por algo más.

—Estoy bien —respondo rápidamente, con esa sonrisa profesional que se ha vuelto casi una máscara—. Gracias por preguntar.

—No —dice él, negando con la cabeza—. No lo está.

Guardo silencio. No tengo energía para entrar en un juego filosófico con un paciente. Pero hay algo en su voz que me detiene.

—Llevo toda la vida viendo a la gente mentirse —continúa, con los ojos fijos en los míos—. Lo hacen para no arriesgar. Para no cambiar nada. Para no perder lo que creen tener. Pero al final, ¿sabe qué? Igual lo pierden. Igual terminan solos.

Trago saliva. No sé por qué me duele tanto que un desconocido diga esto con tanta certeza. Hermann se incorpora ligeramente, apoyando los codos en las rodillas, como si estuviera a punto de contarme un secreto.

—Cuando murió mi esposa —dice con voz más baja—, me quedé con una carta suya que nunca abrí. Porque tenía miedo. Porque pensé que leerla sería como perderla otra vez. La abrí veinte años después. ¿Y sabe qué decía?

Niego en silencio, sin poder apartar la mirada.

—"¿A quién estás esperando, Hermann?" —repite, imitando con ternura una letra invisible en el aire—. "No puedes esperarme a mí. Estoy en paz. Vive tu vida, o al menos, no la retrases por miedo."

No me doy cuenta de que estoy conteniendo el aire hasta que mis pulmones me lo exigen.

Hermann se recuesta de nuevo, con un suspiro largo y cansado.

—No espere veinte años, doctora —dice con voz más suave—. Nadie le va a escribir una carta desde el más allá para darle permiso.

Si quiere vivir, hágalo ahora.

Me quedo ahí de pie, como si el suelo se hubiera movido bajo mis pies. Miro sus constantes sin ver nada. Cierro la tablet. No digo una palabra.

Solo salgo de la habitación con el corazón latiendo tan fuerte que casi puedo oírlo en mis oídos.

Cruzo el pasillo casi corriendo, con la bata abierta detrás de mí como una bandera que ya no intento sostener. Me encierro en el vestuario sin mirar si hay alguien dentro y me apoyo contra la puerta como si necesitara sujetarla, como si el peso de todo lo que he estado conteniendo quisiera empujarla desde fuera.

Y entonces me rompo.

No es un llanto escandaloso. No grito. No me desplomo al suelo como en las películas. Solo me cubro la cara con las manos y dejo que las lágrimas salgan en silencio, sin resistencia, sin represión. Como si mi cuerpo hubiese decidido, por fin, que ya basta.

No sé cuánto tiempo llevo así. Lo único que sé es que no puedo más con este vacío. Con este orgullo inútil. Con esta soledad que yo misma provoqué.

Repaso todo mentalmente, como una cirujana desesperada buscando el punto exacto donde se abrió la herida: la noche que pasamos juntas. La confesión de Greta. El beso lento, real. El calor de su cuerpo junto al mío. Y luego… la cobardía. Mía. Las palabras que no dije. Las que dije para no tener que sentir. Y el dolor en sus ojos cuando me escuchó negarlo todo.

¿A quién estás esperando?

La frase de Hermann me da vueltas en la cabeza como un eco implacable.

Y la respuesta, aunque me pese, es evidente: **a Greta. Siempre ha sido ella.**

Pero ella ya no me espera.

Ella dejó de hacerlo cuando entendió que no podía obligarme a quedarme.

Y ahora soy yo quien se está quedando sola. Por no saber saltar cuando era el momento. Por no saber nombrar lo que sentía hasta que ya no había nadie escuchando.

Me miro al espejo, con los ojos enrojecidos, las mejillas húmedas y la mandíbula apretada como si pudiera contener toda esta tormenta con los dientes. Pero no puedo. No quiero.

No más excusas.

No más silencios.

No más orgullo.

Respiro hondo. Me enjuago la cara con agua fría. Me quito la bata, el fonendo, todo lo que pese. Me ato el pelo sin cuidado, como si eso me diera la rapidez que necesito.

Y salgo.

No tengo plan. No tengo discurso.

Solo sé que **tengo que verla.**

Y esta vez no voy a esperar más.

La lluvia me sorprende a mitad de camino, pero no me detengo.

Corro por las calles como si todo lo que he estado callando se derramara junto con el agua que me empapa el pelo, la ropa, la piel. No me importa. No siento el frío. No siento el peso de la ropa calada

pegada al cuerpo. Solo el impulso, esa certeza repentina y total de que si no voy ahora, si no me planto frente a ella hoy, no lo haré nunca.

No la he llamado. No he escrito. No tengo una excusa. Ni una coartada emocional. Solo este corazón desbocado y unas palabras que me hierven por dentro y que por fin necesitan salir.

Cuando llego a su portal, el pulso me retumba en los oídos. Toco el timbre sin pensar dos veces, y cuando no responde, vuelvo a tocar. Insisto. Otra vez. Y otra.

Hasta que la puerta se abre.

Greta aparece descalza, con una camiseta ancha, sin maquillaje, como si la hubiera arrancado del sofá en medio de una noche cualquiera. Pero en cuanto me ve, empapada, temblando, con la respiración entrecortada y los ojos rojos… se detiene en seco.

—Annika… —murmura, sin moverse—. ¿Qué…?

No le doy tiempo.

—No me digas nada —digo rápido, la voz ronca, casi ahogada—. Solo… necesito que me escuches. Un minuto. Uno.

Ella asiente, despacio, pero no dice nada. Y yo tampoco espero invitación. Cruzo el umbral de su casa y me quedo allí, en medio del salón, chorreando agua, con el corazón en la garganta.

—Me equivoqué —digo al fin—. Me dio miedo. Creí que no iba a poder confiar en ti otra vez. Pero… no puedo seguir huyendo de ti. No quiero.

Greta no responde. Me observa en silencio. Pero no hay frialdad en su mirada. Solo sorpresa. Dolor. Y una chispa de algo que se parece peligrosamente a esperanza.

—Sé que no tengo derecho a pedirte nada —continúo, tragando el nudo que amenaza con romperme la voz—. Pero tenía que venir. Tenía que decirte que… que yo también me quedé contigo esa noche. Que sigo aquí. Aunque haya tardado en darme cuenta.

La lluvia resbala por mi cuello, por mis manos, por el suelo de su casa. No me muevo. No parpadeo.

Solo espero.

Espero, como si toda mi vida dependiera de lo que pase en los próximos segundos.

Y de alguna forma, sé que así es.

19

Greta

Nunca pensé que abrir una puerta pudiera dar tanto miedo.

Estoy ahí, descalza, con una camiseta vieja, el pelo desordenado y las defensas medio caídas tras otra noche de pensamientos que no van a ninguna parte. Cuando sonó el timbre, pensé que sería Lena. O alguien del hospital. O, sinceramente, nadie. Un error. Un crío jugando. Algo que pudiera ignorar sin abrir.

Pero al segundo toque supe que era ella.

Hay una forma en que Annika toca. No es suave, no es ansiosa. Es… determinada. Directa. Como si no viniera a pedir permiso, sino a exigírselo a sí misma. Lo supe en cuanto puse la mano en el pomo. La reconocí en la espera contenida, en la vibración del silencio que siguió al tercer timbrazo.

Y ahora la tengo delante.

Empapada. Respirando como si hubiera corrido desde el otro lado de la ciudad. Mojada de pies a cabeza, con el pelo chorreando y la ropa pegada al cuerpo como una segunda piel vencida. Tiene los

ojos rojos, no sé si de llorar o de correr bajo la lluvia. Y algo en su rostro me recuerda a la Annika que conocí hace años, la que se atrevía a tocarme el alma con solo una mirada.

Dice: "No me digas nada".

Y por primera vez en semanas, obedezco.

Solo la escucho. Solo la miro. Y siento cómo todo lo que había construido para mantenerla fuera de mi vida —el silencio, la distancia, la lógica fría y segura— se derrumba como papel mojado a sus pies.

Porque la tengo delante.

Porque ha venido.

Porque sigue temblando… y no se ha ido.

Y porque yo tampoco me muevo.

Porque esta vez, no quiero cerrarle la puerta.

Durante unos segundos, lo único que se oye es el golpeteo constante de la lluvia en la acera, el agua goteando de su abrigo al suelo, y su respiración entrecortada. Yo sigo en el umbral, paralizada, con las manos abiertas a los costados como si no supiera muy bien qué hacer con ellas. Annika tampoco se mueve. Nos observamos desde dos mundos opuestos: ella empapada y temblando, yo descalza y rota por dentro. Y sin embargo, algo invisible nos une en ese instante.

—No quiero otra vida sin ti —dice al fin.

No grita. No suplica. No lo dice como quien lanza una última carta desesperada. Lo dice con la voz firme de quien ha llegado a una verdad que ya no puede ocultarse más. Y esas seis palabras, tan

simples, tan precisas, me atraviesan el pecho con una fuerza que no esperaba.

No sé si es el tono. O la forma en que me mira cuando lo dice. O la sensación brutal de que, por primera vez, Annika está completamente desnuda frente a mí, no en el sentido físico, sino en el emocional. Ya no hay escudos. Ni miedo. Solo la verdad.

—He estado huyendo desde que volví —continúa, con la voz un poco más temblorosa, pero sin apartar la mirada—. De ti, de mí, de lo que sentí entonces y de lo que sigo sintiendo ahora. Pensé que si lo ignoraba, si lo enterraba lo suficiente, desaparecería. Pero no. No lo ha hecho. Solo se ha hecho más fuerte.

Trago saliva. Siento un nudo en la garganta que me impide hablar, así que me limito a dar un paso hacia atrás para dejarle espacio. Ella lo entiende como lo que es: una invitación.

Cruza el umbral con cuidado, como si entrar a este apartamento fuera cruzar una frontera sagrada. Cierra la puerta detrás de sí con un suspiro profundo, como si acabara de completar el viaje más largo de su vida. Se queda allí de pie, empapando el suelo, temblando. Pero no hay ni un segundo de duda en sus ojos.

—Greta, no me importa el hospital. No me importa lo que digan, ni los rumores, ni los límites. Solo me importa esto. Tú. Yo. Esto que no desaparece por mucho que lo intentemos. Y sé que no tengo derecho a pedírtelo, pero…

Se detiene. Sus ojos se humedecen otra vez, pero esta vez no llora. Solo respira, buscando el valor que ya tiene, solo que aún no lo sabe.

—No me cierres la puerta, por favor. Porque no quiero volver a imaginar cómo sería mi vida sin ti. Y no quiero vivir otra sin intentarlo contigo de verdad.

Y entonces la veo. Veo a la mujer que tanto amé. La que mujer a la que rompí el corazón. La que me hizo huir y la que ahora, bajo la lluvia, ha vuelto para quedarse.

La veo. Y ya no puedo fingir que no siento lo mismo.

Me acerco despacio. No digo nada al principio. Solo la miro.

La lluvia ha empapado su ropa por completo y aún tiembla ligeramente, pero no da un solo paso atrás. Y yo, que llevo semanas esperando que vuelva, me descubro preguntándome si de verdad merezco que lo haya hecho.

Pero entonces, sus ojos.

No hay rabia en ellos. Ni culpa. Solo esa mezcla terrible y preciosa de miedo y esperanza que reconozco tan bien porque yo también la he sentido.

—Ven aquí —le digo por fin, apenas un susurro.

No necesito más. No necesito explicaciones, ni confesiones tardías, ni promesas. Solo este momento. Solo a ella. Solo poder volver a decir lo que no dije cuando debía. Lo que me callé por orgullo, por miedo a perderme en alguien que no estaba lista.

Ahora lo está.

Tomo sus manos, frías, empapadas, temblorosas, y las froto suavemente entre las mías. Después las llevo a mi pecho, dejando que sienta cómo late. Porque todo lo que quiero decirle está ahí.

—No sé cómo vamos a hacer esto —empiezo, sin fingir seguridad, sin el disfraz de cirujana que siempre llevo puesto cuando

el mundo me pesa—. No sé si va a ser fácil. Si podremos hacerlo bien esta vez. Pero hay algo que sí sé, Annika.

Ella me mira, con el aliento contenido.

—Esta vez, me quedo.

No es una frase grandilocuente. No es una declaración épica. Pero para mí, es todo. Porque es la primera vez que lo digo sin dudar. Sin reservas. Sin pensar en lo que podría salir mal. Es una certeza limpia, clara, dolorosamente honesta.

Annika aprieta mis manos. No dice nada. Solo asiente. Y en ese gesto, en esa manera de no huir, de no interrumpirme, de no justificarse… encuentro todo lo que necesitaba.

—No quiero volver a construir una vida sin ti —añado en voz baja —. Me acostumbré a vivir con la herida abierta, pensando que el trabajo era suficiente, que el tiempo me haría olvidarte. Pero no lo hizo. Solo lo escondió bajo mil capas de cosas que nunca me llenaron.

Ella da un paso más, y ahora estamos tan cerca que puedo sentir el calor que emana de su cuerpo húmedo, el temblor sutil de su barbilla, la fuerza contenida en sus manos.

—Si tú estás dispuesta —digo—, esta vez lo vamos a hacer bien. Sin huir. Sin escondernos. Sin mentiras.

Annika asiente otra vez. Y entonces, con voz baja, casi rota, susurra:

—Estoy aquí.

Y por primera vez, creo que realmente lo está.

No hace falta decir nada más.

Nos quedamos allí, quietas en medio del salón, el eco de nuestras palabras todavía suspendido en el aire. La lluvia sigue golpeando las ventanas con la misma insistencia que siento en mi pecho. Todo es igual… y, al mismo tiempo, todo ha cambiado.

Mis dedos siguen entrelazados con los suyos, todavía fríos por el agua. Pero ya no tiemblan. Ya no buscan refugio: lo han encontrado.

No hablamos. Solo respiramos, compartiendo el mismo aire por primera vez sin miedo. Mis manos se deslizan por sus brazos, con una lentitud casi reverente, subiendo por las mangas empapadas hasta llegar a sus hombros. La acerco con cuidado, como si fuese algo frágil, aunque sé bien que Annika es todo menos eso.

Cuando nuestros frentes se tocan, cierro los ojos. No porque quiera evadirme, sino porque quiero memorizarlo desde dentro. Quiero grabarme la textura de su piel, el ritmo contenido de su respiración, la forma en que exhala suavemente, como si soltara todo el peso que ha estado arrastrando desde que se fue aquella vez.

Le acaricio la mejilla, y ella gira el rostro apenas, dejando que mis dedos recorran su piel como si fueran una disculpa muda. No necesito oírla decir lo que siente. Lo sé en cómo me busca con las manos, en cómo sus dedos se aferran a mi cintura, en cómo se deja sostener sin resistirse.

El primer beso no es un beso.

Es una pausa.

Un roce casi imperceptible de labios que no intenta incendiar, sino sanar. Un gesto que dice *aquí estoy*, que pregunta *¿aún quieres esto?*, y que responde al mismo tiempo *sí, sigo queriéndolo todo*.

Después viene el segundo. Más firme. Más seguro. Más lento. Y ahí ya no hay nada que explicar.

No nos besamos como quien reencuentra algo perdido. Nos besamos como quien vuelve a casa.

No hay prisa. No hay hambre. Solo necesidad. Una necesidad profunda de reconectar, de tocarnos sin miedo, de reconocernos piel con piel, memoria con memoria. Como si nuestros cuerpos supieran que esta vez no se trata de pasión, ni siquiera de deseo. Se trata de pertenencia.

Las manos de Annika se deslizan bajo mi camiseta, frías al principio, pero enseguida se calientan con mi piel. Me tiembla el pulso, pero no me alejo. La dejo tocarme, la dejo acercarse, la dejo quedarse.

Porque esta vez quiero quedarme y que se quede.

Nos abrazamos largo, tan largo que pierdo la noción del tiempo. Me hundo en ella, en su olor a lluvia, a miedo vencido, a promesa silenciosa. Nos decimos todo con las manos. Con la forma en que se aferra a mi espalda, en cómo acaricio su cuello, en cómo nuestros dedos se entrelazan sin pensarlo.

No necesitamos palabras.

Porque esta vez, lo estamos haciendo bien.

La casa está en silencio. No ese silencio incómodo de cuando algo falta, sino el que se siente después de una tormenta. El que llega cuando todo ha sido dicho, incluso lo que no se dijo en voz alta.

Nos movemos en calma. Le doy ropa seca, le tiendo una toalla. Annika se cambia sin prisas, como si este ritual cotidiano fuese la

forma más íntima de decir: *me quedo*. Yo preparo un té sin preguntar si lo quiere. Ella lo acepta sin necesidad de agradecerlo.

No hablamos. No hace falta.

Nos sentamos en el sofá, esta vez envueltas en una manta grande, juntas, compartiendo el calor del cuerpo y el del silencio. Apoya la cabeza en mi hombro, y yo paso el brazo por encima de sus hombros como si fuera lo más natural del mundo. Porque lo es. Porque siempre lo fue. Solo que ahora lo recordamos.

Cuando bostezamos casi al mismo tiempo, nos miramos y sonreímos por primera vez sin nostalgia, sin miedo. Solo con ese gesto pequeño y hermoso que dice: *vamos a dormir. Y vamos a hacerlo bien*.

La llevo conmigo a la habitación sin ceremonias, sin palabras solemnes. Solo como quien acompaña a alguien que por fin ha vuelto a casa. Nos metemos en la cama sin tensiones, sin dudas. Como si hubiéramos dormido así siempre, como si no hubiera pasado el tiempo, como si los años y el dolor y los silencios hubieran sido solo un mal sueño.

Nos acomodamos sin tener que pensarlo. Yo de lado, ella detrás de mí, su brazo envolviéndome con suavidad. Nuestras piernas se entrelazan, y todo mi cuerpo, cada músculo, cada célula, suelta la tensión acumulada.

—Greta —murmura en mi oído, con voz baja, ya rendida al sueño —. No me dejes.

No le respondo con palabras. Solo aprieto su mano entre las mías, le beso los dedos con un gesto lento, y me acomodo más cerca aún.

Porque no la voy a dejar.

Porque esta vez, nos quedamos.

Y cuando cierro los ojos, con su respiración tranquila detrás de mí, con su cuerpo pegado al mío, con su corazón latiendo en mi espalda… sé que estamos exactamente donde tenemos que estar.

Dormimos juntas como si nunca nos hubiéramos ido.

Como si, por fin, hubiéramos vuelto a casa.

20

Annika

Despertar con su respiración en mi cuello es una sensación tan natural que por un segundo me olvido de todo lo que vino antes: las peleas, el silencio, el miedo. Solo estoy ahí, entre las sábanas suaves, con el cuerpo envuelto por el suyo, como si el mundo fuera este cuarto y nada más.

Me doy la vuelta despacio, con cuidado de no romper el momento, y la encuentro ya despierta, observándome con una calma nueva. Greta siempre ha tenido esa forma de mirar que parece diseccionarte con precisión clínica, como si pudiera verte por dentro sin tocarte. Pero hoy… hoy me mira diferente. Hoy me mira como si le gustara lo que ve.

—Buenos días —susurro.

—Muy buenos —responde ella, con una voz baja y ronca que me eriza la piel.

Nos besamos sin prisa, con esa suavidad que solo se tiene cuando no hay urgencia. Cuando sabes que puedes quedarte. Que

quieres hacerlo.

Después, mientras desayunamos sentadas en la mesa de su cocina, compartiendo un café tibio y unas tostadas que se nos enfrían entre risas torpes, empezamos a hablar de lo inevitable.

—¿Y ahora qué? —pregunto, remojando un trozo de pan en su taza como si fuera algo que siempre hubiera hecho.

Ella se encoge de hombros, con un gesto contenido que esconde algo más.

—Ahora seguimos —responde—. Pero quizá… con un poco de discreción al principio. No porque me avergüence. Ya no. Pero… tú sabes cómo es el hospital.

Asiento lentamente. Lo sé. Las miradas, los susurros. Los pasillos largos y estrechos donde todo se ve y nada se olvida. Y también sé que no quiero que eso nos toque todavía. No ahora que lo nuestro está tan nuevo, tan tierno, tan frágil y valioso.

—Estoy de acuerdo —digo—. Solo… un poco de tiempo. Para que esto sea solo nuestro.

Greta sonríe. No esa sonrisa escasa y profesional de siempre. Una verdadera. Íntima. Casi cómplice.

—Entonces, solo nuestro —susurra, acercándose a besarme suavemente en la comisura de los labios.

Y en ese momento, con las manos entrelazadas sobre la mesa, sé que no necesito nada más.

Solo tiempo. Solo espacio. Solo ella.

Aunque sea en secreto… por ahora.

Lo nuestro existe en los márgenes. En los espacios entre una cirugía y una reunión. En los pasillos vacíos a primera hora. En las

notas que nos dejamos en las carpetas, escritas con letra pequeña y esquinas dobladas como si fueran mensajes de instituto.

Y sin embargo, cada uno de esos momentos lo siento más real que cualquier historia oficial que haya tenido antes.

En quirófano, ella vuelve a ser la misma de siempre. Precisa, implacable, con esa autoridad que impone incluso en el más mínimo gesto. Pero ahora, cuando me pasa el bisturí, nuestras manos se rozan apenas más de lo necesario. Cuando nos miramos por encima de las mascarillas, hay algo nuevo en el brillo de sus ojos. Un lenguaje propio, secreto, íntimo.

Una tarde, coincidimos en la sala de café.

Greta entra como si no supiera que estoy allí. Pide su espresso sin azúcar, se lo lleva a la boca con esa parsimonia suya, y justo antes de girarse para salir, se detiene. Me mira. Solo un segundo.

Y luego, deja una servilleta doblada junto a mi taza.

Cuando la despliego, dice: *"17:30. Ascensor de urgencias, planta -1."*

Y debajo: *"Solo un minuto. Lo necesito."*

A las 17:30 exactas, bajo con el corazón latiéndome en la garganta. Entro en el ascensor y la encuentro allí, con el uniforme perfectamente colocado… y una sonrisa que no le había visto en todo el día.

Cierra la puerta con el botón de parada de emergencia. Me empuja suavemente contra la pared. Me besa. Un beso corto, urgente, como si el tiempo no alcanzara. Como si ese minuto fuera lo único que tenemos.

Cuando se separa, aún con las manos en mi cintura, susurra:

—Esto me está matando.

Yo sonrío. Porque a mí también. Porque a veces me parece imposible no rozarla más. No tocarla en el pasillo. No quedarme mirándola cuando se va.

Pero también me doy cuenta de que esos momentos robados… son lo que hace que todo tenga sentido. Son nuestras pequeñas trincheras. Nuestros lugares seguros dentro de un mundo que todavía no está listo para nosotras.

Y eso también tiene algo de mágico.

La felicidad se ha colado sin hacer ruido.

No ha llegado con grandes gestos ni escenas de película. No hay flores ni declaraciones dramáticas. Solo está ahí, flotando entre los gestos cotidianos, llenando los espacios de una forma tan suave que apenas me doy cuenta de cuánto me ha cambiado.

* * *

Me sorprendo sonriendo sola frente al ordenador mientras reviso un historial. Escuchando su voz en la sala de reuniones y sintiendo que se me acelera el pulso solo por eso. Tomando el café con más calma, como si cada sorbo llevara su nombre.

Y también me descubro esperando el final del turno con una anticipación que antes no existía. Ya no me quedo más horas de las necesarias. Ya no busco excusas para seguir en quirófano hasta la madrugada. Ahora quiero salir. Quiero ir a su casa. Quiero cocinar, aunque se me dé fatal. Quiero reírme cuando ella intenta enseñarme

a hacer arroz sin quemarlo. Quiero verla dormir sin despertarla. Quiero estar.

Todo es más fácil cuando nadie mira.

Y aún así, todo es más intenso.

A veces nos cruzamos en los pasillos delante de otros. Ella mantiene su rol, su gesto profesional, su tono serio. Pero ahora sé que si me acerco lo suficiente, notaré cómo se le tensa la mandíbula solo un segundo, como si contuviera algo. A veces su dedo me roza al pasarme un informe. A veces nuestras manos se quedan un poco más cerca de lo aceptable.

Y eso es todo lo que necesito.

Porque la felicidad que siento ahora no es la que había imaginado. No es una felicidad ruidosa, expansiva, perfecta. Es una felicidad callada. Es saber que está ahí. Que cada noche, cuando cruzo su puerta, me espera con la luz del salón encendida, el pelo suelto y ese gesto medio cansado, medio enamorado que me parte en dos.

Es verla leer en el sofá, descalza, con sus gafas torcidas, y saber que puedo sentarme a su lado sin decir nada. Que puedo apoyar la cabeza en su hombro y sentir que el día termina bien, incluso si fue un infierno.

Es eso. Tan simple. Tan real.

Tan nuestro.

* * *

No fue premeditado.

Ni un error. Ni una torpeza.

Fue un descuido que solo ocurre cuando el cuerpo ya no recuerda que tiene que esconderse.

Era de noche. Tarde. El hospital respiraba con esa calma artificial de las guardias de madrugada, donde el tiempo parece suspendido entre alarmas tenues y cafés mal hechos. Greta y yo habíamos salido a tomar aire al balcón del personal de cirugía, ese rincón olvidado donde a veces fuman los internos o se quejan los adjuntos.

La lluvia había parado hacía un rato, pero el suelo seguía húmedo. Ella se quitó la bata quirúrgica, la dejó colgada de cualquier forma, y apoyó los codos en la barandilla, con el cuello inclinado hacia atrás, como si necesitara que el aire la cruzara entera. Yo me acerqué y me quedé a su lado sin hablar.

Fue un momento cualquiera. Sin drama. Sin tensión.

Yo la miré.

Ella me devolvió la mirada.

Y nos besamos.

Un beso lento, tranquilo. De esos que no piden permiso. De los que se dan cuando todo está en calma y no hace falta esconderse.

Solo que no estábamos solas.

Un movimiento nos hizo girar. Fue apenas un reflejo, una sombra al fondo del pasillo, justo donde termina la puerta de emergencia. Una figura. Silueta de residente. Túnica blanca, zapatillas de guardia. Alto. Delgado. Pelo oscuro.

—¿Alguien ahí? —dijo la voz, con ese tono nervioso de quien ha visto algo que no debería haber visto.

Greta se separó de mí al instante. No bruscamente. No con miedo. Con ese gesto tranquilo que solo tiene cuando ya sabe que no puede hacer nada para cambiar lo que ha pasado. Yo no dije nada. Solo tragué saliva, sintiendo cómo el estómago se me tensaba.

Era **Jonas**. Segundo año. Siempre correcto. Siempre observador. El tipo de interno que lo ve todo, aunque no diga nada.

Se quedó quieto unos segundos más. Nos miró. No dijo ni una palabra.

Solo asintió. Muy despacio. Con la misma cara que uno pone cuando se da cuenta de algo importante.

Y luego se fue.

Greta no me miró enseguida. Solo se quedó apoyada en la barandilla, con las manos entrelazadas y la mirada fija en algún punto indefinido del horizonte.

—Ha pasado —murmuró al cabo de un rato—. Ya está.

Yo asentí. Porque no había nada más que decir.

Y porque, en el fondo, sabía que ese instante —ese beso— ya no nos pertenecía solo a nosotras.

* * *

Al principio, es solo una sensación.

Las conversaciones que se detienen cuando entro en una sala. Las miradas fugaces que se cruzan entre los residentes. Ese murmullo sutil que no tiene nombre, pero que se pega a las paredes como humedad.

En la sala de informes, alguien se ríe de algo que no entiendo y me lanza una mirada rápida, como si esperara que me ofendiera. En quirófano, el silencio que siempre fue profesional ahora se siente más… contenido. Y cuando Greta entra, todos se tensan apenas. Como si supieran algo que ella aún no ha confirmado.

No hace falta que digan nada. Lo sé.

El rumor ya no es un rumor. Es **real**. Tiene forma, cuerpo, latido. Se ha convertido en algo tangible. Un animal invisible que se arrastra por los pasillos del hospital, entrando y saliendo de habitaciones, colándose entre diagnósticos, fichajes y pasillos.

Y aún así, nadie lo menciona directamente.

Porque no pueden. Porque no saben cómo. Porque lo que no se nombra no se sanciona. Porque nos tienen respeto. Porque tienen miedo. O curiosidad. O porque, en el fondo, lo que más les desconcierta no es que Greta y yo estemos juntas.

Es que **nos vean felices**.

Greta lo nota. Por supuesto que lo nota. Pero no dice nada. Se limita a sostenerme la mirada más tiempo en los pasillos. A dejar una mano sobre mi espalda un segundo más del necesario cuando me pasa un informe. A sentarse a mi lado en la sala de café cuando hay sitio en otro banco.

No hablamos del tema. No lo hemos hecho desde aquella noche. No hemos pactado qué decir si alguien nos pregunta. No hemos decidido cómo reaccionar.

Pero yo ya sé cómo reacciono.

Sonrío.

No mucho. No con arrogancia. Solo lo suficiente para que sepan que **no hay nada que ocultar**. Que si pensaban que iban a vernos tambalear por una mirada, por un rumor, por una incomodidad en el aire… se equivocan.

Porque esto —ella y yo— **es verdad**.

Y cuando algo es verdad, ni el rumor más ruidoso puede romperlo.

21

Annika

Greta lo dice sin rodeos.

Estamos en su apartamento, la luz de la tarde tiñe de ámbar los bordes del sofá, y ella tiene esa forma de mirar que ya no esquiva nada. No hay duda. No hay ambigüedad. No hay espacio para esconderse en metáforas.

—Quiero que lo hagamos oficial —dice—. Que dejemos de escondernos. Que se sepa oficialmente.

Yo dejo mi taza en la mesa con más cuidado del necesario. No porque vaya a romperla, sino porque me tiemblan los dedos. El corazón también. Como si esas palabras, tan simples, tan llanas, hubieran encendido algo que llevo tiempo conteniendo.

No sé qué esperaba. Quizá más tiempo. Quizá que ella no se atreviera tan pronto. Que fuéramos felices en los márgenes un poco más, protegidas por la sombra, por lo tácito.

Pero Greta no es de medias verdades. Y eso, precisamente, es lo que más amo de ella.

—¿Oficial…? —repito, como si no entendiera, aunque lo entiendo perfectamente.

Ella asiente. Está sentada al otro lado del sofá, pero su cuerpo se inclina levemente hacia mí. No es una postura invasiva. Es una invitación.

—Sí —responde—. No quiero seguir mirando hacia otro lado cuando me preguntan. No quiero soltar tu mano en el pasillo. No quiero esconderme cada vez que te beso.

Sus palabras son tranquilas, pero su mirada es fuego. Determinación. Lealtad. Amor. El tipo de amor que, cuando aparece, cambia la arquitectura de tu vida entera.

Y sin embargo, siento que algo en mí se encoge.

No por ella.

Sino por lo que viene después. Por lo que vendrá siempre que dos mujeres en posiciones de poder se atreven a decir que se eligen. Que están juntas. Que esto es amor, no un error administrativo. No una debilidad. No un problema.

Y, aunque no lo digo, ella ya lo ve en mi cara.

Y espera.

Porque Greta siempre sabe cuándo no es el momento de empujar.

Greta me mira con tanta calma que me dan ganas de gritar.

No porque haya hecho nada mal. No porque su propuesta no sea honesta, hermosa, valiente. Sino porque yo… aún no sé si puedo sostenerla.

No sé si soy capaz de enfrentar todo eso. De estar tan a la vista. De entregarme así, por completo, sin red, sabiendo que esta vez, si

caigo, no será en el silencio, sino en la mirada de todos.

—No es tan fácil —digo por fin, bajando la vista hacia mis propias manos, como si en ellas pudiera encontrar la estructura que me falta por dentro—. No todo el mundo lo va a entender.

Greta asiente. No intenta rebatirme. No se pone a defender el amor como si esto fuera una batalla en la que necesita convencerme. Y eso, de alguna manera, me rompe más.

—No espero que todo el mundo lo entienda —dice—. Solo quiero que tú y yo sepamos que no tenemos que escondernos más.

Siento cómo se me cierra el pecho. Porque eso… eso es exactamente lo que quiero. Lo que llevo deseando desde que volví. Desde antes de volver, en realidad. Pero también sé lo que pasa cuando te expones. Cuando lo das todo. Cuando crees que esta vez será diferente… y no lo es.

—Tengo miedo —susurro, casi sin aire—. De que esto no funcione. De que otra vez… otra vez me quede sola.

Ahí está. Lo que no había dicho. Lo que me taladra el estómago desde la primera noche que dormimos juntas. Lo que no he querido mirar de frente.

Greta se queda callada. No intenta llenar el silencio. Solo extiende su mano hacia mí, la deja ahí, en el centro del sofá, como si dijera: *estoy aquí. No te acerques si no quieres, pero no me voy a ir*.

Y yo… no sé si puedo tomarla.

No todavía.

Porque sé que si la tomo, ya no hay vuelta atrás.

—No lo entiendes —digo, con un filo en la voz que no pretendía usar, pero que me sale solo—. Tú nunca has tenido que justificar lo que sientes delante de todo el mundo.

Eres Greta Fischer. Cirujana veterana. Intocable. Yo soy solo… la jefa de residentes. Y encima tu pareja. ¿Sabes cómo suena eso desde fuera?

—Suena a verdad —dice ella desde su sitio, sin moverse—. Y la verdad no debería dar miedo.

—Pues a mí sí me da miedo —respondo, la voz subiendo sin quererlo—. Me da miedo que esto sea tan bonito aquí dentro y tan jodido allá fuera. Me da miedo que te canses de justificarme. Que un día, cuando todo se complique, vuelvas a hacer lo que hiciste hace años.

Greta se levanta entonces, por fin, y la habitación se llena con su presencia. No porque grite. Sino porque ahora mismo parece más grande, más firme, más entera que nunca.

—¿De verdad crees que soy la misma? —pregunta en voz baja, pero con una firmeza que corta—. ¿Que después de todo lo que ha pasado, aún estoy dispuesta a elegir la comodidad antes que a ti?

—No es eso —murmuro, pero ya es tarde. La herida está abierta.

Nos miramos desde dos extremos de una distancia que parecía superada. Y sé, en lo más profundo, que lo que diga ahora puede acercarnos o volver a romperlo todo.

Pero no sé qué decir.

Solo sé que me estoy defendiendo antes de que vuelva a pasar. Antes de que me vuelva a doler. Antes de que me quede sola otra vez.

Y eso… eso lo envenena todo.

Greta da un paso hacia mí.

Solo uno.

Pero lo hace con esa determinación silenciosa que tiene cuando va a decir algo importante. Algo que, una vez dicho, ya no se puede borrar.

—Escúchame bien, Annika —dice, con voz firme pero sin dureza —. No voy a volver a elegir otra cosa por encima de ti. No esta vez. No ahora que sé lo que se siente vivir sin ti. No después de haberte vuelto a encontrar.

La garganta se me cierra.

—Sé que tienes miedo. Yo también. Pero he enfrentado muchos miedos en esta vida. Pacientes que se mueren, quirófanos que tiemblan, decisiones que cambian carreras enteras. Y ni uno solo me ha dolido tanto como lo que sentí cuando te perdí.

Mis manos tiemblan.

Ella da otro paso.

Y entonces me mira como si no tuviera miedo a nada.

—Tú eres lo único que no quiero dejar atrás. Nunca más.

La frase no es grandilocuente. No es bonita de forma teatral. Es tan sencilla que duele.

Y lo peor es que sé que es verdad.

No hay sombra en su voz. No hay manipulación. Solo una certeza limpia. Brutal.

Yo soy su prioridad.

Después de tantos años, de tantas dudas, de tantos silencios, Greta Fischer acaba de elegir.

Y me ha elegido a mí.

No sé en qué momento exacto ocurre.

Si es en sus palabras.

En la forma en que me mira.

O en la certeza de que, esta vez, no se va a ir.

Solo sé que algo dentro de mí se parte. No como quien se rompe para desaparecer, sino como quien se abre por fin después de resistir demasiado tiempo.

Las lágrimas llegan sin permiso. Lentas, silenciosas, calientes. Me llevo una mano a la cara como si pudiera esconderlas, como si eso me protegiera un poco más. Pero Greta no dice nada. Solo se queda ahí, de pie, sin moverse, sin presionarme, sosteniéndome con la sola fuerza de su presencia.

—Me has hecho tanto daño —murmuro, con la voz rota—. Y aún así… no quiero otra vida que no sea esta.

Ella da un paso más y me abraza. Con lentitud. Con cuidado. Como si temiera empujarme demasiado fuerte y hacerme retroceder. Pero yo no me muevo. Me dejo envolver. Me hundo en su pecho y dejo que todo el peso que he llevado durante años se derrita en su ropa, en su olor, en su calor.

—Estoy cansada de huir —susurro, con la frente apoyada en su clavícula—. Cansada de esperar a que todo se derrumbe. Cansada de no creerte.

—Entonces no huyamos más —dice ella, tan bajito que casi no lo oigo, pero lo siento vibrar en su piel.

Levanto la cabeza. La miro.

Y por fin, por fin, dejo de defenderme.

—Vale —respondo—. Entonces no huyamos más.

Greta sonríe. Y en ese instante, sin ninguna promesa solemne, sin pactos escritos ni discursos dramáticos, sé que acabamos de hacer algo más grande que oficializar una relación.

Acabamos de **elegir quedarnos**.

Contra todo.

Incluso contra nosotras mismas.

22

Greta

El correo llega a las 07:04.

No tiene asunto. Solo un remitente seco: *Dirección Médica*. El cuerpo del mensaje es aún más conciso:

"Se ruega a la Dra. Fischer pasar por el despacho del Dr. Vogel a las 09:00 horas. Carácter urgente."

Nada más. Sin explicación. Sin contexto.

Solo urgencia.

En otros tiempos, lo habría ignorado. Habría pensado que se trata de una revisión de protocolos, una reorganización de quirófanos, alguna queja anónima sin importancia. Pero hoy, con la presión que flota en el ambiente desde hace días, con las miradas de los residentes, con el rumor convertido ya en certeza tácita, lo siento distinto.

Cierro el portátil y me quedo mirando la pantalla negra durante un momento más largo del necesario. Estoy sola en mi despacho. Aún no ha llegado nadie más. El hospital apenas comienza a

activarse con los primeros pasos, las luces de emergencia que se apagan, el café que empieza a burbujear en la sala del personal.

Y sin embargo, el silencio que hay aquí dentro es otro. Un silencio cargado de aviso.

Me levanto. Me miro en el espejo. La bata sin una arruga. La expresión que llevo desde hace años: serena, profesional, invulnerable.

Pero por dentro… algo se mueve.

No es miedo. Es otra cosa. Una especie de indignación silenciosa. Un eco de algo que pensé que ya no me importaba: la idea de tener que justificar lo que soy. Lo que siento. Como si hubiera hecho algo mal por, simplemente, no esconderlo esta vez.

Camino por el pasillo hacia la Dirección con paso firme. La gente me saluda. Yo respondo con un leve movimiento de cabeza. Nadie se atreve a mirarme del todo. Y yo… empiezo a entender que ese correo no era solo un correo.

Es una advertencia.

El despacho del Dr. Vogel huele a papel viejo, café frío y decisiones importantes.

Está todo perfectamente ordenado, como siempre. Las carpetas apiladas por colores. El reloj de pared que nunca hace ruido. Y esa planta artificial que nadie se atreve a tirar. El Dr. Vogel me hace un gesto con la mano sin levantarse, como si nos viéramos todos los días, como si esto fuera una conversación cualquiera.

Pero no lo es.

—Dra. Fischer, gracias por venir tan puntual —dice, en tono neutro, sin invitarme a sentarme aún—. Será breve.

Estoy de pie, frente a su escritorio, y me mantengo recta, con las manos entrelazadas tras la espalda. Casi como si estuviera otra vez en mi primera entrevista como adjunta. La diferencia es que ahora sé exactamente cuánto peso tengo en este hospital. Y también sé que están buscando el modo de ponerlo en duda sin parecer que lo hacen.

—Nos han llegado ciertos comentarios —continúa, abriendo una carpeta gris sin mirarme a los ojos—. Y aunque no hemos recibido ninguna denuncia formal, lo cierto es que… hay inquietud.

—¿Inquietud? —repito, sin cambiar el tono.

—Sobre su relación con la jefa de residentes, la Dra. Kleinmann —dice al fin, como si las palabras le costaran más que una biopsia sin anestesia—. El comité de supervisión considera que puede existir un conflicto ético, dado su rol como evaluadora directa del rendimiento del personal en formación.

Ahí está.

Directo. Limpio. Clínico.

No me sorprende. Lo que sí me sorprende es que hayan tardado tanto.

Vogel finalmente me señala una silla. Me siento con calma, cruzo las piernas, y me mantengo en silencio mientras él repasa una serie de "protocolos de conducta", todos perfectamente archivados, con subrayados en amarillo fluorescente. Habla de "distancia profesional", de "imparcialidad evaluadora", de "percepción de favoritismo". Palabras que usan cuando quieren decir otra cosa.

Palabras que camuflan el juicio moral bajo apariencia técnica.

—No estamos aquí para juzgar su vida personal —añade, como si eso bastara para suavizarlo todo—. Pero, dada su posición y el momento que vive el hospital, creemos que es necesario que considere cómo puede afectar esto a la institución. Y a su propia carrera.

Esa última frase es la que se clava.

A su propia carrera.

No a los pacientes. No al trabajo. A **mi** carrera.

Eso es lo que realmente les importa. Que alguien como yo, con mi trayectoria, con mi reputación, con mis años de servicio, esté ahora en el centro de algo que **no pueden controlar**.

Y eso los incomoda.

Mucho.

* * *

El despacho del comité es un anfiteatro de ojos que no parpadean.

Sentados alrededor de la mesa ovalada, están casi todos: Vogel, claro, con su neutralidad disfrazada de prudencia; la Dra. Holzer, jefa de administración, con su expresión impasible y los dedos entrelazados sobre un bloc de notas inmaculado; el Dr. Reinhardt, recursos humanos, al que nunca he escuchado hablar más de dos frases seguidas. Y un par más, cuyas caras no retengo porque no me importan.

Me han pedido que hable.

Que "explique la situación".

Como si amar a alguien fuera algo que pudiera explicarse en términos clínicos. Como si Annika fuera un error en el sistema. Como si mi historia con ella fuera una grieta que debe sellarse antes de que se note demasiado.

Estoy de pie.

No porque no me ofrecieran asiento.

Sino porque prefiero hablar así.

—Sé por qué estoy aquí —empiezo, con voz clara—. Y no voy a fingir que me sorprende. Desde hace semanas noto las miradas, los susurros, las dudas. Y ahora, ustedes.

Silencio.

—Sí —digo—. Tengo una relación con la Dra. Kleinmann. No tengo intención de negarlo.

La Dra. Holzer anota algo con su bolígrafo azul. El sonido de la tinta sobre el papel es absurdamente fuerte. Casi tanto como el latido que tengo en las sienes.

—Mi trabajo ha sido siempre intachable. Mi rendimiento, incuestionable. He formado a generaciones de residentes que hoy son cirujanos brillantes. Nadie ha cuestionado nunca mi criterio… hasta ahora. Porque esta vez, el problema no es lo profesional. Es lo personal.

Respiro hondo.

—Y no voy a disculparme por eso.

La frase flota en la sala como un bisturí lanzado al aire.

—No me arrepiento de lo que siento. No me avergüenza. Y no voy a esconderlo. Porque si empezamos a pensar que el amor es

incompatible con la integridad profesional, entonces el problema no es mío.

Los ojos de Holzer se levantan un instante de sus notas. Reinhardt carraspea. Vogel se mantiene en silencio, con las manos cruzadas y el ceño muy sutilmente fruncido.

—Pueden cuestionar mis decisiones clínicas si quieren. Revisen mis intervenciones, mis evaluaciones, mis informes. Pero si el problema es que he elegido amar a alguien… entonces asuman que lo que están cuestionando no es mi desempeño, sino **mi humanidad**.

Silencio. Largo.

Casi puedo oír cómo digieren cada palabra, cómo tratan de clasificarla, de convertirla en algo procesable dentro de sus normas, sus comités, sus estatutos.

Pero yo ya no estoy para encajar.

Y lo saben.

Cuando salgo de la sala durante unos minutos —una pausa deliberada para que "el comité delibere" como si fuéramos en pleno juicio por mala praxis—, siento el pasillo más estrecho que nunca.

Me quedo allí, sola, de pie frente a una ventana que da al patio interior. Unos internos atraviesan el camino a toda prisa con carpetas mojadas por la lluvia, ajenos a que, a unos metros, alguien está decidiendo si tengo derecho a amar sin consecuencias.

Cuando me llaman de nuevo, el ambiente ha cambiado.

No hay gritos. No hay hostilidad. Todo es medido, envuelto en palabras administrativas, lenguaje de hospital. Pero el contenido está ahí, debajo de cada eufemismo.

—Dra. Fischer —dice Vogel—, entendemos su posición y agradecemos su franqueza.

"Su franqueza." Como si hubiera confesado un crimen menor y no un acto de amor.

—Sin embargo, dada la percepción pública que puede generar este vínculo dentro del equipo de cirugía y los riesgos de favoritismo percibido, el comité considera necesario ofrecerle dos opciones claras.

Ahí llega.

El ultimátum.

—Primera opción: apartarse de la supervisión directa sobre la Dra. Kleinmann y limitar cualquier contacto profesional en entornos evaluativos. Esto requeriría una reestructuración del cronograma de cirugía y podría afectar su rol actual.

Lo esperado.

Y la segunda, la dicen con más lentitud. Como si les pesara más.

—Segunda opción: finalizar la relación para preservar la imparcialidad y el orden interno del hospital.

Ahí está.

Desnudo. Brutal. Frío.

O la distancia, o la renuncia.

No lo dicen con esas palabras, pero ese es el mensaje.

No importa lo buena que seas. No importa que nunca hayas cometido un error. No importa que tu nombre esté asociado a cirugías imposibles, a formación impecable, a una carrera construida desde el rigor más absoluto.

Importa que, por primera vez, has bajado la guardia.

Y eso los incomoda.

Me miran. Esperan mi respuesta.

Pero aún no la tienen.

Porque lo que voy a hacer… todavía no lo he decidido.

Salgo del despacho sin mirar atrás.

No espero una despedida, ni una reacción. No espero comprensión. Y ya no necesito su permiso.

Camino por el pasillo largo que lleva de Dirección al ala de cirugía como quien vuelve a su lugar. Me cruzo con una enfermera que baja la mirada. Con un residente que me saluda como siempre, con respeto, pero ahora con cierta tensión detrás del gesto. Todos saben algo. Todos esperan algo.

Y yo… ya he decidido.

No me esconderé más.

No esta vez.

No después de todo lo que nos costó volver. No después de todo lo que callamos, negamos, pospusimos por miedo a ser "inadecuadas", "impropias", "complicadas". No después de haberla tenido frente a mí, empapada de lluvia, temblando, diciendo "no quiero otra vida sin ti".

No hay orden que pueda con eso.

No hay norma que lo anule.

No hay protocolo que lo encierre.

Entro en quirófano una hora después. Me visto, me lavo, me coloco la mascarilla. Todo igual. Todo perfecto. Como siempre.

Pero cuando Annika entra y se coloca frente a mí, veo el brillo de la preocupación en sus ojos. Lo disimula bien. Con oficio. Pero yo lo

noto. Porque ahora sé leerla sin palabras.

No le digo nada en ese momento. Solo operamos.

Juntas. En silencio. Sin errores.

Y cuando termina, cuando todos salen y quedamos solas, me acerco despacio. Me quito la mascarilla. Y la miro de frente.

—He tomado una decisión —le digo—. No pienso esconderme más. No pienso renunciar. A ti, no.

Ella no dice nada. Solo asiente. Y esa forma de mirarme, limpia, firme, sin adornos… me confirma que no estoy sola en esto.

Puede que nos vigilen.

Puede que nos juzguen.

Pero esta vez, no vamos a escondernos.

23

Greta

No hay comunicado oficial. Ni reunión formal. No queremos titulares, ni discursos, ni declaraciones escritas en papel membretado. Solo una sala, un equipo, y nosotras.

La mañana empieza como tantas otras. Café malo, pasillos con ecos, la sensación de que la semana arrastra los pies más que nosotros. Pero esta vez, cuando Annika entra en la sala de médicos y se coloca a mi lado en la ronda previa a quirófano, algo ya es distinto. Hay una serenidad nueva en su postura. Una firmeza tranquila en la mía.

El equipo está reunido. Residentes, adjuntos, algunos internos que aún bostezan con descaro. Las hojas con los turnos de quirófano están sobre la mesa, y alguien ya se ha quejado del horario. Todo parece normal.

Y entonces, simplemente lo decimos.

—Antes de empezar con la planificación quirúrgica —anuncio—, queremos compartir algo personal. Algo que creemos importante

decir con claridad.

Los murmullos se apagan. Las miradas se tensan. Hay un silencio de hospital: expectante, aséptico, profesional. Pero también humano.

—La Dra. Kleinmann y yo estamos juntas —continúo—. Lo hemos estado un tiempo. Y a partir de ahora, no lo vamos a esconder.

No hay justificación. Ni petición de permiso.

Solo verdad.

Annika no dice nada, pero se mantiene a mi lado, erguida, presente. Su mera presencia es una afirmación en sí misma. Y yo no aparto la vista. Porque no tengo nada de lo que avergonzarme.

El silencio que sigue es corto, pero se siente largo.

Y luego… alguien asiente.

Después, una interna —creo que se llama Amira— sonríe con una suavidad inesperada y murmura:

—Ya era hora.

Ríen. Algunos más que otros. Un par intercambian miradas, no sé si incómodas o sorprendidas. Pero nadie protesta. Nadie se va. Nadie baja la mirada.

Y eso, en este lugar, es más que suficiente.

Esperaba muchas cosas.

Rumores. Comentarios cruzados. Silencios incómodos. Miradas que duran medio segundo más de lo necesario. Quizá incluso una pequeña dosis de paternalismo mal disimulado.

Pero no esperaba esto.

Respeto.

No admiración. No felicitaciones empalagosas ni abrazos forzados. Solo algo más valioso: la sensación de que nos están mirando como personas, no como un escándalo.

Después del anuncio, todo sigue adelante. Casi como si no hubiéramos dicho nada. Los adjuntos comentan los turnos. Los residentes anotan los procedimientos. La vida en el hospital continúa con su ritmo de siempre. Y, sin embargo, hay algo distinto en el aire. Más ligero. Más limpio.

Algunos se me acercan después, durante el café, sin alboroto.

—Gracias por decirlo tan claro —me dice uno de los adjuntos, Martin, con quien llevo años compartiendo quirófano—. A veces olvidamos que también somos humanos.

Otro, Jonas —sí, el residente que nos vio aquella noche en el balcón—, me ofrece un gesto que no es una sonrisa, pero casi. Un asentimiento que dice *yo ya lo sabía, y todo bien*.

Y así, uno a uno, lo van aceptando. No de forma explosiva, ni teatral. Sino como se aceptan las verdades evidentes que han estado esperando a ser reconocidas.

Greta Fischer y Annika Kleinmann. Cirujanas. Socias profesionales. Pareja.

Una realidad. No un rumor.

Y lo más bonito de todo es que no se trata de aceptación por lástima, ni de tolerancia decorativa. Es respeto puro. El tipo que se gana con trabajo. Con años de bisturí, de decisiones difíciles, de noches en vela con las manos cubiertas de sangre y fe.

No quieren que dejemos de ser quienes somos.

Solo quieren saber que seguimos siendo parte del equipo.

Y eso, después de todo lo que temí… me parece un milagro pequeño.

Pero profundamente real.

Es extraño lo que ocurre cuando dejas de esconderte.

Al principio, parece que el mundo va a venirse abajo. Que en cuanto abras la puerta, todo lo que has construido caerá sobre ti. Que tus logros dejarán de contar. Que tu nombre perderá peso. Que tu voz, por fin libre, sonará hueca.

Y sin embargo, nada de eso ocurre.

Sigo siendo yo. Con el mismo pulso firme. Con la misma exigencia quirúrgica. Con la misma bata blanca que llevo desde hace décadas. Pero hay algo diferente.

No me pesa.

Camino por los pasillos del hospital con la misma autoridad de siempre, sí, pero ya no siento que arrastro una sombra conmigo. Ya no hay que vigilar cada gesto, cada cruce de miradas, cada palabra dicha en voz demasiado baja. No hay doble fondo. No hay disimulo.

Estoy con Annika.

Y el mundo no se ha roto.

De hecho, siento que por primera vez estoy completa en él.

Me descubro riendo más. No todo el tiempo. No de forma exagerada. Pero hay momentos, breves, entre cirugías o mientras observo un postoperatorio, donde me encuentro sonriendo sola. Porque sí. Porque puedo.

Hay una calma nueva en mi cuerpo. Una respiración más profunda. Una claridad en la mente que me sorprende.

Pensé que estar con Annika haría que el mundo fuera más complicado. Pero lo ha simplificado.

No me he debilitado por amar.

Me he fortalecido por dejar de esconderlo.

Y ahora, al fin, lo entiendo.

La paz no es la ausencia de ruido.

Es poder amar sin tener que pedir perdón por ello.

* * *

Se llama Emil. Tiene dieciséis años, una cicatriz que cruza el pecho como un río torcido y una manía por hacer bromas justo antes de entrar en quirófano.

La primera vez que lo operamos, no podía dejar de hablar de su gato, un tal Schrödinger, que "a veces existe y a veces no", según él. Todos reímos, incluso yo, aunque esa cirugía fue una de las más complejas que he tenido en los últimos meses.

Le extirpamos un tumor que había rodeado parte del pericardio. Teníamos un margen mínimo, un hilo delgado entre salvarle la vida o condenarlo a una recuperación perpetua. Y durante días, incluso después de la intervención, no estaba segura de que lo hubiéramos conseguido.

Pero hoy… hoy Emil camina.

Entra en la consulta sin ayuda. Un poco más delgado. Mucho más pálido. Pero con una sonrisa que no le cabe en la cara.

—¿Le dije que aguantaría? —me lanza, alzando las cejas con descaro—. Los gatos tenemos siete vidas. Bueno, Schrödinger y yo. No se olvide de él.

—Y yo que pensé que con una bastaba —respondo, conteniéndome para no dejar que se me note demasiado la emoción.

—Depende de con quién la vivas, ¿no?

Me mira con esa mezcla de insolencia y sabiduría que solo tienen los adolescentes que han estado demasiado cerca de la muerte.

Y sin saber por qué, pienso en Annika.

Pienso en cómo todo parece tener ahora más peso, más luz. Incluso las historias clínicas. Incluso las salas de espera.

Cuando Emil se va, me quedo sola en la consulta unos segundos más.

Apoyo la mano sobre la silla que él ha dejado vacía.

Y por primera vez en mucho tiempo, me permito cerrar los ojos y agradecer.

No por haberlo salvado.

Sino por sentir que también yo… me estoy salvando.

* * *

La noche cae temprano. En esta ciudad, la oscuridad se desliza sin hacer ruido, como si no quisiera interrumpir. En casa, el mundo parece más pequeño. Más seguro. Más nuestro.

Annika está sentada en el suelo, apoyada contra el sofá, con una manta sobre las piernas y un libro abierto en las rodillas que lleva media hora sin pasar de página. Yo la observo desde la cocina, con una taza en la mano, y me pregunto cuánto tiempo más necesitaba para llegar aquí. A este punto exacto.

Donde no hay miedo.

Donde no hay máscaras.

Donde no hay "y si…".

Me acerco en silencio. Me siento junto a ella, sin decir nada al principio. Apoyo la cabeza en su hombro, y ella me recibe con un suspiro suave, cálido, sin resistencia.

—Hoy Emil ha venido —le digo.

—¿Y?

—Camina. Sonríe. Sigue haciendo chistes malos.

Annika sonríe sin levantar la vista del libro.

—¿Ves? A veces todo sale bien.

Me quedo en silencio unos segundos. Y luego, simplemente lo digo:

—Esta es nuestra segunda vida.

Ella gira la cabeza, me mira con esa mezcla de sorpresa y ternura que me desarma.

—¿Nuestra qué?

—La primera fue la que dejamos escapar —explico, bajando la voz como si esa verdad necesitara delicadeza—. La que arruinamos por miedo, por orgullo, por todo lo que no supimos sostener. Esta… esto de ahora… es la segunda. La que se construye con las ruinas. La que elegimos con los ojos bien abiertos. La que no vamos a desperdiciar.

Annika no responde enseguida. Cierra el libro. Lo deja a un lado. Me toma la mano con suavidad.

—Me gusta más esta vida —susurra.

—A mí también.

Nos quedamos así. En silencio. Con las manos entrelazadas, la cabeza apoyada, el corazón en calma.

Porque esta vez no somos una promesa a medias.

Somos una elección.

Una segunda vida.

Y esta vez, no vamos a perdernos.

24

Annika

A veces, los cambios no hacen ruido.

No anuncian su llegada. No golpean la puerta. No exigen ser notados.

Simplemente… suceden.

Y un día te encuentras caminando por el hospital que conoces de memoria, saludando a las mismas personas, tomando el mismo café aguado, llenando las mismas fichas quirúrgicas… pero tú ya no eres la misma. Y eso lo cambia todo.

Ahora me llaman por mi nombre sin añadir nervios al tono. Ya no soy "la jefa de residentes que parece inaccesible". Ahora soy Annika, la que escucha, la que exige, sí, pero también la que pregunta cómo va la semana, la que a veces deja un post-it con un "buen trabajo" sobre la pantalla de un interno que ha pasado demasiadas noches sin dormir.

Y lo más curioso es que no tuve que hacer ningún esfuerzo consciente por ser distinta.

Simplemente, empecé a sentirme bien.

Con ella.

Conmigo.

Con lo que somos.

No pienso en si me están juzgando. No mido cada gesto. No escondo la sonrisa cuando Greta me mira desde el otro lado del quirófano. La normalidad ha venido poco a poco, sin escándalo, sin titulares.

Hoy me siento parte de este lugar. No como una pieza encajada a la fuerza, sino como alguien que, de verdad, pertenece aquí. Como una mujer que ha luchado contra muchas cosas —el juicio ajeno, el suyo propio, el miedo a repetir errores— y que, por primera vez, empieza a sentirse… suficiente.

Y eso, para alguien como yo, es una revolución silenciosa.

El aula magna del hospital está más llena de lo que esperaba.

No es una charla obligatoria. No es una clase dentro del programa docente. Es una invitación abierta para quienes quieran escuchar sobre liderazgo quirúrgico en tiempos de presión. Esperaba unas cuantas caras conocidas. Unos pocos residentes curiosos. Pero el auditorio se ha llenado hasta los bordes. Incluso hay un par de adjuntos en la última fila. Y sé que no han venido por protocolo.

Han venido a escucharme a mí.

Eso, ya de por sí, me sacude más que cualquier cirugía complicada.

Respiro hondo antes de empezar. No por nervios. Sino por respeto. Porque esto no es solo una charla. Es una declaración. Una forma de decir: *aquí estoy*. Completa. Lúcida. Presente.

—Buenos días —empiezo, sin micrófono, porque me gusta que mi voz suene como es, sin filtros—. Cuando me ofrecieron dar esta charla, pensé que no tenía nada nuevo que decir sobre liderazgo. Que ya se ha dicho todo. Que lo técnico, lo estructural, ya lo dominamos todos. Pero luego me di cuenta de que tal vez sí podía aportar algo distinto.

Camino despacio entre las primeras filas. Noto cómo me siguen con la mirada, atentos.

—He estado en ambos extremos —continúo—. He sido la residente que no dormía, que se sentía insuficiente, invisible. Y también he sido la jefa que se encerraba en su oficina para no mostrar debilidad. Porque durante mucho tiempo creí que liderar significaba no mostrar nada. Ser impecable. Intocable. Inalterable.

Pausa. Una breve. El silencio se espesa con atención.

—Pero ahora sé que liderar también es saber decir: "No lo sé". "Estoy cansada". "Necesito ayuda". Y sobre todo: "Estoy aquí contigo".

Veo una cabeza asentir. Una interna se seca discretamente una lágrima. Y yo, sin perder el ritmo, sigo:

—Liderar no es solo dar órdenes. Es dar ejemplo. Y el mejor ejemplo que puedo dar hoy… es este: ser quien soy, sin pedir disculpas por ello.

No digo más.

No hace falta.

Las palabras ya han hecho lo que tenían que hacer.

Y yo, de pie frente a un auditorio lleno, siento que esta es la conversación que llevaba años esperando tener.

A veces, cuando mi voz resuena segura, cuando el aplauso aún no ha llegado pero sé que lo hará, aparece ella: la otra yo.

La Annika de hace unos años.

La que se encerraba en su despacho con las luces apagadas después de cada cirugía para no tener que ver a nadie. La que se repetía que estaba bien mientras repasaba una y otra vez cada movimiento en quirófano, buscando errores donde no los había. La que no comía. La que se quedaba hasta tarde solo para no irse a casa.

La que lloró sentada en el suelo de una sala de descanso vacía mientras el monitor de un paciente pitaba al otro lado de la pared. La que se quedó sola cuando Greta se marchó. Absolutamente sola.

Recuerdo la noche exacta en que pensé que esto no era para mí. Que todo lo que había construido era una fachada. Que no tenía lo necesario. Que nunca sería suficiente. Que tal vez nadie lo era.

Y lo peor de todo es que nadie lo notó.

Porque sabía sonreír. Sabía fingir fuerza. Sabía parecer brillante incluso cuando estaba rota por dentro.

Me miro ahora desde allí, desde aquel rincón oscuro, y me doy cuenta de lo lejos que estoy.

No porque todo sea perfecto. No porque haya vencido todos los miedos.

Sino porque ahora ya no estoy sola.

Ahora sé que puedo hablar.

Y que alguien va a quedarse para escucharme.

Estoy cerrando la charla. Las últimas palabras están ya flotando en el aire, redondeando la idea sin buscar dramatismo, sin grandes

frases. Solo verdad. Solo voz.

—Así que si tengo algo que decir sobre liderazgo —concluyo—, es esto: no se trata de ser perfectas. Se trata de ser honestas. Incluso cuando eso dé miedo. Incluso cuando no tengamos todas las respuestas.

Y en ese momento, justo en ese instante exacto, veo la puerta del fondo abrirse.

Es discreta. Como siempre. Como si no quisiera interrumpir.

Pero es imposible no verla.

Greta.

Llega tarde. Sé que venía de una cirugía complicada. Pero está aquí. Con el pelo aún húmedo por haberse lavado, con la bata medio doblada bajo el brazo, con esa forma de entrar en una sala que no necesita ruido para imponer respeto.

Nuestras miradas se cruzan desde el escenario.

Y todo se detiene un segundo.

Nadie dice nada. Pero algunas cabezas se giran. Un par de residentes susurran algo. Ella camina con calma hasta el lateral, sin sentarse, simplemente permaneciendo de pie, con los brazos cruzados, observándome.

Y de pronto, lo que acabo de decir cobra un sentido aún más profundo.

Porque ahí está.

Mi compañera.

Mi igual.

Mi amor.

No escondida. No a medias.

Presente.

Y con solo mirarme, me da la última frase.

—Y si tienes suerte —añado—, un día descubrirás que no estás liderando sola. Que hay alguien que camina contigo. Que no hace sombra, pero tampoco te deja a oscuras.

El auditorio guarda un silencio total.

Y yo solo puedo respirar.

Porque en ese momento, con Greta al fondo de la sala, y todos los ojos puestos en mí, me siento más fuerte que nunca.

Y más libre.

La charla termina. Aplausos. No son estruendosos, no son eufóricos. Son sinceros. Medidos. Como si supieran que lo que acaban de presenciar no es solo una exposición, sino un punto de inflexión.

Yo agradezco con una leve inclinación de cabeza. Saludo a un par de residentes que se acercan, respondo alguna pregunta breve. Pero mis ojos buscan una sola figura entre el gentío que se dispersa.

Y ahí está.

Greta no se ha movido. Sigue junto a la puerta, en silencio, esperándome como si llevara toda la vida haciéndolo.

Camino hacia ella sin prisa. Con los pies firmes. Y cuando llego a su lado, no digo nada.

Solo extiendo la mano.

Y ella la toma.

No con timidez. No con disimulo. Con decisión. Con calma. Como si ese gesto, en medio de una sala todavía medio llena de compañeros, alumnos, médicos… fuera lo más natural del mundo.

Y lo es.

Porque ya no nos escondemos.

Porque no hay nada que probar.

Ni nada que temer.

Ni nada que maquillar.

Solo dos mujeres, dos cirujanas, que se eligen.

Una residente que pasa junto a nosotras sonríe abiertamente. Otro interno gira la cabeza para mirarnos, pero no dice nada. Y por primera vez en mi vida, no me importa lo que puedan pensar.

Porque tengo su mano en la mía.

Y no pienso soltarla.

Greta se inclina y me susurra al oído:

—Te he visto brillar.

—Tú me enseñaste cómo —le respondo.

Y salimos juntas por la puerta, sin mirar atrás.

25

Greta

Estamos en una terraza cubierta, con las luces cálidas colgando en guirnaldas entre los árboles, y el murmullo suave de la ciudad al fondo. Las copas tintinean, los platos llegan entre risas, y por primera vez en mucho tiempo, no estoy pensando en lo que viene después. No hay turnos que organizar. No hay comités. No hay fantasmas. Solo esto.

Una mesa larga.

Un grupo de colegas.

Y Annika, sentada a mi lado.

Estamos celebrando el éxito de un caso difícil —una cirugía de cinco horas que salió mejor de lo esperado, incluso para los estándares imposibles que a veces me impongo—. Alguien propuso una cena, y lo que empezó como una idea informal se convirtió en esto: una noche que no necesita pretextos para sentirse especial.

Annika lleva una blusa azul oscuro que resalta el dorado de su piel, el pelo recogido con desorden intencionado. Ha estado

sonriendo desde que llegamos. No de esa forma cuidadosa que tenía al principio, cuando aún medía cada gesto. Esta es otra sonrisa. Una que brota sin freno, sin permiso. Una que se queda.

Yo no soy de cenas largas. Nunca lo fui. Siempre fui más del café entre cirugías, del silencio en los pasillos, de la rutina tranquila. Pero esta noche… me dejo llevar.

Me dejo reír.

Me dejo escuchar.

Me dejo mirar cómo Annika discute sobre técnicas de sutura con uno de los adjuntos más escépticos del equipo, y le gana la conversación sin perder la paciencia. Me dejo ver cómo una residente se acerca tímida a preguntarnos si puede hacernos una foto. Nos hace reír a las dos. Nos dice que "inspiramos".

Jamás pensé que me dirían eso por algo más allá de una buena cirugía.

Y sin embargo, aquí estamos.

Vivas.

Visibles.

Juntas.

Y todo —cada copa, cada risa, cada palabra compartida— se siente como una celebración más grande que cualquier trofeo: la de haber llegado hasta aquí sin rendirnos.

El vino ha aflojado la lengua de todos. Las bromas se cruzan sobre la mesa con la familiaridad de quienes han visto demasiadas guardias juntos. Y en medio de ese ambiente distendido, una voz joven se levanta con inesperada seriedad.

—Dra. Fischer —dice un residente de primer año, Niklas, uno de esos chicos que siempre lleva los apuntes marcados con color y una expresión de respeto absoluto en la cara—, ¿puedo hacerle una pregunta?

Asiento, con la copa en la mano.

—Adelante.

Él se acomoda en la silla, como si necesitara tomar impulso.

—¿Qué hace falta para ser una buena médica?

La pregunta corta en seco las conversaciones a su alrededor.

No porque suene ingenua, sino porque todos reconocemos lo mucho que encierra. No es técnica. No es una fórmula. No está buscando una lista de competencias. Está preguntando por **eso otro**. Lo que no viene en los libros.

Durante un segundo, nadie habla.

Y yo… me quedo en silencio.

Porque esa pregunta no es para improvisarla.

Es una de esas preguntas que te atraviesan y que solo puedes responder desde la herida, no desde la teoría.

Veo cómo Annika gira ligeramente la cabeza hacia mí, sin decir nada. Me da espacio. Me da tiempo. Me da ese silencio fértil donde las verdades más hondas encuentran forma.

Apoyo la copa en la mesa.

Y entonces respondo.

—Para ser buena médica —empiezo, sin levantar la voz, sin adornos— hay que saber muchas cosas. Técnica. Precisión. Resistencia. Claro que sí.

Niklas asiente con timidez, como esperando que eso sea todo. Pero no lo es. Ni de lejos.

—Pero hay algo que nunca te enseñan en la facultad. Ni en los manuales. Ni siquiera en las residencias —sigo—. Lo que realmente marca la diferencia es saber… a quién no puedes permitirte perder.

Me detengo.

No para buscar efecto. Sino porque la frase me acaba de atravesar incluso a mí. Como si no la hubiera formulado antes, ni siquiera en mis pensamientos. Como si solo ahora, frente a todos, hubiera podido decirla en voz alta.

—Porque si sabes eso —añado, mirando al grupo, pero sin perder el centro de la mirada—, entonces cada decisión que tomes en quirófano, cada paciente al que mires, cada elección que parezca rutinaria… tendrá un peso distinto. Una verdad dentro.

Todos guardan silencio.

Incluso los que minutos antes hacían bromas sobre café o suturas torcidas.

—No se trata de ser heroínas. Ni de salvar a todo el mundo. Eso no es posible. Y quien te diga que lo es, miente. Pero si sabes qué parte de ti no estás dispuesta a volver a dejar atrás… entonces harás medicina desde un lugar mucho más profundo que el conocimiento.

Y entonces, con una claridad absoluta, la miro.

A ella.

A Annika.

Y en ese gesto, sin palabras, la respuesta se completa.

Porque todos la siguen. Todos ven.

Y en ese instante, ya no hay nada más que explicar.

Annika no sonríe.

No porque esté incómoda, ni porque quiera ocultarse. No lo necesita. No más. Es una quietud distinta la que tiene ahora. Esa calma que solo nace cuando alguien se sabe elegida, no solo querida.

La miro.

Y ella me mira de vuelta.

No hay sorpresa. Ni rubor. Solo esa certeza compartida, esa especie de lenguaje silencioso que aprendimos a construir desde el dolor, desde la distancia, y que ahora nos sostiene en cada pequeño gesto.

Su mano está apoyada sobre la mesa, cerca de la mía. No se mueve. No busca esconderse. Pero tampoco necesita tocarme. Ya no. Porque la conexión está en la forma en que respira más lento cuando la miro. En cómo entrecierra los ojos apenas un poco, como si cada palabra mía también le perteneciera.

Veo en ella la historia completa.

La que fue.

La que casi no fue.

La que está siendo.

Y me doy cuenta de que nunca había entendido tan bien una respuesta como ahora.

No hace falta que le diga "era por ti".

Ella ya lo sabe.

Y todos los demás, también.

Pero eso… ya no nos importa.

—Y luchar por no volver a dejarla ir —añado.

No lo digo solo para Niklas. Ni solo para los residentes. Lo digo también para mí. Porque esa ha sido la lección más difícil, la más dolorosa y también la más transformadora.

La sala guarda silencio unos segundos más.

Nadie aplaude. Nadie ríe. Nadie interrumpe.

Es ese tipo de silencio que solo aparece cuando la verdad ha tocado algo esencial en los demás. Cuando lo que se ha dicho ya no es solo un pensamiento, sino una forma de mirar la vida.

Annika me toma la mano entonces.

Lo hace sin teatralidad. Sin que parezca un gesto preparado. Solo apoya su mano sobre la mía, como quien dice: *sí, aquí estoy*. *Yo también elegí quedarme*.

Y entonces sí, alguien se aclara la garganta. Otro sonríe. La conversación retoma su curso, pero con otro tono. Con otro pulso.

Más humano.

Más sincero.

Más real.

Nos quedamos allí, juntas, entre copas medio vacías y risas que vuelven poco a poco.

Y pienso que si esta es la segunda vida de la que hablábamos… es exactamente donde quiero estar.

No en la cima de algo.

Sino justo aquí.

Con ella.

Sin miedo.

Sin marcha atrás.

Porque esta vez no hay más huidas.
Solo un presente elegido.
Y una mano que no pienso soltar.

26

Annika

Última guardia.

Dos palabras que, juntas, suenan a alivio, a promesa, a frontera.

Es de esas noches tranquilas, donde el hospital parece contener la respiración por respeto. Donde no hay urgencias que griten ni monitores que exijan atención desesperada. Solo el murmullo lejano de pasos, el olor del desinfectante en los pasillos y la sensación de que algo se está terminando… pero bien.

Greta está en la planta de cirugía revisando un postoperatorio. Yo acabo de cerrar la historia clínica de mi último paciente y dejo el bolígrafo sobre la mesa con una lentitud consciente. Como si cada gesto formara parte de un ritual.

Mañana, por primera vez desde que estamos juntas oficialmente, nos iremos de vacaciones.

Una semana.

Fuera del hospital, fuera de la ciudad, fuera del ritmo cardíaco que marca siempre el reloj de quirófano.

Solo ella y yo.

Con tiempo.

Con espacio.

Con todo lo que nunca tuvimos antes.

—¿Lista? —pregunta Greta desde la puerta, apoyada en el marco como si llevara horas ahí y solo ahora decidiera dejarse ver.

—Casi —respondo, levantándome—. ¿Tú?

Ella asiente, con esa media sonrisa que solo me dedica cuando estamos solas.

—Una última ronda —dice—. Como antes. Como siempre.

Y yo sé que no se refiere solo al hospital.

Se refiere a nosotras.

A esta historia.

A todo lo que fuimos, lo que dolió, lo que sanó.

Así que salgo con ella.

Y empezamos a caminar.

Caminamos despacio, sin prisa, con ese ritmo lento de quien recorre un lugar conocido por última vez antes de abandonarlo por un tiempo. El hospital, silencioso a esta hora, parece haber bajado sus defensas. Los pasillos, normalmente llenos de movimiento, ahora son solo sombras tranquilas y ecos suaves.

Greta avanza a mi lado. La mujer que camina conmigo, que comparte el silencio sin necesidad de llenarlo, que entiende exactamente el valor de esta calma.

Pasamos por la sala de residentes, con las luces apagadas, las pizarras llenas de anotaciones, algunos garabatos absurdos dibujados por manos cansadas. Por el quirófano 3, que siempre fue

nuestro favorito, el escenario de decenas de batallas compartidas contra enfermedades, contra relojes, contra nuestras propias inseguridades.

—Todo se ve distinto así, ¿no? —murmuro finalmente.

Greta asiente lentamente, mirando alrededor.

—Es como si de noche pudiéramos ver lo que realmente importa —dice con voz tranquila—. Cuando el ruido se apaga, solo queda lo esencial.

Miro hacia ella, y ella hacia mí.

Y pienso que tiene razón.

Porque lo esencial está justo aquí:

Dos mujeres.

Dos historias entrelazadas.

Un lugar que nos unió, nos separó, y al final nos dio la oportunidad de volver a encontrarnos.

Y ahora, en medio de esa calma que tanto buscamos, solo puedo sentir gratitud.

Porque este hospital ya no es solo trabajo, ni lucha, ni heridas abiertas.

Ahora también es hogar.

Llegamos a la sala de descanso, ese pequeño rincón del hospital que tantas veces ha sido testigo de silencios, confesiones y emociones contenidas. Greta entra primero, y se apoya ligeramente contra el borde de la mesa, dejando que sus ojos recorran lentamente la habitación, reconociendo memorias que siguen aquí, entre estas cuatro paredes.

—¿Te acuerdas de aquella noche? —le pregunto con voz suave, acercándome lentamente hasta colocarme junto a ella—. Justo aquí. La primera vez que dijimos "te quiero".

Ella sonríe suavemente, asintiendo en silencio mientras el recuerdo atraviesa sus ojos con un brillo cálido, casi nostálgico.

—Claro que me acuerdo —dice con una voz cargada de ternura —. Fue después de una cirugía muy larga. Estábamos agotadas, sentadas justo aquí. Yo llevaba días intentando decirlo, pero no encontraba el momento… o más bien, el valor.

Sonrío, sintiendo cómo aquel instante vuelve a mí con una claridad total, como si nunca se hubiera marchado realmente.

—Y al final simplemente salió —continúo yo, con suavidad—. No lo habías planeado. Me estabas contando algo trivial, y entonces, de repente, paraste de hablar, me miraste y dijiste "Annika, te quiero".

Greta asiente lentamente, con los ojos puestos en los míos.

—Y tú no dijiste nada durante casi un minuto entero —añade con una sonrisa irónica—. Creo que fue el minuto más largo de mi vida.

—Porque no podía creer que realmente lo hubieras dicho — respondo, riéndome bajito—. Llevaba semanas preguntándome si sentías lo mismo, aterrada de decirlo yo primero, y de repente estabas allí, diciéndomelo con esa calma tan tuya.

Ella me mira con cariño, en silencio unos segundos antes de continuar:

—Y luego, después de todo aquello… llegó el día en que lo rompí. Que nos rompí —dice bajando ligeramente la mirada, con dolor contenido—. Cuando pensé que no podía sostener algo tan grande.

Cuando decidí, absurdamente, que elegir mi carrera era más seguro que elegirte a ti.

Siento el peso de esas palabras, pero no le aparto la mirada.

—Pero luego volvimos a encontrarnos —susurro despacio, tomando suavemente su mano—. Y esta vez elegimos distinto.

Greta aprieta con fuerza mi mano entre sus dedos.

—Porque esta vez sabía exactamente lo que estaba perdiendo. Ya no podía fingir que estaba completa sin ti. Esta vez… esta vez elegí quedarme.

—Ambas lo hicimos —respondo con firmeza, sintiendo la certeza absoluta de esa afirmación.

Porque esta segunda vez no hubo dudas.

Solo decisiones conscientes.

Solo amor real, sin condiciones.

Y ambas sabemos que no volveremos a arriesgarnos a perderlo otra vez.

Greta aprieta suavemente mi mano, mirándome con una intensidad tranquila, llena de significado. El silencio que nos rodea no pesa. Ya no es ese silencio que esconde cosas, que calla verdades. Ahora es solo un espacio seguro donde podemos ser sinceras sin miedo, sin filtros.

—Prométeme algo —le digo con voz baja, casi en un susurro, pero con una firmeza que me nace desde lo más profundo.

Ella me mira con atención, ladeando ligeramente la cabeza.

—Lo que quieras.

—Prométeme que nunca más vamos a callar —digo suavemente —. Que si algo duele, si algo asusta, si algo no funciona… siempre

vamos a hablarlo. Sin silencios, sin guardarnos nada.

Greta sostiene mi mirada sin parpadear, comprendiendo perfectamente lo que estoy diciendo. Lo que realmente estoy diciendo. No es solo una promesa sobre palabras; es una promesa sobre nosotras, sobre nuestro futuro, sobre no repetir los errores que casi nos cuestan todo.

—Te lo prometo —dice finalmente, con absoluta sinceridad—. Nunca más vamos a escondernos detrás del silencio. Esta vez… vamos a enfrentarlo todo juntas.

—Incluso cuando duela —añado, buscando su certeza en sus ojos.

—Especialmente cuando duela —responde ella sin dudar—. Porque ahora sé lo que significa perderte, Annika. Y no pienso permitir que eso vuelva a ocurrir nunca más.

Su respuesta me atraviesa con una calidez profunda y segura. Y sé, sin ninguna duda, que esta promesa no se va a romper.

Porque ahora, por primera vez, ambas estamos exactamente en el mismo lugar.

Sin secretos.

Sin dudas.

Sin silencios incómodos.

Solo con la verdad desnuda entre nosotras.

Y eso es suficiente.

Nos quedamos en silencio unos instantes más, permitiendo que cada palabra, cada promesa que acabamos de hacer, se asiente profundamente entre nosotras. Las luces tenues de la sala proyectan sombras suaves alrededor, creando un refugio íntimo, casi sagrado.

Greta se acerca lentamente, con una calma absoluta, sin prisas ni dudas. Levanta una mano y acaricia despacio mi mejilla, como si estuviera tocándome por primera vez. Sus dedos rozan mi piel con delicadeza, y cierro los ojos, dejando que todo mi cuerpo absorba ese simple gesto que encierra tanto.

—Te quiero —susurra ella suavemente, con una voz tan clara y segura que no deja espacio para ninguna duda—. Más que nunca.

—Yo también te quiero —respondo con la misma calma, sintiendo cómo esas palabras, tan sencillas, lo dicen todo.

Y entonces, sin urgencia pero con decisión, Greta cierra la distancia entre ambas.

Sus labios encuentran los míos con suavidad. No hay prisas. No hay miedo. No hay culpa. Solo hay certeza, confianza, entrega. Nuestros cuerpos se acercan aún más, hasta que no queda ni un centímetro entre nosotras. Su calor se mezcla con el mío, nuestras respiraciones se acompasan lentamente, y el mundo entero desaparece por completo.

Este beso no es como ninguno de los anteriores.

No es desesperado, no es temeroso, no es una despedida ni una disculpa.

Este beso es una promesa cumplida.

Una declaración definitiva.

Un pacto silencioso de que esta vez no habrá vuelta atrás.

Y mientras nuestros labios se separan lentamente, sin prisa, quedándose a apenas centímetros el uno del otro, sé con absoluta certeza que esta es exactamente la vida que quiero vivir.

Con ella.

Conmigo.
Sin miedo.
Sin culpa.
Solo amor.
Solo verdad.
Porque esta vez…
Esta vez es para siempre.